

SUSURROS

GINNY LIGHT



SUSURROS

SUSURROS

CUIDADO CON EL FUEGO

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son producto de la imaginación de la autora o se han utilizado ficticiamente.

Susurros

Primera edición: septiembre, 2023

© Del texto: Ginny Light, 2023

© Diseño de cubiertas: Cristina Campillo (Corintia13x) 2023

© Ilustración de la portada: Cristina Campillo (Corintia13x) 2023

© Maquetación interior: Ginny Light, 2023

Todos los derechos reservados

Según la ley y, bajo los apercibimientos legalmente previstos, están prohibidos la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares de copyright.

© Safe Creative: 2308235121834

Para todas las mujeres de mi vida,
por acompañarme siempre en el camino

Prólogo	7
Capítulo 1	13
Capítulo 2	21
Capítulo 3	33
Capítulo 4	43
Capítulo 5	58
Capítulo 6	67
Capítulo 7	77
Capítulo 8	86
Capítulo 9	96
Capítulo 10	109
Capítulo 11	124
Capítulo 12	136
Capítulo 13	147
Capítulo 14	158
Capítulo 15	174
Capítulo 16	184
Capítulo 17	194
Capítulo 18	204
Capítulo 19	216
Capítulo 20	229
Capítulo 21	240
Capítulo 22	248
Capítulo 23	262
Capítulo 24	274
Capítulo 25	284
Epílogo	293
Lista de reproducción	300
Traducciones	302
Agradecimientos	303

Prólogo

El color del fuego

Era una fría madrugada de febrero. Los copos de nieve caían pesadamente, formando una gruesa capa que se acumulaba en el suelo. No se oía nada, excepto las lejanas pisadas. El viento aullaba cortante como una cuchilla, mientras remolinos de nieve se formaban entre las raíces gruesas. Un ligero batir de alas, pasos en la lejanía.

Los animales nocturnos estaban cazando, pero incluso los más insensatos se alejaban de su presencia. Era una figura que irradiaba poder, y ella lo sabía. El aire helado de febrero congelaba los huesos, pero a ella le traía sin cuidado. Su piel seguía caliente donde le daba el aire, no tenía frío, aunque solo estuviera cubierta con un fino ropaje. Los árboles frondosos crecían uno al lado del otro, con sus raíces negras enredándose como serpientes en el suelo. El musgo crecía en todos los troncos, y se notaba la humedad en el ambiente, calando hasta lo más profundo.

Solo se oía el ulular de los búhos, que con sus ojos amarillos vigilaban el paso de alguna presa fácil de atrapar. Su vestido, que rozaba el suelo, estaba mojado y era un lastre; sin embargo, eso no la detendría. Tenía un objetivo por cumplir esa noche y lo llevaría a cabo. Su cuerpo frágil y menudo no le impediría divertirse, había estado dormida por demasiado tiempo para permitirse eso.

Se humedeció los labios mientras surgía de las profundidades del bosque. La nieve se derretía a sus pies, dejando pisadas pequeñas y delicadas. Con sus manos arañó los troncos de los árboles que encontraba a su paso. Al llegar al final del bosque, la vio: su objetivo. Sonrió y sus ojos se iluminaron como brasas. Era perfecta. Con una sonrisa divertida, se acercó sigilosamente a la casa, procurando no ser vista.

La casa de Megan era un hogar humilde, donde sus padres campesinos habían decidido formar una familia. La casa de madera parecía aún más pequeña bajo el manto blanco que la cubría. En su interior, todos los habitantes dormían. Estaba compuesta por una diminuta cocina de leños ajados por el uso, y en el salón había una pequeña chimenea donde, por las noches, se sentaban delante para contar cómo les había ido el día e historias para su hija. Ese era su momento favorito del día. Una escalera con tablones chirriantes y rotos por la humedad conducía a la planta de arriba, donde había dos habitaciones.

Los padres de la niña dormían en una habitación pequeña, debajo de unas mantas raídas, con un pequeño fuego para calentarse. Ella dormía en la habitación de al lado, en un catre hecho de paja y con una muñeca de trapo entre sus pequeños brazos. No era una vida fácil, pero la pequeña Megan era feliz y estar con sus padres era todo lo que necesitaba. Su cara delgada y enrojecida por el frío mostraba felicidad mientras dormía, sin saber que esa noche su felicidad terminaría.

La figura se movió ágilmente, acercándose a la casa. Movi6 la cabeza y su pelo rojo ilumin6 la noche. Pos6 una de sus delicadas manos en la pared, cerr6 los ojos y escuch6.

Había fuego en alg6n lugar. Escuchaba su leve crepitar desde el interior, a trav6s de las paredes de madera deterioradas por el paso del tiempo. Lo llam6 y empez6 a crecer. El fuego de la habitación de los padres cobró vida, saliendo de la pequeña chimenea y expandiéndose rápidamente. Las llamas quemaron el suelo húmedo de la casa, provocando que una humareda negra como el carb6n llenara el ambiente. Consumieron rápidamente la habitación de los padres de la niña.

Megan se despert6 tosiendo, el humo había llegado hasta su habitación. Sentía mucho calor. Vio luz debajo de la puerta y se asust6. Baj6 de la cama con su muñeca en brazos y, con los pies descalzos, camin6 hacia la salida. Abri6 la puerta, que estaba caliente, y vio c6mo las llamas cruzaban todo el pasillo. Grit6 fuertemente, soltando el juguete de sus brazos. Llam6 a sus padres, pero no le respondieron. Intent6 ir hacia su habitación, pero las llamas se lo impidieron. Tenía que salir de la casa si no quería quemarse. Apresuradamente baj6 las escaleras y cruz6 el espacio hasta el exterior. Sali6 a la calle.

El aire frío golpe6 su pequeño cuerpo, pero no le import6. Solo gritaba, llamando a sus padres. Algunos vecinos salieron de sus hogares al escuchar sus alaridos. Se arrodill6 en la nieve mientras veía su casa arder y derrumbarse. Los cimientos empezaron a resquebrajarse y a caer fuertemente contra la nieve, que se evapor6 debido al calor. Supuso lo peor para sus padres, sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas que derramaba. Impotente, solt6 un grito al cielo, rota de dolor.

Un vecino la agarr6 y la sujet6 para evitar que volviera a la casa. No era tonta, sabía que no podía regresar, o acabaría como sus padres. Una mujer la cubri6 con una manta, pero ella ni se dio cuenta, ya que tenía los ojos clavados en su viejo hogar y en el color vivo de las llamas y su resplandor. Un momento que jamás olvidaría en su vida.

Lentamente, después de un rato en el que los vecinos intentaron apagar el fuego con la nieve, solo quedaron los restos humeantes de lo que había sido su casa. El vecino que la había cogido intent6 llevarla a su casa para evitar que viera los cuerpos calcinados sin vida de sus padres. Se

dejó arrastrar, prefería recordar a sus padres vivos que la imagen negra de sus cuerpos. Un ruido llamó su atención, proveniente del bosque.

La chica del vestido blanco como la luna entró en el bosque. Su pelo rojizo ondeaba como el estandarte de las llamas del infierno. Estaba satisfecha por lo que acababa de hacer. Su poder estaba de vuelta en ella, destructivo y mortífero como antaño. Una sonrisa triunfal recorría su pequeño rostro.

Megan vio cómo una figura oscura entraba en el bosque y se perdía. Una risa llegó arrastrada por el viento. El color rojo de su pelo se grabó en su memoria, el color del fuego.

Capítulo 1

Ojos amatista

I just wanted you to know, that this is me trying.

I just wanted you to know, that this is me trying.

Polvo. El viento solo levantaba polvo. Las pesadas y negras botas de Taylor estaban cubiertas de tierra, al igual que su vestido de luto. Pasado de moda, con un corpiño apretado que le dificultaba respirar, oprimiendo su pecho hasta hacerla boquear en busca de aire entre lágrimas. Su cabello rubio estaba recogido e invisible bajo un sombrero de ala ancha con una pluma de faisán coronándolo. Un ligero velo negro cubría su rostro. Lágrimas de dolor se deslizaban por su delicada piel. Deslizó con cuidado su pañuelo de seda negra debajo de la tela y se secó el rostro. Sus ojos azulados con un halo lila miraban al horizonte sin ver.

A lo lejos se vislumbraban manchas oscuras, los portadores del féretro. Al verlos, un sollozo la oprimió. Quería ser fuerte, aunque los músculos empezaban a molestarle por estar tanto tiempo de pie. El frío del otoño comenzaba a afectar su salud, como cada año.

Taylor siempre había sido delicada. Su madre se ocupaba de su bienestar y de cuidarla durante sus recaídas. Ahora que ya no estaba, no sabía quién podría ayudarla. Agarró el pañuelo entre sus manos y lo estiró, oprimiendo así la sensación de desasosiego que azotaba su corazón.

Los hombres se acercaban, y cuando estuvieron cerca, los demás miembros de la casa dejaron el féretro en la tumba que habían cavado en el jardín trasero de la mansión. El cura de Emberville carraspeó para comenzar el rito de sepultura. Taylor no podía apartar la mirada del ataúd de caoba que llevaba el cuerpo de su difunta madre. Más lágrimas frías se deslizaron por sus mejillas. Ronalee, su ama de llaves, la acunó en su pecho mientras sostenía su mano con dedos cálidos y piel de ébano. Las palabras del cura se las llevaba el viento, y ella no les prestaba atención, solo lloraba sintiéndose cada vez más sola.

Su padre había muerto cuando ella tenía cuatro años, en un viaje al viejo continente. El barco fue azotado por el mar y el viento, y se hundió con él y toda su tripulación. A veces incluso soñaba con la despedida de su padre y el ataúd lleno de piedras que simulaban su cuerpo, el cual ahora

reposaba cerca de su madre.

El párroco continuaba recitando palabras banales, mientras los criados respondían, pero ella carecía de fuerzas para todo aquello. El débil sol de la estación de la caída de las hojas le golpeaba el rostro, acentuando el reflejo del velo negro que la cubría.

A Taylor le temblaban las piernas, se aferró a Ronalee. No deseaba regresar dentro de la casa y perderse la despedida de su madre, pero ya no podía más, pues el pesado ropaje y el corsé le estaban agotando toda su energía.

—Señorita, ¿se encuentra bien? ¿Quiere volver a casa? —dijo Ronalee, sosteniendo a Taylor con firmeza.

—Estoy cansada, pero no voy a entrar. No puedo perderme el último adiós a mi madre.

—Como guste, señorita —la criada la miró con profundo pesar.

Ronalee hizo un gesto con la cabeza a Roxanne, una de las criadas, y esta se dirigió a la mansión. Después de unos minutos, regresó con una silla. Taylor se sentó en ella y agradeció a la joven, quien se retiró y volvió a unirse a la fila de criados que estaban despidiéndose de su señora.

La muchacha recuperó el aliento y logró aliviar el dolor en sus extremidades. Todo aquello le estaba resultando muy difícil, pero no iba a rendirse, no ahora, al final. Pasó sus ojos llorosos por todos los presentes: las criadas lloraban en silencio, el antiguo jardinero y su hijo mostraban su dolor en sus mejillas. Para su madre, todas esas personas habían sido parte de la familia y ahora le tocaba a ella continuar con todo aquello.

No sabía qué debía hacer, se sentía perdida. Nunca había dado órdenes, había pasado semanas en cama siendo cuidada y nunca había mandado a ninguno de ellos. Se preguntaba cómo podría llevar ahora la casa y a todas las personas que trabajaban en ella, sin olvidar el negocio familiar: las fábricas de tela de su familia que abastecían al pueblo y a muchos pueblos cercanos. Cuando su padre falleció, su madre se encargó de eso. Sabía distinguir todas las clases de tela y para ella todas eran similares.

Todos esos pensamientos atormentaban a Taylor mientras el cura concluía sus últimas palabras. Cuando terminó, la joven se levantó, se agachó con pesar y agarró un trozo de tierra para soltarlo sobre el féretro. Observó cómo la tierra desaparecía de su mano y caía lentamente sobre la tapa de madera. alguna lágrima también se derramó, su dolor solo aumentaba.

—Adiós, mamá. Te quiero.

Un temblor en las piernas la azotó, su cabeza comenzó a girar y sus ojos azul violeta perdieron la visión, su cuerpo se desestabilizó. El hijo del jardinero se acercó para recogerla antes de que tocara el suelo. El hombre y Ronalee la llevaron dentro de la casa mientras empezaba el sepelio. Taylor había agotado sus últimas fuerzas por su madre.

La depositaron en su cama y el jardinero se marchó, en su lugar apareció Alice con un vaso de agua que dejó en la mesa del tocador. Las criadas se pusieron a desvestirla mientras Taylor dormía profundamente. La situación la había debilitado mucho. La criada le quitó las pesadas botas, el velo y el vestido, luego le retiró el corsé y las enaguas. El pecho de la joven se expandió en busca del aire que tanto necesitaba. Una vez desnuda, le puso un camisón y la acostó en la cama que Alice había preparado. La cubrió con sábanas y mantas de pelo para mantenerla abrigada. Ronalee sacó una pequeña pastilla de uno de sus bolsillos y tomó el vaso del tocador.

Deslizó la pequeña píldora junto al agua por la boca entreabierta de Taylor, asegurándose de que no se atragantara. Debía tomarla todas las noches desde hacía doce años y ahora que su madre no estaba, Ronalee asumió esa responsabilidad.

Una vez administrada la medicación, dejó el vaso junto a la mesilla de noche, cerca de los postes de la cama. Luego avivó las llamas de la chimenea para que la habitación estuviera cálida. Antes de irse, verificó la temperatura de la frente de la joven, que siempre estaba fría. Su cuerpo parecía estar congelado, como si la sangre en sus venas nunca pudiera calentarse. Desde que enfermó, la luz se había desvanecido en su joven cuerpo. Ronalee sintió pena por la chica y le dio un beso en la frente antes de salir por la puerta.

A medianoche, cuando el reloj marcó las tres, la casa estaba desierta, excepto por Taylor y la criada de turno nocturno. Los muros de piedra absorbían cualquier sonido proveniente de las habitaciones. Taylor se removía en su cama, sudando bajo las múltiples mantas que la cubrían. El fuego se había apagado hace tiempo, pero la habitación seguía bochornosa. Sus ojos amatista se movían frenéticamente bajo sus párpados cerrados, en una danza interminable. Cuando la joven los abrió, su frente estaba empapada de sudor frío y pegajoso. Su camisón se adhería a su piel, y su cabello rubio estaba enmarañado, con mechones pegados a su cabeza como una masa dorada.

Con una mano débil, encendió uno de los candelabros que tenía cerca, iluminando así su amplia habitación. La luz proyectaba sombras extrañas en las paredes de piedra oscura, dándoles un brillo similar al de cristales negros. El calor en el ambiente era sofocante. Decidió abrir la puerta para despejar la opresiva atmósfera.

Con cuidado, se levantó de la cama y apoyó sus delicados pies descalzos en la alfombra de piel de oso que cubría el suelo. Aunque era de color marrón, bajo la luz parecía una enorme mancha

negra. Con el candelabro aún en la mano, se dirigió hacia la pesada puerta de roble y la empujó con el hombro para abrirla. La madera chirrió fuertemente al rozar con el suelo de piedra. Una vez dejó la puerta abierta, como le gustaba, decidió regresar a la cama para intentar volver a dormir.

Mientras se dirigía nuevamente a su lecho, una brisa fría atravesó su piel, haciendo que la luz del candelabro se balanceara sin apagarse. Las sombras en las paredes cambiaron en ese instante, volviéndose más amenazadoras. Un ambiente extraño llenaba la habitación.

El calor ya no la afectaba, su cuerpo se tensó. Con cautela, midiendo sus pasos, se acercó a la puerta que daba al pasillo. Con el corazón palpitando, asomó la cabeza por encima del candelabro para iluminarse. Miró lentamente hacia la derecha y luego hacia la izquierda. No vio nada, solo oscuridad infinita. Suspiró aliviada, pensando que era una tonta por asustarse de la noche. Decidió volver a intentar conciliar el sueño.

Capítulo 2

La joven Lovelace

All I know is, I was enchanted to meet you

Al día siguiente, los pájaros trinaban alegremente en aquella mañana de otoño. Los árboles lucían casi desnudos, y una alfombra de tonos rojizos y marrones cubría el suelo de la finca de los Warmwood. Las densas cortinas de la ventana se abrieron, dejando entrar el sol y removiendo el polvo a su paso. Las partículas bailaban en los rayos filtrados, creando una delicada neblina que se disipó rápidamente. Ronalee se movía con agilidad mientras sacaba la ropa para su nueva ama. Ahora que su madre había fallecido, todo pertenecía a Taylor, aunque en ese preciso instante estaba más ocupada bostezando que preocupándose por los asuntos de su herencia.

La joven se deshizo de las mantas que la cubrían para levantarse y poner los pies sobre la alfombra que, la noche anterior, había parecido un abismo sin fondo.

—Señorita, vaya más despacio. No queremos que se maree —dijo la criada con un tono amoroso pero reprobatorio.

Taylor se puso una bata de algodón grueso para abrigarse mientras esperaba de pie. Ronalee buscaba en el armario, moviendo las perchas con destreza y brazos rechonchos para encontrar un vestido apropiado para el día.

—Parece que va a hacer un buen día —observó Taylor mirando por la ventana—. Son los días que le gustaban a mi madre —su voz denotaba tristeza y sus ojos se volvieron tormentosos.

—No piense en cosas tristes, señorita. Hoy tiene un largo día por delante —Ronalee encontró un vestido azul claro para su ama, sin corsé para no apretarle el pecho ni dificultar su respiración. Solo se ponía corsé cuando salía de casa y en contadas ocasiones.

—¿Hay algo programado para hoy?

Cuando toda su ropa se colocó en la cama, se deshizo de la bata y empezaron a ponerle las capas internas de algodón para abrirla.

—Hoy llega su nueva institutriz.

—Magnífico —dijo sin mucho entusiasmo.

Taylor preferiría pasar el día terminando un cuadro que tenía a medias o tocando el piano, en lugar de aprender modales refinados propios de una dama.

—Ronalee, prepara mi desayuno en el porche trasero. Me apetece tomar un poco de sol esta mañana —ordenó con un gesto de la mano.

—Señorita, su salud... Ayer tuvimos que llevársela después de uno de sus desmayos.

—Como la nueva señora de la casa, tengo la intención de hacer lo que me plazca, Ronalee. A partir de ahora, soy la señora y debes tratarme como tal.

Ya basta de cuidarme como a un bebé. Ha llegado el momento de que dirija esta casa. ¿Lo has entendido?

—Sí, señora —asintió la mujer, demostrando respeto con una inclinación de cabeza.

Una vez terminaron de vestirla y peinarla con una larga trenza que llegaba hasta la parte baja de la espalda, Ronalee se dirigió a la cocina para informar a las demás criadas que el desayuno se serviría en el porche trasero, rompiendo así la tradición de tomarlo en la mesa del salón en esas fechas.

Taylor caminó al final del pasillo hasta llegar a la escalera de madera que conducía a la planta baja. Su vestido azul se deslizaba por el suelo emitiendo un suave roce. Aunque la moda del momento dictaba faldas ajustadas que obligaban a las mujeres a dar pasos cortos, ella prefería llevar faldas más sueltas, aprovechando su estado de salud. Una de las ventajas de estar siempre enferma, pensó.

Al cruzar el salón, donde los lazos negros de luto decoraban el ambiente, se detuvo un momento a contemplar la fotografía de sus padres. Estaba cubierta de nuevo con un paño negro, símbolo del dolor que embargaba la casa. Hacía quince años que no se ponía ese paño, aunque tenía vagos recuerdos de aquel momento, ya que era demasiado joven entonces. Tras un instante de pesar, siguió por el pasillo que llevaba al patio trasero. Se ajustó el chal de seda que se había colocado en los hombros y salió al exterior.

La mesa de metal estaba preparada con su desayuno. Unas tortitas recién hechas humeaban al sol junto a una tetera de porcelana decorada con flores moradas pintadas. Todo estaba coordinado, desde las servilletas de tela hasta los platos en los que las cocineras habían colocado un

emparedado. "La porcelana más fina que ha cruzado el Atlántico", así la había descrito su madre.

La joven se dispuso a desayunar mientras escuchaba el canto de los pájaros y el sol calentaba su cuerpo, que horas antes había estado helado. Las flores del otoño se habían abierto y emitían un dulce aroma que impregnaba el ambiente. Una ardilla de cola roja saltó de una rama a otra, buscando bellotas para guardarlas antes de que llegara el crudo invierno. Al terminar el desayuno, cerró los ojos y permitió que el sol bronceara su piel, mientras intentaba recuperar algo de la paz que le habían arrebatado en la última semana.

Todo había sucedido de forma precipitada. Su madre había enfermado gravemente en pocas semanas. El médico había diagnosticado que solo le quedaban unos días de vida. Su existencia se extinguía día a día. Taylor había llorado a los pies de su cama mientras su madre le acariciaba el cabello y le brindaba palabras de consuelo y amor. La joven se había quedado dormida con lágrimas en los ojos, mientras su madre exhalaba su último aliento.

Algunas lágrimas se deslizaron bajo sus párpados cerrados mientras recordaba los días transcurridos en el mes de septiembre. El ruido de una de las criadas acercándose hizo que Taylor abriera los ojos y se enjugara la tristeza. La criada se acercó a limpiar la mesa mientras llevaba un mensaje para ella.

—Buenos días, señorita. Lamento interrumpir, pero Ronalee le pide que se dirija a la entrada. Su institutriz acaba de llegar.

Taylor miró a la criada exasperada por haber perturbado la tranquilidad que tanto necesitaba. La observó detenidamente. La piel morena de la criada brillaba bajo los rayos del sol como una turmalina. Su cabello rizado estaba recogido bajo una cofia blanca que combinaba con su uniforme.

—Gracias, Alice, pero recuerda que ahora soy la señora de la casa —dijo con altivez.

—Disculpe, señora —respondió la criada avergonzada.

—No te preocupes, a mí también me cuesta acostumbrarme.

Dejando la servilleta que había estado en su regazo sobre la mesa, se dispuso a encontrarse con su nueva institutriz. Sentía repugnancia ante la idea de tener a una extraña en su casa, especialmente después de las horribles circunstancias que había vivido en el último mes.

En la puerta, junto a Ronalee, se encontraba una joven con un vestido granate. El vestido sin forma se ajustaba bien a su cuerpo y la falda, más amplia de lo habitual, resaltaba su cadera. Llevaba un fino chal sobre los hombros y una sonrisa iluminaba su rostro. Su cabello castaño

caía en pequeños bucles sobre sus hombros, y su piel era dorada como el caramelo. Sus ojos verdes, profundos como el bosque, hicieron que Taylor se ruborizara ligeramente al contemplar a esta delicada criatura, pero carraspeó para hacerse notar.

—Usted debe de ser la señorita Warmwood, un placer conocerla —la joven hizo una elegante reverencia—. Es un honor para mí ser su institutriz.

—¿Usted es mi institutriz? Pero parece tener mí misma edad —dijo, sorprendida.

—No se deje engañar por las apariencias, mi señora —respondió, haciendo otra reverencia.

Junto a ellas había dos maletas robustas que parecían estar hechas de cuero marrón, aunque se veían nuevas. Taylor levantó una ceja al notarlas, era evidente que su interlocutora provenía de una familia adinerada.

—Me gustaría saber su nombre —dijo la joven rubia con cierto recelo.

—Soy Megan Lovelace, hija del Lord Lovelace —respondió con una sonrisa. Sus ojos se entrecerraron ligeramente mientras sus mejillas se sonrojaban.

—Además de hija de un lord, esto se vuelve cada vez más ridículo. ¿Está segura de que debería estar aquí?

—Sinceramente, mi señora, no sé qué cree que voy a enseñarle.

—Modales, etiqueta, esas tonterías —hizo un gesto con la mano para enfatizar lo obvio de la pregunta. Toda la situación le parecía ridícula.

Megan soltó una risa sonora.

—Me temo que ya sé cuál es su confusión. He venido para enseñarle todo acerca de su negocio familiar, ya que la empresa de mi familia tiene similitudes con la suya.

—Entonces, adelante, porque francamente voy a necesitar un ejército como usted para entender las cosas.

Taylor se dio la vuelta, ajustándose el chal. Megan la siguió mientras Ronalee pedía al criado que había ayudado a bajar las maletas de la joven que las llevara a su habitación.

Llevaron a la joven al jardín trasero para que tomara algo mientras Taylor intentaba averiguar todo lo que su madre no le había contado sobre su nueva institutriz. Solo sabía que su madre se había puesto en contacto con ella cuando supo que su hora final se acercaba, y que le había pagado por adelantado. Aunque siendo hija de un lord, el dinero no era un problema para ella.

—Señorita Lovelace, todavía estoy bastante intrigada por todo lo que me ha dicho. Realmente tiene buenas intenciones.

—Mi padre quiere que le enseñe todo lo que pueda, ya que su empresa tiene un contrato con la suya. Sería catastrófico para ambos perder su apoyo —Megan bebió de su taza de té, que una criada ya había dejado previamente. El largo viaje la había dejado más sedienta de lo que quería admitir.

Taylor observó detenidamente a su institutriz, era de una belleza extraordinaria. Tenía un lunar en la mejilla derecha que, en lugar de estropear su imagen, la embellecía aún más. Algunas pecas decoraban su pequeña y redonda nariz, aportando delicadeza a su rostro, que continuaba en su cuello. Su cabello estaba parcialmente recogido con un lazo del mismo color que su vestido, lo cual contrastaba con su tono de cabello. Sus ojos verdes se posaron en ella y la escudriñaron antes de hablar.

—He oído que tiene problemas de salud, espero no ser una molestia en su hogar —Megan se mordió el labio, preocupada.

—De ninguna manera, me estaba muriendo de aburrimiento y la tristeza me consumía. Será maravilloso tener a alguien de mi edad con quien hablar. Por cierto, realmente tenemos la misma edad, ¿verdad?

—Tengo un año menos que usted—sonrió y unos hoyuelos se marcaron en sus facciones.

—Bueno, no es mucha disparidad—respondió la joven rubia.

—Me encantaría que fuéramos amigas.

—Puedes tutearme y espero poder hacer lo mismo contigo —los protocolos no le importaban en absoluto.

Asintió con la cabeza.

—Megan, ¿cómo sabes tanto sobre la empresa? Esa es una tarea que generalmente se reserva para los hombres.

Ella tomó otro sorbo de su taza antes de responder, pensando en su respuesta.

—Mi padre nos ha enseñado tanto a mi hermano como a mí. Si bien es cierto que él heredará la fábrica cuando mi padre fallezca, si alguna vez le ocurriera algo, el legado familiar seguiría intacto conmigo.

—Me alegra que tu padre sea un hombre tan moderno. Son pocos los padres que nos permiten ser algo más que meras criadoras —aunque la joven pensó en cómo sería su vida si su padre biológico fuera como el de su compañera, o si fuera como la mayoría de los hombres de la época.

—Soy muy afortunada.

Megan terminó su té y miró hacia la mesa, reflexionando sobre cómo sería su vida diferente si estuviera con su padre biológico. Ya estaría a cargo de niños.

—Me gustaría pedirte un favor. No he desayunado mucho, ya que salí de casa al amanecer, y me gustaría tomar algo ligero antes de la hora del almuerzo.

—Por supuesto, no hay problema —Taylor tocó una campana y una de las criadas apareció rápidamente.

—Roxanne, dile a Meud que prepare un par de emparedados para nuestra nueva invitada.

—Sí, mi señora.

—Todo lo que Meud prepara es exquisito, te encantará —Taylor se acarició la barbilla mientras pensaba—. Tendré que decirle al personal que te trate como si estuvieran tratando conmigo.

—Taylor, no es necesario —Megan pronunció las palabras con cierta inseguridad, sin saber si era adecuado tutear a la joven.

—Por supuesto que es necesario —le tomó las manos—. No permitiré que pases hambre. Te asignaré una criada personal. Será Alice, ya que es muy eficiente y sigue los pasos de su madre —le apretó la mano y le guiñó un ojo.

Megan no pudo evitar sonreír.

Capítulo 3

Cristales rotos

Every single thing I touch becomes sick with sadness

Después de saciar su apetito, Taylor condujo a su nueva invitada por la casa para que la conociera. Entraron desde el porche trasero, cruzaron una puerta de madera y llegaron a un pequeño corredor que las llevó al salón de baile. Megan observó las paredes decoradas con un tono azul cielo, pero lo más impresionante era el espejo en el techo que reflejaba toda la sala. Sin embargo, el salón estaba frío y la chimenea en la pared estaba apagada. El suelo de mármol brillaba como recién pulido, y de las paredes colgaban luces doradas con forma de tulipán cubiertas de telas negras en señal de luto.

Salieron de la amplia habitación y continuaron por el mismo pasillo hasta llegar al salón principal, donde las gruesas cortinas cubrían los ventanales y el retrato de los padres de Taylor presidía la sala como una sombra fúnebre. Avanzaron por el pasillo hasta llegar a la entrada, donde los cristales de las puertas dejaban pasar algo de luz, formando un arco iris en el suelo de madera.

Luego, se dirigieron hacia la derecha y encontraron la escalera que conducía a la parte superior de la casa, pero la pasaron de largo y se dirigieron a otra habitación, que resultó ser el salón de estar. Había dos sofás de tono rojizo alrededor de una pequeña mesa de cristal con un jarrón vacío encima. La habitación también contaba con una gran estantería y un piano de cola, además de una chimenea apagada en ese momento.

—Aquí es donde suelo pasar la mayor parte del tiempo, si no estoy leyendo un libro, estoy tocando el piano o pintando un cuadro—dijo Taylor, mirando la habitación con una sonrisa.

—Es muy acogedora—respondió Megan, siguiendo a su anfitriona hasta la última habitación de la planta, que resultó ser el comedor pequeño.

—Detrás de esa puerta están las escaleras que bajan hacia las cocinas, que a su vez conectan con la bodega. Ahora te mostraré tu habitación durante el tiempo que quieras estar con nosotros.

Subieron las escaleras de madera, recogiendo sus faldas para no pisarlas, hasta el pasillo superior

donde vieron las otras partes de la casa. El pasillo estaba iluminado por un gran ventanal al final, donde la luz del día reflejaba en las diferentes puertas de madera oscura y robusta. Taylor abrió la puerta de la izquierda con una llave que llevaba en el bolsillo de su vestido y entraron acompañadas de la institutriz.

—Esta es la habitación de invitados, espero que te guste.

Megan observó la enorme cama de matrimonio decorada con cuatro postes y un dosel de color azul, mientras una gran ventana iluminaba la habitación. La chimenea se encontraba frente al colchón, y cerca de la puerta había un tocador con un gran espejo. Un armario se encontraba junto a la mesa, donde los bultos de su equipaje estaban colocados con cuidado. También había una puerta en la pared que daba al cabecal de la cama, y Megan la abrió, descubriendo un baño en suite. La bañera era blanca con fontanería de latón oscuro, y también había un retrete y un lavadero.

—Me gusta mucho, Taylor—dijo la chica, cerrando la puerta y volviendo al dormitorio—. He notado que el color predominante en la casa es el azul.

—Me alegra mucho, el azul era el color favorito de mi madre—Taylor sonrió de oreja a oreja, mientras observaba su vestido—. Aquí tienes la llave—le entregó la misma con la que había abierto la puerta.

La joven asintió y guardó la llave en su bolsillo.

—Ahora te mostraré el estudio que tenemos al final del pasillo, donde puedes trabajar si lo deseas.

Las dos jóvenes se dirigieron a la puerta de la izquierda al final del pasillo.

—La puerta que está enfrente de esta era la habitación de mis padres y la que está enfrente de ti es la mía.

Volvió a abrir la puerta y entraron a un estudio iluminado por la luz del exterior. Una gran estantería ocupaba toda una pared, y en la otra había un escritorio de madera antiguo.

—El escritorio lleva décadas en mi familia, así que espero que lo cuides bien.

—Por supuesto, no haré nada que lo deteriore —respondió la joven morena con seguridad.

Tras informarle a Megan que la trampilla en la parte superior del pasillo llevaba al desván, la joven se disculpó diciendo que necesitaba ir al baño después del largo viaje desde su pueblo hasta la casa. Taylor le apretó la mano, indicando que lo entendía.

—Estaré afuera pintando un rato antes de la hora de comer. Si necesitas algo, tira de la cuerda que está junto a tu cama. Una de mis sirvientas estará encantada de ayudarte.

Taylor miró a Megan con una sonrisa, centrando su atención en sus cautivadores ojos. Tenía la intención de utilizar ese color para pintar el bosque que tenía en mente. Deslizó sus pies sobre el suelo de madera del pasillo y antes de bajar las escaleras, se recogió el dobladillo de su vestido azul para ocultarse de la vista de Megan.

Después de deshacer su equipaje y colocarlo a su gusto, Megan se deshizo de su pesado vestido, dejándolo sobre la cama. Cuando estuviera limpia, llamaría a una criada para que la ayudara a vestirse de nuevo y a guardar lo que había dejado fuera de las maletas. Se puso una fina bata de seda sobre su piel desnuda y salpicada de pecas, y se dirigió al cuarto de baño.

Vio una toalla cuidadosamente doblada sobre el lavabo. Abrió el grifo y esperó pacientemente a que el agua se calentara lo suficiente. El invento de la máquina de vapor había facilitado el calentamiento del agua en las casas señoriales, incluso en un pequeño pueblo. Se dio cuenta de que el padre de su anfitriona debió de ser comerciante.

Cuando el agua estuvo a la temperatura adecuada, añadió sales aromáticas que había encontrado en el mueble detrás del espejo. Las vertió en la bañera y observó cómo caían hasta formar un montículo de color verde claro en el fondo. Colgó su bata en uno de los percheros del baño y, con sus delicados pies, pisó la mullida toalla que estaba cerca de la bañera. Metió la mano para comprobar la temperatura del agua y, al ver que era la adecuada, se sumergió en la bañera. Se sentó cómodamente, dejando que su cabello flotara fuera del agua y apoyando el cuello. Sus piernas se doblaron cómodamente en la bañera, cerró los ojos y se relajó.

Aunque estaba en la oscuridad, comenzó a tocar las piedrecitas aromáticas con las manos, pasándolas de una palma a la otra y soltándolas para que se disolvieran. Con la mano derecha, mojó su cuello y nuca, sintiendo cómo el agua resbalaba por su piel. Sacó la otra mano y repiqueteó con las uñas sobre la superficie blanca, haciendo que el sonido se extendiera por la habitación.

Había aceptado la oferta de su padre de formar a la señorita Taylor para poder salir de su pueblo y conocer el lugar de su infancia. Aún recordaba el bosque donde había jugado de niña y sabía cómo llegar desde el corazón del mismo hasta su antigua casa. Aunque no quedaba nada de su vida anterior después del incendio que lo había arrasado todo, estaba agradecida por la vida que tenía ahora. El matrimonio que la había adoptado la trataba como si fuera su propia hija, pero siempre había sentido que algo le faltaba.

Había preguntado a su familia sobre el incendio de su pequeña casa, pero todos decían que desconocían cómo se había propagado, solo sabían que había sido un incendio feroz y que se había originado desde el exterior. Sentía que había algo extraño y que debía descubrir la verdad para poder dejar atrás los fantasmas del pasado y cerrar ese capítulo de su vida.

Había sentido algo extraño al entrar en la casa, un escalofrío le recorrió toda la espalda y el sentimiento de ser observada se posó sobre ella. Suponía que era normal estar en un lugar desconocido. Pensó en los penetrantes ojos de Taylor, cómo el azul y el lila se mezclaban para crear una tonalidad fascinante. Había notado que, dependiendo de la luz, sus ojos podían verse de un intenso morado o de un azul profundo.

Abrió los ojos lentamente, adaptándose a la luz, y miró el techo de madera donde una viga del mismo material sobresalía. Extendió la mano para tomar el gel natural que encontró junto a las sales. Al agarrarlo, se dio cuenta de que su mano estaba cubierta de una mezcla de hollín y agua, volviéndose negra. Alarmada, miró hacia la bañera y vio que el agua estaba teñida de oscuro, con un trozo de madera flotando cerca de una de sus piernas.

Un grito escapó de sus labios y soltó el tarro, que se estrelló contra el suelo, rompiéndose en pedazos. Salió rápidamente de la bañera, buscando secarse y quitarse el agua negra. Cuando volvió la mirada a la bañera, el color había desaparecido y el agua volvía a ser cristalina, aunque agitada por su apresurada salida. El trozo de madera también había desaparecido. Aturdida, se miró las manos mientras daba vueltas, pero no había rastro de agua obsidiana.

Se envolvió en la toalla como pudo y corrió hacia su habitación. Tiró con fuerza de la cuerda y se quedó de pie, esperando a que una sirvienta acudiera. Pasaron cinco minutos y finalmente una criada, más joven que la que le había abierto la puerta horas atrás, entró en su habitación. Se parecían lo suficiente como para suponer que eran familiares.

—Buenos días, señorita Lovelace, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo la criada, confundida.

—Mira en el baño, ¿cómo está la bañera? —preguntó Megan alarmada.

La criada, sin entender del todo, entró en el baño, miró la bañera llena de agua y salió para hablar con ella.

—Está llena de agua, señorita. ¿Quiere que la caliente?

—No, ¿de qué color estaba el agua antes? —respondió Megan con una sonrisa forzada—. No pasa nada, solo quita los cristales rotos y vacía la bañera. Después, ayúdame a vestirme.

Mientras la criada realizaba las tareas encomendadas, Megan se mordía el labio, preocupada por

haber tratado de forma tan brusca a la joven. Planeaba disculparse más tarde. Sin embargo, la visión del agua oscurecida seguía atormentándola, aunque pensó que tal vez fue producto del cansancio y que sería mejor olvidar el asunto. A pesar de eso, la sensación de inquietud no la abandonó durante todo el día, añadiendo una tensión palpable a cada momento.

Capítulo 4

Criadas y señoras

This love is alive back from the dead

Megan se despertó empapada en sudor, mientras los primeros rayos de sol se filtraban por la ventana. Se destapó rápidamente, permitiendo que el aire de la habitación acariciara las partes de su cuerpo no cubiertas por el camisón.

Alice, la criada asignada por Taylor, había encendido la chimenea para mantener la habitación cálida y había colocado una densa manta sobre las sábanas, lo que la dejaba inmovilizada y le provocaba una sensación opresiva. Aunque había aceptado seguir el procedimiento de la anfitriona, decidiría no encender la chimenea la próxima noche.

Decidió levantarse de la cama para deshacerse del sudor que cubría su cuerpo y se dirigió hacia la puerta del baño, que estaba cerrada. Sin embargo, cuando colocó la mano en el pomo, se detuvo. Sentía miedo y no quería entrar sola al baño, así que decidió llamar a la criada.

—Buenos días, señorita Lovelace. ¿Ha dormido bien? —saludó Alice al entrar en la habitación.

—Buenos días. Pasé bastante calor. La habitación estaba muy caliente —respondió Megan.

—Lamento mucho eso, señorita. Hice lo mismo que hacemos con la señora, así que supuse que debería hacer lo mismo con usted —se disculpó Alice, inclinando la cabeza.

—No te preocupes, Alice. No podías saberlo —tranquilizó Megan—. ¿Podrías ayudarme a vestirme?

—Me gustaría que prepararas la bañera. Quiero asearme antes de arreglarme —añadió.

—Por supuesto. Espere sentada en la cama mientras preparo todo —respondió Alice con una leve sonrisa en su delicada cara y se dirigió al cuarto de baño.

Megan se sentía inquieta mientras escuchaba el sonido del agua corriendo y los movimientos de Alice preparando las cosas en el baño. Sin embargo, pensó que si no había gritado, no debía haber pasado nada extraño. Lo de ayer debió haber sido producto de su imaginación debido al

cansancio del viaje. Se mordió el labio pensando que tal vez era una de esas cosas que le ocurrían de vez en cuando desde que era pequeña.

—Todo está listo, señorita —anunció Alice al regresar a la habitación, sacándola de sus pensamientos.

—Perfecto, Alice. ¿Podrías lavarme el pelo? —solicitó Megan, decidiendo que era mejor que la joven se quedara con ella en caso de que algo extraño sucediera de nuevo en el baño. En su residencia, era común que las criadas bañaran a las señoras, y su madre solía disfrutar de esa práctica.

—Como guste, señorita —aceptó Alice.

En la bañera, con el agua cubriendo la desnudez de Megan, sentía a Alice a su lado arrodillada, con las mangas de su uniforme remangadas mientras masajeaba su cabello castaño. Miraba al techo, sintiéndose intranquila, incluso con la criada a su lado.

—¿Ha venido alguna vez a nuestro pueblo, señorita? —preguntó Alice, al notar cómo temblaban las piernas de Megan, tratando de entablar una conversación.

—Yo vivía en este pueblo hasta que mi casa fue destruida por las llamas una noche de febrero hace doce años.

—Lo siento mucho, señorita. He escuchado esa historia, aunque era solo una bebé en ese momento —respondió Alice.

Megan se incorporó de manera abrupta en la bañera y dirigió su mirada hacia Alice.

—¿Sabes algo más sobre lo sucedido? Estoy buscando cualquier detalle que pueda ayudarme a descubrir quién provocó el incendio.

—Lo siento, señorita, pero no sé más. Aunque... —Alice apoyó su mano mojada en su barbilla mientras pensaba. Cerró los ojos por un instante y luego los abrió, encontrando los profundos ojos verdes de Megan.

Observó a la joven, notando que su piel era más oscura de lo habitual para alguien de alta posición social, lo que sugería que no era hija de un Lord. Las pecas marrones salpicaban suavemente su piel, probablemente debido a la exposición al sol desde temprana edad, lo que la hacía hermosa como una diosa, como las de las historias que su madre solía contar sobre las deidades ancestrales.

—Lo único que recuerdo de aquella noche es que mi madre, Ronalee, quien es el ama de llaves

de la casa y la criada personal de nuestra antigua señora y ahora de la señora actual, me contó que aquella noche fue el primer ataque de la enfermedad de la joven señora. Pobrecita, tan pequeña.

—¿Cuántos años tenía en ese entonces?

—La señora tenía ocho años y desde aquel día debe tomar su medicación por las noches.

—¿Sabes qué enfermedad tiene?

—Los médicos la llaman "debilidad".

—Entiendo. Muchas gracias, Alice.

—De nada, señorita.

La criada continuó masajeando la cabeza de Megan hasta que su cabello estuvo limpio. Luego, la ayudó a secar su cuerpo y posteriormente le ofreció su ayuda para vestirse. Finalmente, se dirigieron al porche de la casa para que la joven pudiera tomar su desayuno.



Taylor lucía un vestido de color marfil que resaltaba su melena rubia suelta, la cual caía por su espalda como una cascada de luz. Sus ojos estaban fijos en el joven jardinero que quitaba las malas hierbas. El chico llevaba un sombrero de paja cubriendo su cabeza, pero Megan no podía verlo claramente, así que decidió centrarse en Taylor mientras se acercaba a la mesa.

La muchacha rubia giró grácilmente la cabeza al oír los pasos de Megan sobre el porche de madera y le regaló a su institutriz una sonrisa abierta y sincera.

—Buenos días, Megan —Taylor dejó su taza en el plato pequeño que hacía juego.

—Buenos días, Taylor —la muchacha se sentó en la silla junto a ella.

—Para desayunar tenemos té, sándwiches y pastas dulces, pero si prefieres otra cosa, puedes pedir lo que desees.

—Me vendría bien un poco de café con leche —Ronalee, quien estaba cerca de su ama, escuchó lo que dijo la joven institutriz.

—Ahora mismo voy a la cocina a buscar café y leche.

La señora de la casa asintió en aprobación, y la criada salió del porche. Ronalee cruzó el pasillo que conducía al pequeño comedor y atravesó la puerta para bajar por las escaleras de madera que llevaban a la cocina.

La cocina era un espacio amplio donde tres personas podían trabajar cómodamente. Los muebles eran de caoba oscura, desde los pequeños armarios colocados encima de la encimera de piedra hasta la alacena empotrada en la pared, donde se guardaban los suministros para un mes. Meud, la cocinera, estaba hablando con su hija, Roxanne.

Meud era una mujer baja y regordeta, con el pelo marrón corto y los ojos negros. A simple vista parecía una mujer cariñosa, la típica señora de la casa afable y preocupada por sus hijos, pero eso era solo la apariencia.

—La señorita Lovelace quiere café con leche para desayunar —Ronalee carraspeó para hacerse notar.

—No ha pasado ni media semana desde que llegó y ya quiere cambiar las cosas, esa hija de Lord —Meud se dio la vuelta y colocó la cafetera sobre el fuego.

—Ahora con esa ramera tendremos aún más trabajo —comentó Roxanne.

Roxanne estaba apoyada en la mesa donde comía el personal de servicio. Su cabello castaño, que siempre parecía grasiento, estaba recogido en una trenza. Tenía los rasgos de su madre, con una nariz pequeña y ojos marrones. Siempre tenía la expresión de haberse tragado un limón. Sus manos estaban callosas de tanto trabajar en la cocina, aunque siempre ponía excusas para dejar sus tareas y holgazanear. Sus brazos anchos descansaban sobre su falda mientras se quitaba las migajas de alguna porción de comida.

Alice entró en ese momento con un montón de sábanas en sus brazos.

—Le he cambiado las sábanas a la señorita Lovelace, ya que ha sudado mucho esta noche.

—Estupendo, Alice, más trabajo. ¿No podías dejar las sábanas puestas? —dijo Roxanne con voz aguda.

—Era lo adecuado —dijo Ronalee—. No podemos permitir que esté incómoda.

—Ya tenemos suficiente trabajo con Taylor como para que ahora sea el doble —dijo la criada bufando.

La cafetera silbó, indicando que el café estaba listo. Se sirvió en una jarra junto a otra con leche, colocándolas en una bandeja.

—Roxanne, lava las sábanas. Alice, lleva la bandeja a las señoritas —ordenó la ama de llaves.

Ronalee sabía que Jacob estaba arriba, por lo que había enviado a su hija en lugar de la otra criada. Hacía días que Roxanne no veía a su enamorado, y era mejor mantenerla alejada del jardinero.

—Ten cuidado de no caerte y romperte la crisma —advirtió Roxanne antes de agarrar las sábanas con brusquedad.

Alice tomó la bandeja y salió de la cocina.



—He pasado una mala noche —confesó Megan a Taylor.

La rubia dejó su mano en el aire, ya que estaba a punto de coger una galleta.

—¿Qué ha pasado?

—Nada malo, solo que he tenido mucho calor.

—Lo siento, Megan —le cogió la mano—. No volverá a suceder.

—Tranquila, no es para tanto —la muchacha miró los ojos de su interlocutora, que en ese momento eran de un azul cielo, y no pudo evitar sonreír.

En ese instante, Alice apareció con una bandeja en la mano. Sirvió la bebida a Megan y luego se colocó donde su madre había estado antes.

—Alice, lleva un poco de agua a Jacob —Megan señaló al jardín donde el joven jardinero se había puesto de pie y se estaba secando el sudor de la frente con un trapo que llevaba en el cinturón.

—Como desee, mi señora.

Alice tomó el vaso que su ama no había usado y vertió agua fresca. Con movimientos gráciles se dirigió hacia Jacob, quien la tomó de la mano. Comenzaron a hablar.

—Parece que se llevan muy bien —comentó la institutriz, contemplando la escena.

—Más que bien. Hace unas semanas, Jacob le pidió a mi madre permiso para cortejar a Alice —la joven rubia habló con picardía en su voz.

—Me alegro por ellos.

—Yo también. Cuando tenía doce años, tuve un enamoramiento con el joven jardinero. En aquella época, trabajaba su padre, Leonard, y él estaba aprendiendo el oficio —soltó una risa—. Ahora me alegro mucho por los dos. Ella es una buena persona y él un buen hombre. Forman una pareja encantadora.

—Brindemos por ellos —Megan levantó su taza de café y la chocó delicadamente con la de Taylor.

Las chicas terminaron de desayunar tranquilamente, con los rayos del sol acariciando su piel. La sirvienta había dejado de hablar con su enamorado y había vuelto a su posición, esperando a que su señora le asignara alguna tarea o que su madre ocupara su lugar.

—¿Sabes algo sobre la fábrica de tela de tu familia? —preguntó Megan.

—No sé nada sobre ella, ni cómo funciona, ni qué tipos de telas fabrica, nada. Mi tío y mi madre la llevan desde la muerte de mi padre.

Megan reflexionó y decidió empezar por el principio, recordando lo que su padre solía hacer.

—Necesitamos muestras de telas. No puedo enseñarte cómo funciona la fábrica ni cómo dirigirla si no conoces la materia prima con la que se trabaja.

—Tiene sentido.

—Alice —Megan se dirigió a la criada con amabilidad—, dile a tu madre que se encargue de traer telas de la fábrica. Con una muestra pequeña de cada una será suficiente. Si necesita más información, que hable conmigo. No hay prisa, tenemos tiempo suficiente.

Taylor miró a la joven y recordó a su madre, con telas en su despacho y trayendo trabajo de la fábrica a casa. Una sonrisa melancólica apareció en su rostro mientras recordaba los momentos vividos y pensaba en lo feliz que había sido con su madre, sabiendo que nunca más la volvería a ver.

Cuando Megan terminó de hablar con Alice, observó la expresión triste de su acompañante y le sonrió, intentando animarla. Podía deducir lo que pasaba por la cabeza de la joven. Taylor, al

contemplar la dulce expresión de Megan, imitó su gesto y sintió que su corazón se alegraba un poco. Tenerla en casa sería bueno para su ánimo, pensó.

Después de un breve momento de silencio, Megan decidió cambiar de tema para distraer a Taylor de sus pensamientos melancólicos.

—Oye, ¿te gustaría dar un paseo por tus hermosos jardines después del desayuno? Me encantaría disfrutar de la belleza de tu propiedad —propuso Megan con entusiasmo.

Taylor levantó la mirada y sonrió ante la invitación de su amiga.

—¡Claro! Será un placer mostrarte mis jardines. Jacob los cuida con mucho cariño y estoy segura de que te encantarán —respondió Taylor, animándose poco a poco.

Las chicas terminaron de desayunar en el porche trasero de la casa, disfrutando de las vistas exuberantes del jardín. El sol brillaba en el cielo y el aroma de las flores llenaba el aire mientras se dirigían hacia los jardines de Taylor.

Megan se maravilló al ver la extensión y la belleza de los jardines.

—¡Son increíbles, Taylor! No sabía que tenías una propiedad tan hermosa. ¡Debe ser un sueño tener esto en tu propio hogar!

Taylor asintió, orgullosa de sus jardines.

—Sí, es un lugar especial para mí. Me encanta pasar tiempo aquí, rodeada de la naturaleza y la tranquilidad. Es mi refugio personal.

Megan sonrió y señaló hacia una zona sombreada bajo un árbol frondoso.

—¿Puedo sentarme allí un momento? Me gustaría disfrutar de este entorno mágico.

Taylor asintió y las dos se acomodaron en el lugar elegido. Mientras Megan contemplaba el paisaje, Taylor pensó en compartir otra de sus pasiones con su amiga.

—Sabes, Megan, además de los jardines, también tengo una pasión por la música. Tengo un hermoso piano en el comedor de la casa. Es allí donde puedo expresar mis emociones a través de las teclas. ¿Te gustaría escucharme tocar?

Los ojos de Megan se iluminaron ante la sugerencia de Taylor.

—¡Por supuesto! Me encantaría escucharte tocar el piano. Será una experiencia maravillosa.

Las chicas se levantaron y se dirigieron al interior de la casa. Entraron al comedor, donde un

imponente piano ocupaba un lugar destacado. Taylor se sentó frente al instrumento mientras Megan tomaba asiento en un cómodo sillón cercano.

Con gracia y habilidad, Taylor comenzó a tocar una melodía cautivadora. Las notas llenaron el comedor, envolviendo a Megan en una atmósfera mágica. Cada acorde y cada movimiento mostraban la pasión y el talento de Taylor.

Megan quedó fascinada por la música y se dejó llevar por las emociones que la melodía evocaba en ella. Cerró los ojos y se perdió en el sonido del piano, sintiendo cómo cada nota le acariciaba el alma.

Cuando la canción llegó a su fin, Megan abrió los ojos y aplaudió emocionada.

—¡Eso fue asombroso, Taylor! Eres realmente talentosa. Tu música tiene el poder de transportarnos a otro mundo.

Taylor sonrió humildemente, agradecida por las palabras de su amiga.

—Gracias, Megan. La música es mi forma de expresarme y me alegra que hayas disfrutado de mi interpretación.

Las chicas regresaron al porche trasero y se sentaron nuevamente, admirando la belleza del jardín. Entre risas y confidencias, Megan y Taylor descubrieron una conexión especial, una amistad que crecía con cada momento compartido.

Capítulo 5

Negra noche

Can't turn back now, I'm haunted

Taylor dormía plácidamente en su habitación tras pasar el día pintando y mostrando sus cuadros a Megan. Desde que aprendió a sostener un pincel entre los dedos, se propuso pintar a su nueva amiga, que poseía unos penetrantes ojos verdes y unas pecas que le inspiraban a retratar cada una.

La habitación estaba sumida en la oscuridad, el fuego de la chimenea se había extinguido hace varias horas. Taylor giró en la cama, colocándose de lado. La manta se deslizó y cayó al suelo con un ligero ruido, dejándola expuesta al frío.

Aunque seguía durmiendo, Taylor empezó a sentir el frío. Encogió sus piernas en busca de calor y apretó los dedos de los pies. Sin embargo, el calor que había acumulado en su cuerpo se desvanecía y su sueño se volvía una amalgama oscura de terror. Comenzó a tiritar y se cubrió hasta el cuello con la sábana, tratando de protegerse del frío.

En su sueño, corría descalza sobre la nieve y caía, su cuerpo se volvía pesado y frío, incapaz de moverse. Alguien la perseguía y se arrastraba con esfuerzo por la nieve, empapando su camisón y sintiendo cómo el frío se clavaba en su piel. Estiró la mano, pero solo cogió nieve mientras su perseguidor se acercaba. Oyó sus pisadas cada vez más cercanas, agotada y congelada siguió arrastrándose, haciéndose heridas en las piernas expuestas, su camisón rasgado por una raíz de un árbol. La persona estaba a punto de atraparla. Sintiendo un frío intenso y sin fuerzas, notó una mano que le agarraba del tobillo y la arrastraba, dándole la vuelta...

En ese momento, Taylor se despertó con un grito ahogado en la boca, mirando la oscuridad infinita de su habitación. Asustada, se tapó la cabeza y cerró los ojos con fuerza, sintiendo el miedo recorriendo su cuerpo. Los músculos de sus piernas estaban doloridos por la tensión.

Después de respirar rápidamente por un momento, se dio cuenta de que estaba a salvo en su habitación, en su cama, y que todo había sido una horrible pesadilla. Se tranquilizó y destapó la cabeza. Descubrió que el frío que sentía se debía a que la manta se había caído de la cama.

Maldijo en silencio, consciente de que no era propio de una señorita, pero en ese momento le pareció lo más apropiado. Se acercó al borde de la cama para recoger la manta, pero no logró alcanzarla con la punta de los dedos.

Miró la chimenea en la oscuridad y, con sus ojos ya adaptados a la falta de luz, se dio cuenta de que llevaba tiempo apagada. Suspiró y se levantó, sintiendo la rugosa alfombra bajo sus pies descalzos. Sus piernas se quejaron mientras notaba el dolor de los arañazos sangrantes en sus pantorrillas y muslos.

La sangre brotaba de las heridas y se deslizaba como lágrimas hasta sus pies, desapareciendo en la alfombra. El pánico creció dentro de ella como una ola enfurecida. Torpemente, recogió la manta y la colocó de nuevo en su cama. Quería ir rápidamente al baño para limpiarse las piernas.

Una sensación de frío recorrió su espalda y se giró para mirar la puerta. Estaba cerrada, tal como la había dejado antes. Nadie la había abierto. Tomó el candelabro que descansaba en su mesita de noche, junto a un libro y un vaso vacío que solía utilizar para tomar su medicina. Recordó el sabor amargo de la pastilla bajando por su garganta.

Buscó la caja de cerillas que solía estar al lado del candelabro, pero no la encontró. Tenía la horrible sensación de que no la hallaría fácilmente en la oscuridad de su habitación. Sintió que alguien la observaba, aunque sabía que estaba sola. Decidió ir al baño, incluso a oscuras, para limpiarse la sangre de las piernas.

Mientras acomodaba la manta para evitar que se cayera nuevamente, escuchó un leve sonido. La sangre se le heló y se detuvo. Mantuvo la espalda recta como un palo, con el cabello cayendo en ondas revueltas detrás de ella.

Entonces, escuchó el sonido con mayor claridad: arañazos en la puerta. Asustada, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro largo y tembloroso. Sus manos y labios temblaban. Lentamente, se giró sosteniendo el candelabro en su mano y miró fijamente la puerta.

Permaneció en esa posición durante un buen rato, con la respiración acelerada y empezando a sudar de miedo, pero no volvió a oír ningún sonido. Decidió regresar a la cama, tapándose hasta la cabeza, sin importarle sus heridas ni que la sangre manchara las sábanas. Ya encontraría una explicación para los cortes por la mañana.

Se metió en la cama y se cubrió hasta el cuello, con los ojos cerrados y las extremidades apretadas. Pensó que todo había sido parte de un sueño y que, probablemente, seguía soñando. Pero esta vez escuchó el mismo sonido desgarrador en la puerta, seguido de algo que nunca pensó que escucharía.

—Taylor—dijo una voz femenina.

La joven ya no sabía qué hacer, se tapó la cabeza con las sábanas y se dio la vuelta, ocultando la cabeza bajo la mullida almohada.

Volvió a escuchar las uñas rascando la puerta, esta vez como si fueran dos manos.

—Taylor—volvió a decir la voz en un susurro.

La voz de la mujer era misteriosa, como el suave ronroneo de un gato que invitaba a jugar. Y eso era lo que estaba haciendo, intentando que Taylor saliera de la cama.

—Taylor—susurró la voz nuevamente.

Taylor recogió sus piernas y se acurrucó, manchándose las manos y las sábanas con su propia sangre.

—Taylor...

La joven respiró profundamente mientras pensaba en la situación. Nadie podía haber entrado en su casa y golpear la puerta en mitad de la noche. Así que decidió que era solo una pesadilla y comenzó a tranquilizarse, aunque sus lágrimas habían empapado la sábana bajera. No era la primera pesadilla de la noche y seguramente esta había continuado con la siguiente. Estaba convencida de que era solo una pesadilla y que la mejor forma de ponerle fin era enfrentándola, para poder descansar adecuadamente y calmar su mente agitada. Llena de valentía, salió de la cama, tomó la manta a modo de capa y agarró el candelabro apagado.

Avanzó lentamente hacia la puerta y cuando estuvo frente a ella, la golpeó con fuerza. Luego, colocó su oreja sobre su lisa superficie, tratando de escuchar algo, pero no percibió ningún sonido. Depositó suavemente el candelabro en el suelo, conteniendo la respiración para no hacer ruido, y se pegó de nuevo a la puerta, tratando de captar algún sonido. Sin embargo, no escuchó nada. Con cuidado, tomó la llave que colgaba junto a la puerta y la insertó en la cerradura.



Megan estaba en su cama durmiendo, esa madrugada, sin sentirse oprimida como la primera

noche que pasó en la casa. Llevaba el pelo castaño recogido en una trenza que esa mañana le había hecho Alice. Hoy por fin había podido usar el baño sin tener miedo ni congoja. Tenía un sueño tranquilo y profundo, pero se dio la vuelta y entreabrió los ojos.

De repente, escuchó un sonido, un crujir de la madera que resonó en la oscuridad de la habitación. Megan frunció el ceño, tratando de descifrar su origen. Pensó que era solo la vieja casa, dejando escapar algunos ruidos nocturnos, y decidió no darle importancia, intentando volver a dormirse. Pero entonces, lo escuchó nuevamente. Esta vez era diferente, acompasado, como si alguien estuviera caminando justo delante de su habitación.

El corazón de Megan empezó a latir más rápido. El sonido continuaba, mezclado con otro ruido inquietante: algo siendo arrastrado por el suelo. Era como si un vestido muy largo estuviera siendo descuidadamente arrastrado por el suelo mientras su dueña avanzaba lentamente. Megan se estremeció, sintiendo cómo el escalofrío recorría su espalda.

Decidió salir de la cama y ver quién estaba caminando. Tal vez era una de las criadas, dada la proximidad del amanecer. Debía de ser eso, seguramente. Con cautela, Megan se levantó de la cama, cogiendo la bata que tenía apoyada encima de la silla del tocador para protegerse del frío del pasillo. Tomó la llave que estaba colgada al lado de la puerta y la giró una vez, sintiendo cómo las bisagras crujían al abrirse. El chirrido inundó el lugar, pero Megan no se detuvo y empujó la puerta, dejando un espacio justo para poder salir.

Sacó la cabeza en dirección al pasillo y se encontró con una visión aterradora. Una figura enmarañada caminaba hacia las escaleras al final del pasillo, pero no era ninguna de las criadas. Era Taylor. Megan reconoció ese cabello dorado en cualquier lugar. Taylor estaba envuelta en una pesada manta, sus pies descalzos moviéndose sin hacer ruido. Lo que más preocupaba a Megan era que parecía no haber oído cómo ella había abierto la puerta de su habitación.

Llenándose de inquietud, Megan salió de su habitación y llamó a la muchacha, pero ella no respondió ni pareció haberla oído. Con pasos acelerados, Megan se apresuró hacia Taylor, estirando la mano para rozar su hombro. En ese momento, Taylor se dio la vuelta, y en sus ojos había una mirada de horror tan intensa que parecían dos luces lilas en su rostro pálido.

—Meg...—intentó decir su nombre, pero antes de que pudiera completarlo, cayó en los brazos de su amiga, su cuerpo exhausto vencido por el cansancio que lo aplastaba como si fuera una ola implacable.

Los ojos de Taylor se cerraron, sumiéndose en la oscuridad, y Megan, llena de preocupación, gritó pidiendo auxilio, sintiendo cómo la agonía se intensificaba en el aire.

Capítulo 6

Proteger a Taylor

You'll be alright, no one can hurt you now

Tras gritar con todas sus fuerzas, Megan escuchó pasos que provenían de las escaleras, y en unos instantes, Alice estaba a su lado con cara de preocupación. La joven criada encontró a Megan sentada en el suelo, sosteniendo a Taylor en su regazo. La piel blanca de Taylor estaba cubierta por la manta de su habitación, y su brazo derecho yacía inerte sobre el suelo de madera. Megan se tranquilizó un poco cuando vio a Alice.

—Me desperté porque escuché ruidos en el pasillo. Salí y me la encontré fuera. Al tocarle el hombro, se desmayó—, explicó Megan, muy alterada por lo sucedido, y mirando con temor a Alice.

—Tranquila, señorita. Entre las dos vamos a llevarla a su habitación —respondió Alice, con calma.

Las dos mujeres cargaron a Taylor, cada una cogiendo uno de sus brazos, y la llevaron de vuelta a su habitación. La manta se quedó en el pasillo debido a su peso. Al cruzar el umbral de la puerta, Alice tropezó con el candelabro y cayó al suelo, pero las chicas restaron importancia al incidente. Colocaron a Taylor en la cama, en el centro del colchón, y la cubrieron con las sábanas. Alice fue a buscar la manta y la colocó encima de Taylor, asegurándose de que estuviera bien cubierta.

Alice encendió las velas en la habitación de su ama, mientras Megan no dejaba de mirar a Taylor, asustada. La luz iluminaba su rostro y su respiración era tranquila, como si estuviera durmiendo.

—No entiendo qué hacía en el pasillo a estas horas —dijo Megan, con preocupación.

—Mi madre me contó que la señora solía ser sonámbula cuando era pequeña. Puede ser que, debido a la muerte de su madre, haya vuelto a aparecer —respondió Alice.

—Puede ser, Alice. ¿Estás sola en la casa? —preguntó Megan.

—Sí, señorita. Nos turnamos cada noche para quedarnos vigilando a la señorita, quiero decir, a la señora —dijo Alice, sonriendo para animar un poco a Megan—. Debería volver a la cama. Aún quedan un par de horas hasta que amanezca.

—No puedo. Si no te importa, me quedaré aquí vigilándola —dijo Megan, decidida.

—Como guste, aunque debe saber que cuando está agotada, pasa días durmiendo.

—Me quedaré hasta que me entre sueño —afirmó Megan.

—Le prepararé un vaso de leche caliente.

—Eres muy amable, Alice.

La criada desapareció hacia la cocina y Megan cogió la silla del aparador para sentarse cerca de la cama de Taylor. Había algo que no encajaba, le parecía extraño que Taylor estuviera paseando por el pasillo a esas horas. Y aún más extraño era que, siendo sonámbula, pudiera abrir la pesada puerta de su habitación con la llave. Además, ¿qué hacía el candelabro en el suelo? Megan examinó la habitación en busca de cualquier indicio extraño hasta que la criada regresó con una bandeja en las manos.

—Le he puesto unas galletas de mantequilla por si le apetece comer algo —dijo Alice al entregarle la bandeja.

—Muchas gracias, Alice. Puedes ir a descansar —respondió Megan.

—Si necesita algo, solo tiene que tirar de la cuerda —señaló Alice la cuerda que estaba cerca de la cama.

—Lo haré. Gracias.

Alice se alejó sin hacer ruido y Megan cogió la taza entre sus manos para darse calor. Empezaba a tener frío, ya que su bata era bastante fina. Vio una manta de color verde hecha de lana encima del baúl que estaba a los pies de la cama de su amiga y la cogió para taparse las piernas.

En la carta que le había mandado la madre de Taylor, Catherine, hacía semanas, explicaba cómo su hija estaba delicada de salud y necesitaba a alguien que pudiera acompañarla en los difíciles días que le esperaban, además de alguien que pudiera ayudarla con el negocio familiar. Megan aceptó por ayudar a Taylor, ya que le parecía muy triste todo lo que le ocurría a la joven dama, y porque veía la oportunidad de regresar a su pueblo natal. Quería obtener las respuestas que siempre había deseado y encontrar al culpable de la muerte de sus padres. Aquella melena roja perdiéndose en la inmensidad del bosque estaba grabada en su memoria.

Una parte de ella sabía que debía dejar la historia cerrada, que tal vez nunca sabría quién mató a su familia. Pero otra parte le decía que esta era su oportunidad, que debía darse prisa porque se le acababa el tiempo. Cuando recibió aquella carta, supo que debía aceptar la propuesta y alejarse de su hogar para adentrarse de nuevo en los entresijos de su mente, en ese lugar del que había estado alejada durante mucho tiempo.

Desde que puso un pie en la mansión Warmwood, Megan percibió un ambiente pesado, como si algo estuviera enrarecido en el aire. Había ignorado esa sensación en los días anteriores, pero ahora, con Taylor paseando por los pasillos, la opresión volvía a instaurarse en su pecho.

Taylor dormía plácidamente, con una respiración profunda y regular, y Megan no podía apartar la mirada de ella. Observaba cómo sus rubias cejas enmarcaban sus ojos, cuyos párpados blancos estaban perfectamente cerrados, dejando entrever sus ojos de un mar entre azul y lila. Esos ojos la habían hipnotizado desde la primera vez que los vio, y resultaba un auténtico misterio cómo podía haber un equilibrio perfecto entre esas dos tonalidades. Sabía que eran los ojos de una artista, que Taylor tenía en su alma dibujada toda la paleta de colores, y lo había confirmado cuando le mostró sus otros cuadros. Los sentimientos plasmados en esas pinturas habían estallado en la mente y el corazón de Megan, transportándola a distintos momentos y dejándose llevar por las emociones. Había reído, se había emocionado e incluso había derramado alguna lágrima. Aquellas obras la habían abrumado, con su armonía cromática simplemente bella y abrumadora. Donde ella jamás pensó que podría haber un naranja, Taylor lo había plasmado, dejándola fascinada.

Pero lo que más maravillaba a Megan era cómo el color de los ojos de Taylor cambiaba con la luz, cómo un simple rayo de sol hacía que pasaran del azul del cielo al azul del mar para luego mezclarse con el lila y crear un nuevo color. Era hermoso.

Los labios de Taylor, de un suave color cereza, estaban ligeramente entreabiertos. A Megan le recordaban el color de las flores, y se imaginaba que estarían igual de frescos que los pétalos por la mañana, cubiertos de rocío. Su cuello era pálido y se podía percibir la vena que iba desde su corazón hasta su cara, palpar al ritmo de la sangre. Su cabello había caído ligeramente sobre su hombro izquierdo, y un mechón suelto reposaba sobre su frente.

Megan se levantó suavemente para apartar el cabello de la cara de Taylor. Con delicadeza, tocó su frente para comprobar si tenía fiebre, pero se sorprendió al notar lo fría que estaba. Observó cómo las pestañas claras de Taylor se deslizaban suavemente sobre su piel de porcelana. Con suavidad, rozó con las yemas de los dedos la mejilla de Taylor hasta detenerse en la comisura de su boca, luego retiró la mano y decidió volver a sentarse.

Megan acercó su silla aún más a la cama de Taylor para poder estar cerca de ella. Cogió la taza y bebió la leche en varios sorbos, luego la dejó en la bandeja. Se sentía un tanto aturdida por lo que acababa de ocurrir; tocar a Taylor de esa manera no era algo propio de nadie, ni siquiera de una amiga. Sin embargo, ¿cómo resistirse a tocar a una belleza que parecía sacada de los cuadros de los pintores más famosos y maravillosos?

No tenía apetito para las galletas y se quedó contemplando la ventana. Aún era de noche afuera, ya que no se filtraba ninguna luz a través de los cristales. Escuchó el ulular de un búho cercano y el crujir de las ramas por el viento. Pronto empezaría a hacer más frío. Aunque solo era principios de octubre, recordaba de su infancia en el pueblo cómo los otoños eran prácticamente inviernos y el invierno era duro y frío. Ajustó la manta en sus piernas y se cubrió un poco el abdomen. Sentía un poco de dolor de espalda por estar sentada en la silla, así que decidió recostarse en la cama para estar más cómoda.

—¿No crees, señora, que es mejor no medicar tanto a la señorita Taylor? —Megan escuchó una voz y se dio cuenta de que todavía estaba en la misma habitación, pero todo había cambiado.

Había luz procedente del exterior que iluminaba la estancia. La ventana estaba abierta de par en par, y una suave brisa cálida se colaba, además del suave canto de las chicharras. Debía de ser pleno verano. Había dos mujeres junto a la cama de Taylor: una era Ronalee, con un aspecto más joven, pero con la bondad impresa en sus facciones, y la otra era una mujer alta con el pelo rojo, que se parecía mucho a Taylor y que Megan reconoció como su madre por los cuadros que había visto pintados por la chica. Ambas mujeres miraban preocupadas la cama donde una niña dormía, era Taylor de pequeña. Catherine sostenía la mano de su hija mientras acariciaba su dorso con el pulgar.

—Sabes, como yo, que, aunque lo deseamos, no podemos. Su medicación es lo único que la mantiene a salvo —dijo Catherine, suspirando.

—Pero tantas pastillas no pueden ser buenas para ella. Tú sabes tan bien como yo que no tiene ninguna enfermedad física —respondió Ronalee, visiblemente alterada.

—Lo sé, pero mi misión es proteger a Taylor, y no puedo hacer eso —Catherine se pasó los dedos por debajo de los ojos para secar las lágrimas.

—En algún momento tendremos que decirle la verdad. No podemos darle medicamentos eternamente —dijo Ronalee con angustia.

—Quiero encontrar una solución, sé que la hay —Catherine acarició la frente de su hija—. No puedo dejar que se la lleve.

Catherine se agachó y pegó su rostro al de Taylor, dándole un beso en la frente.

—Señorita Lovelace —Alice sacudió delicadamente el hombro de Megan.

—¿Dónde estoy? —Megan abrió los ojos y se sorprendió al darse cuenta de que estaba tumbada en la cama de Taylor.

—Se ha quedado dormida. Está amaneciendo. Si tiene sueño, debería descansar en su habitación.

—Tienes razón.

—Yo me quedaré con la señora. Más tarde le llevaremos algo para desayunar.

—Muchas gracias, Alice.

Megan le entregó la manta verde que había cogido del baúl y salió de la habitación, pero antes echó una última mirada a su amiga, que seguía durmiendo en la cama. Taylor parecía ajena a todo lo que la rodeaba y a los secretos que guardaba sobre sí misma. Megan decidió que quería saberlo todo, ya que no era la primera vez que tenía visiones de vidas pasadas de las personas. Era algo que le había ocurrido desde que tenía memoria, y por alguna razón estaba sucediendo en aquella casa. Los secretos querían salir a la luz, y si eso podía ayudar a Taylor, al igual que a su propia historia, estaba dispuesta a descubrirlos.

Capítulo 7

Lágrimas sobre la tierra

Cursing my name, wishing I stayed.

Look at how my tears ricochet

Tras varias noches de descanso en la cama, Taylor finalmente se despertó. Megan estaba a su lado cuando abrió los ojos y la suave luz del amanecer se filtraba por las cortinas de la habitación.

Al observar a su amiga descansando al pie de la cama, su corazón se enterneció. Le recordaba a su madre y a todas las noches que había pasado en su infancia durmiendo junto a ella. Mientras Taylor se recuperaba de sus ataques, su madre siempre había estado ahí para velar por ella, y el hecho de que su nueva amiga hiciera lo mismo no dejaba de conmoverla.

Megan sonrió tímidamente, como las gotas de rocío al tocar una hoja, y habló con la entonación más dulce que pudo.

—Megan —susurró.

Megan no respondió, continuaba con los párpados cerrados y una respiración suave. Taylor se levantó de la cama sin hacer ruido y se acercó a su amiga dormida. Antes de tocarle el brazo de forma delicada, se quedó contemplándola.

Permaneció a su lado, descalza, observando cómo los suaves rayos de sol inundaban la habitación y acariciaban su cabello castaño. Las pecas en su rostro parecían bailar sobre su piel como un millar de estrellas, y sus manos delicadas descansaban sobre la manta. Era como contemplar a una divinidad.

Taylor sintió un vuelco en el corazón, una sensación que nunca antes había experimentado. Apretó sus manos contra el pecho con fuerza y unas lágrimas pequeñas, cargadas de felicidad, empañaron su mirada, como una lluvia sanadora. Tener a alguien tan hermoso, alegre y cariñoso a su lado solo podía ser un regalo de su madre.

Aunque se sentía intranquila debido a lo que le ocurría por las noches. Aquella voz fría y perversa que la amenazaba y la arrancaba de la comodidad y protección de su lecho. Una voz que rogaba que la siguiera y adormecía sus sentidos, dejando atrás su cordura. No sabía cómo, pero se sentía atraída por esa voz. Caía en un trance del cual no podía escapar. Pero eso solo sucedía por las noches, por el momento, y se sentía segura bajo los rayos del sol. Y cómo no iba a estarlo si tenía a una doncella tan espléndida a su lado.

Taylor sacudió suavemente el hombro de Megan mientras pronunciaba su nombre. Megan abrió los ojos y se apartó rápidamente del colchón.

—Cielos, me he vuelto a quedar dormida.

—¿Otra vez? —dijo Taylor sonriendo.

—Sí, hace dos días te desmayaste en mis brazos y me quedé velando por ti, pero me quedé dormida. Alice me lo contó más tarde.

—Eres maravillosa. No hacía falta que te quedases conmigo.

Taylor se mordió la cara interna de la mejilla mientras pensaba en lo que había visto Megan esa noche.

—Vuelve a tu cama, descansa adecuadamente.

Sus ojos verdes la escudriñaron, pensando si era buena idea dejarla sola. Para calmar sus preocupaciones, Megan le sonrió.

—Estaré bien, he dormido dos días. Tengo energía de sobra.

—Muy bien, avísale a Alice para que me despierte para desayunar.

—Lo haré. Descansa, Megan.

Taylor sonrió y salió de la habitación. No pudo evitar pensar en las ganas que tenía de pintar a Megan.



La brisa otoñal hacía ondear el bajo del vestido de Taylor mientras sujetaba con firmeza su

pamela. El sol brillaba intensamente y no le agradaba la sensación incómoda en sus ojos. El sombrero era la elección perfecta para protegerse. Vestida con un sencillo vestido blanco adornado con flores amarillas, parecía la personificación de la primavera en contraste con el entorno sombrío en el que se encontraba.

Frente a ella descansaban las lápidas de sus difuntos padres. Con un ramo de flores en las manos, se agachó cuidadosamente, evitando que la falda tocara el suelo, y colocó las flores con reverencia.

El contraste entre el blanco y amarillo de los pétalos y el oscuro color de la tierra quedó grabado en su memoria como una imagen que deseaba immortalizar: el amor de las flores en medio de la muerte.

Erguida de nuevo, contempló la inscripción en la lápida.

—Hola, mamá y papá.

Le parecía algo ridículo hablar hacia la nada, pero allí estaba, intentando sobrellevar el dolor en su corazón. Lágrimas recorrían sus mejillas y caían al suelo, sobre la tierra removida donde su madre descansaba para siempre.

—No sé qué hacer, mamá. Tengo miedo.

La falda se movía con la brisa.

—No sé cómo llevar el negocio familiar; temo deshonrarte. No sé cómo comportarme con las criadas; temo que me tomen aversión por ser tan altiva. Tengo miedo... —tartamudeó, secándose las lágrimas con un pañuelo que llevaba en el bolsillo—. Algo extraño está ocurriendo en la casa.

No recibió respuesta, y parecía que la naturaleza misma aguantaba la respiración tras sus palabras.

—Una voz me habla, me dice que la siga y no puedo resistirme. Creo que la enfermedad me está volviendo loca. Tal vez no solo afecta a mi cuerpo, sino también a mi mente.

Se sonó la nariz, sin dejar de llorar.

—Tengo miedo de lastimar a quienes me ayudan. No sé qué hacer. Te necesito, mamá.

Hizo una pausa liberando un poco el aire de su pecho que sentía como la oprimía.

—Ojalá papá estuviera aquí contigo. Como la familia que solíamos ser. Espero algún día poder formar una familia tan feliz como lo éramos nosotros.

Se llevó la mano a la boca y reprimió un sollozo, mientras sus mejillas seguían mojándose y la tierra a sus pies seguía tan fría como su propio cuerpo. Sentía el peso de su título, de sus responsabilidades sobre sí misma y el miedo la atenazaba por las noches, poniendo sus nervios de punta. Su mente parecía ser un torbellino gris de emociones que agitaba su corazón.

No encontraba paz en absoluto y no deseaba regresar a su hogar, sino perderse en el bosque que rodeaba la casa y no volver jamás.

—Tengo miedo, tal vez... sería mejor que estuviera con ustedes. Tal vez... debería estar a su lado... No quiero estar sola —sollozó amargamente—. Me siento tan sola.

Hipó con fuerza mientras sus mejillas se calentaban debido a las lágrimas.

—¿Qué me está sucediendo? ¿He perdido mi equilibrio mental después de todo? ¿Acaso estoy... volviéndome loca? Tal vez debería ingresar en una institución mental. Tengo miedo, mamá. Por favor, ayúdame —sus palabras se perdieron en la suave brisa.

Mientras torturaba su mente con toda clase de sentimientos negativos e ideas amenazantes que la atravesaban como mil dagas, una mano delicada se posó sobre su hombro.

—Taylor —dijo la voz de Megan detrás de ella.

Se giró para verla y su amiga le extendió los brazos, ofreciéndole consuelo. Taylor se lanzó hacia ella desesperada, sollozando amargamente sobre su hombro.

Megan la acunó como una melodía primaveral, hermosa y delicada como ella misma, mientras le susurraba palabras reconfortantes al oído.

—Me tienes a mí —le dijo al separarse y mirarla a los ojos.

—Gracias —no supo qué más decir.

En ese momento, todo lo que sentía era una profunda gratitud hacia la joven que estaba a su lado.

—Volviendo a casa, es hora de comer.

Megan le tendió el brazo y ella lo aceptó.

—Adiós, mamá y papá. Vendré a visitarlos.

Se alejaron por el camino de tierra que conectaba esa apartada parcela con el jardín trasero.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Taylor.

Megan sonrió con la intensidad del sol y Taylor sintió cómo se ruborizaba, aunque sus mejillas no lo demostraran.

—Taylor, dondequiera que vayas, te encontraré —le sonrió.

Taylor le devolvió el gesto, pensando que no estaba tan sola como se sentía.

Capítulo 8

Hojas secas

What must it be like to grow up that beautiful?

El tenue sol de octubre hacía brillar el suelo con un leve tono rojizo debido a la caída de las hojas. El manto formado por estas creaba un camino desde la mansión Warmwood hasta el principio del pueblo. El sol había decidido salir ese día después de que el anterior estuviera precedido por nubes y una sensación de frío angustiosa. Muchas hojas habían caído de las copas de los árboles ayer.

El crujir de las hojas lo causaban los andares de las dos muchachas que iban cogidas del brazo mientras paseaban un poco fuera de la casa. Taylor había sugerido a Megan que les vendría bien dar un paseo y hablar un poco a solas, mientras ella se inspiraba en nuevas paletas de colores proporcionadas por la naturaleza. Megan aceptó, ya que necesitaba despejarse y relajarse un poco. Aún estaba un poco alterada por lo que le había sucedido varias noches atrás: encontrarse a Taylor paseando sola por el pasillo y luego verla desmayarse en sus brazos.

Pero sin duda, lo que más la tenía preocupada y le había impedido dormir esa noche era el extraño sueño que había tenido. Sabía que no había sido una visión al azar o producto de su imaginación; sentía que aquella escena había ocurrido de verdad. Tenía miedo, ya que la casa Warmwood parecía esconder un misterio, relacionado posiblemente con la muerte de los padres de Taylor. La madre de la chica había querido mantener la medicación, a pesar de que le hacía daño a su hija, solo por protegerla de alguien. Era un sacrificio importante: la salud de su hija a cambio de su protección. Megan sentía la necesidad de averiguar más sobre esa medicación y los efectos que tenía sobre la joven.

—Hace un día muy agradable —dijo Taylor de pronto, sacándola de sus pensamientos.

—Después del día tan gris que tuvimos ayer, es placentero ver el sol.

Las chicas miraron al cielo despejado, donde el azul era claro y hermoso, recordándole a Megan los ojos de Taylor.

—Respecto a lo del otro día —Taylor comenzó a hablar, en su voz no había nada de

intranquilidad, solo poder y valor salvaje —. Siento mucho que tuvieras que despertarte y pasar por todo aquello. No sé qué me pasó —miró a Megan a los ojos, a ese profundo verde —. Supongo que la enfermedad me hace hacer cosas raras.

—No te preocupes, estoy aquí para enseñarte, pero al mismo tiempo quiero cuidarte y ayudarte. Tus pensamientos no deben ir hacia mí, sino hacia ti misma.

—No puedo evitar pensar en ti —dijo, apartando la mirada —. Te veo en la copa de los árboles, en la tierra húmeda después de la lluvia, en las flores con su explosión de colores, te veo en todo lo que es puro y hermoso, al igual que tú.

—Taylor —Megan se quedó sin saber qué responder.

—Perdóname por mis palabras entusiastas —Taylor seguía sin mirar a su amiga, la seguridad de su rostro se había evaporado como el aire en sus pulmones.

Apretó su mano sobre su corazón. Jamás había deseado pintar a nadie con tanta fuerza, ni quedarse mirando su rostro durante tanto tiempo como para grabarlo en su memoria, pero Megan, con sus profundos ojos, su piel del color de la arena mojada y las pecas que adornaban su rostro hacía que quisiera eso y más. Como si pintarla evocara a las diosas antiguas en todo su esplendor y hermosa gloria.

Megan, en un impulso de valentía, tomó las manos enguantadas de Taylor, quien giró la cabeza para mirarla.

—Nunca, jamás en tu vida te prives de decir lo que sientes, porque algún día las personas por las que tienes aprecio desaparecerán. Siente con todo tu corazón y jamás lamentes tus sentimientos.

Taylor no pudo hacer más que asentir y mirar a Megan a la cara. Quería rozar su mejilla con sus dedos, pero reprimió el impulso. Recordó a su madre y todas las palabras que alguna vez deseó decirle y que ya no podía. Tragó saliva, y con ella bajó un rastro de pena que se instauró en su corazón.

—Taylor, me gustaría conocerte más. Saber qué piensas, saber de ti, saber qué es lo que anhelas en tus sueños por las noches.

—¿Quieres conocer a una enferma, a una chica que vive en su casa y no puede salir ni llevar una vida normal como los demás? ¿Quieres ser amiga de alguien que vive atrapada?

—Todo el mundo merece tener a alguien a su lado, y aunque creas que te veo así, no es cierto. Veo a una chica fuerte, que sufre como los demás y que tiene el alma de un artista. Veo a una

criatura que necesita comprensión.

—Si pudiera ser una mínima parte de lo que dices...

Continuaron caminando. Taylor no podía quitarse de la cabeza las palabras que Megan le había dicho y se ruborizó bajo el sombrero rosa que llevaba. Ese día llevaba un vestido de corte clásico de color melocotón con mangas de puntilla blanca a juego con sus guantes, mientras que Megan llevaba una falda verde oscura de lana y un jersey a juego. Ambas calzaban unas pesadas botas de invierno.

Había expresado lo que sentía, que no podía sacarla de su cabeza. Que lo primero en lo que pensaba al despertar era en pintarla y lo último antes de caer en un sueño profundo era plasmarla en un cuadro. Se sentía culpable por no extrañar a su madre; si la echaba de menos, significaba que no había llorado su muerte como se suponía que debía hacer una señorita bien educada. Quería volver a verla, pero al mismo tiempo sentía que era el momento de hacer todo lo que siempre había deseado. Quería dejar su huella en el mundo, aunque fuera extremadamente difícil debido a que era una mujer y estaba enferma, las dos peores cosas que le podían ocurrir a alguien que deseaba triunfar en la vida.

—¿Puedo preguntarte algo? —Megan clavó sus ojos en Taylor mientras su mente se llenaba de pensamientos y emociones.

—Querida, ya me has preguntado algo —sonrió Taylor, tratando de ocultar cualquier rastro de inquietud.

—Sí, pero esto es algo más personal.

—Pregunta sin miedo. Dijiste que querías conocerme, así que adelante.

—Desde cuándo estás enferma, ¿qué te sucede? —Megan se adentró en un territorio más íntimo y sensible.

Taylor se sintió aturdida por un momento, pero hizo todo lo posible por no mostrarlo. No podía revelarle a Megan que había seguido una voz por el pasillo, así que la idea de que fuera sonámbula le pareció una solución conveniente.

—Estoy enferma desde que tengo memoria, supongo que debía tener unos seis u ocho años. Según los médicos, mi cuerpo es frágil y débil, lo que hace que sufra desmayos y, a veces, duerma durante días. Siempre tiendo a enfermarme más durante el invierno.

—Y la otra noche... Alice me dijo que eras sonámbula.

Taylor se sorprendió, pero trató de disimularlo. No podía contarle a Megan que había seguido una voz por el pasillo, así que la idea de ser sonámbula pareció una explicación plausible

—Sí, solía ser sonámbula, aunque hacía tiempo que no me pasaba. Supongo que debido a todo lo que ha ocurrido últimamente y al cambio de estación, ha vuelto ese hábito molesto.

—Y la pastilla que tomas por las noches, ¿para qué es?

—No lo sé. Mi madre se encargaba de mi medicación y le dio todas las instrucciones a Ronalee. Nunca me dijo para qué era, solo que me la había recetado el médico del pueblo.

—Entiendo.

Megan se sumergió en sus pensamientos mientras caminaban en silencio. Taylor no sabía qué medicamento tomaba cada noche y estaba claro que el secreto se lo había llevado Catherine a la tumba. Sin embargo, había una persona en la mansión a quien Megan podía acudir para obtener más información y descubrir lo que realmente estaba sucediendo.

En ese momento, Taylor se detuvo y se agachó para recoger una hoja del suelo. La hoja presentaba una mezcla de colores, con partes amarillas y otras rojizas.

—Este color —señaló el punto donde el rojo y el amarillo se encontraban, creando un tono anaranjado— es exactamente lo que estaba buscando para uno de mis cuadros.

—Es un color hermoso. ¿Para qué tienes pensado usarlo? —Megan miró por encima del hombro de Taylor, fascinada por el descubrimiento.

—Lo usaré para representar el cielo al atardecer. Creo que quedará muy bien.

—No creo que nada de lo que hagas pueda salir mal —Megan sonrió, transmitiendo apoyo y confianza.

—Te sorprendería la cantidad de veces que he destruido cuadros por un error en el color —Taylor admitió con humildad—. Pero eso demuestra mi pasión por hacer las cosas bien.

—Por supuesto, los cuadros deben ser perfectos —Taylor reunió el valor necesario para mirar directamente a Megan, observando sus pecas y los rasgos de su rostro que se extendían hasta su cuello—. Quiero pintarte.

Megan se ruborizó, sin saber qué decir. Los ojos de Taylor reflejaban la intensidad de un océano embravecido mezclado con la serenidad de la lavanda. Finalmente, Megan encontró las palabras que deseaba pronunciar, aunque se le habían quedado atrapadas en la garganta.

—Sería un honor para mí que me pintaras.

Los ojos de Taylor se iluminaron como si el sol mismo brillara en ellos. Llena de entusiasmo, Taylor abrazó a Megan, sin soltarla durante un largo momento. Megan rodeó su delgado cuerpo con sus brazos, inhalando el aroma a rosas que envolvía a Taylor.

Megan no esperaba aquel abrazo de Taylor. Era la primera vez que se abrazaban de esa manera. Sintió como si hubiera encajado algo importante con ella, como si tal vez pudieran ser verdaderas amigas. Sin embargo, también empezó a experimentar sentimientos confusos hacia Taylor, emociones que no podía explicar. Cada vez que Taylor la miraba, Megan se ponía nerviosa sin saber por qué.

Finalmente, se separaron y escucharon el suave crujir de las hojas bajo sus pies. Un gato negro pasó frente a ellas, lo que las sobresaltó momentáneamente hasta que vieron su destino final y se relajaron.

—¿Volvemos a la casa? —propuso Megan, intentando recuperar la normalidad.

—Sí, me parece bien. Debo terminar mi cuadro lo antes posible para poder empezar con el tuyo.
—Taylor respondió con una alegría contagiosa.

Dieron la vuelta y, entrelazadas del brazo, comenzaron a caminar de regreso a la mansión. De repente, una ráfaga de aire frío las envolvió, haciendo que sus faldas se elevaran ligeramente y penetrando en lo más profundo de sus huesos.

—Taylor... —la voz que había escuchado la otra noche volvió a susurrar cerca de ella—. Taylor... —la voz parecía susurrar su nombre, envuelta en un misterio que estremeció a Taylor.

Taylor se alarmó y comenzó a palidecer visiblemente. La joven de cabello castaño rápidamente la condujo hacia el interior de la casa, preocupada de que Taylor hubiera cogido frío.

Capítulo 9

Liberación

**Free of women with madness, their men and bad habits and then it
was bought by me**

Hacía frío, el viento rugía a través de la ventana. La noche estaba oscura y despejada, sin estrellas en el cielo. La luna brillaba como una sonrisa cruel y escalofriante. La rama cercana a la ventana de Taylor chocó con fuerza debido al viento, haciendo que las últimas hojas se desprendieran y cayeran.

Luego, el viento cesó y los animales nocturnos comenzaron a cantar en el bosque cercano a la casa. Warmwood estaba rodeado por el bosque y era necesario cruzarlo para llegar al pueblo.

Taylor se revolvió entre las sábanas, tenía dificultades para conciliar el sueño. A pesar de haber descansado bastante últimamente, su cuerpo no estaba cansado. Aún quedaba fuego en la chimenea, y el sonido de las llamas crepitando era hipnótico. Sentía la tentación de levantarse y quedarse junto al fuego, dejando que el calor la envolviera, pero decidió quedarse en la cama.

Su mente divagó hacia la mañana, cuando finalmente había terminado el cuadro de la puesta de sol sobre el mar. Aunque no había visto el mar en años, lo recordaba como si lo contemplara todos los días. Terminar ese cuadro significaba que podía comenzar con el retrato de Megan, una excusa para mirarla durante horas sin sentirse culpable. Anhelaba acercarse y acariciar su suave piel, apartar los mechones de su cabello castaño sin sentirse intrusa en su propio cuerpo. Megan la tenía cautivada con su actitud amable y su sonrisa radiante, capaz de iluminar un día gris.

A diferencia de ella, que solía ser altiva y algo tosca con los demás, con Megan veía un lado que nunca había contemplado: su bondad, libre de la influencia de la enfermedad. Las palabras de Megan resonaban en su cabeza, recordándole que era fuerte y tenía alma de artista.

Sabía que para capturar los colores de Megan tendría que mezclar varios tonos, incluso su cabello sería un desafío, con mechones que eran rubios bajo el sol y otros tan oscuros que parecían negros. Pero lo que más entusiasmaba a Taylor era pintar sus ojos, esas dos esmeraldas llenas de amor.

De repente, escuchó unos golpes suaves. Asustada, se cubrió más con las sábanas. Los golpes provenían de la ventana y eran regulares, como si algo pequeño estuviera golpeándola con un martillo. Con temblor en los pies, se acercó lentamente para ver qué ocurría. Abrió las cortinas despacio, apartando la cabeza y desviando la mirada. Al mirar, suspiró aliviada. Era solo un cuervo picoteando la ventana, su plumaje negro destacaba bajo la luz de la luna. Movi6 la cabeza y encontró los ojos del cuervo, una mezcla de azul y negro. Taylor se despidió del cuervo con una leve sonrisa. Luego, con pasos más tranquilos, volvió a la comodidad y el calor de su cama, cerrando los ojos y esperando al sueño.



—Taylor... —escuchó antes de sumergirse en los brazos de Morfeo.

—Buenos días, señora —la voz de Ronalee despertó a Taylor de su sueño.

Sacó los brazos de debajo de las sábanas y se incorporó, con el cabello encrespado cayendo desordenadamente sobre sus hombros. La criada estaba preparando su ropa y colocándola cuidadosamente en la silla.

—Buenos días, Ronalee.

Ronalee sonrió a su ama y se acercó con pasos suaves a la cortina de la ventana, desplegándola.

—Pero ¿qué es esto? —exclamó sorprendida.

—¿Qué sucede? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó alarmada, saliendo de la cama.

Cuando llegó a la ventana, quedó horrorizada al ver al cuervo de la noche anterior muerto en el alféizar. Una gran mancha oscura y roja ensuciaba la piedra, las plumas del cuervo estaban pegadas por la sangre y su cabeza colgaba en un ángulo extraño, como si le hubieran partido el cuello. La joven, sintiendo asco y náuseas, se apartó de la ventana.

Taylor se apartó de la ventana con una expresión de repugnancia en su rostro. Ronalee se acercó rápidamente a su lado, preocupada por la reacción de su ama.

—Señora, ¿está usted bien? —preguntó Ronalee, colocando una mano en su hombro.

—No... No puedo creerlo —murmuró Taylor, apartando la mirada del macabro espectáculo—. ¿Quién podría haber hecho algo así?

Ronalee observó la escena con inquietud y luego sugirió:

—Quizás fue un animal salvaje, señora. Los cuervos son presa común para algunos depredadores nocturnos.

Taylor asintió, intentando convencerse de esa posibilidad. Sin embargo, algo en su interior le decía que había algo más detrás de aquel perturbador suceso.

—De todos modos, Ronalee, deshazte de ese cuervo. No quiero tenerlo cerca —ordenó Taylor con voz firme, apartándose de la ventana y volviendo hacia su cama.

Ronalee asintió y se dispuso a cumplir la orden. Mientras tanto, Taylor se dejó caer sobre el colchón, sintiendo cómo la ansiedad se apoderaba de ella. No podía evitar sentir que aquel incidente estaba relacionado con los extraños sucesos que habían ocurrido en la mansión en los últimos días.

Cerró los ojos y trató de apartar esos pensamientos de su mente. Necesitaba concentrarse en su arte, en el retrato de Megan que estaba por comenzar. Era su escape, su refugio de la turbulencia que la rodeaba.

Mientras tanto, Ronalee se deshizo del cuerpo sin vida del cuervo y regresó al dormitorio de Taylor. Al verla sumida en sus pensamientos, decidió no mencionar el incidente nuevamente. Sabía que su ama tenía suficiente preocupación en su vida y no quería agregar más peso a sus hombros.

En silencio, Ronalee continuó con sus tareas, asegurándose de que todo estuviera en orden en la habitación. Pero en el fondo de su mente, también se preguntaba qué oscuros secretos escondía la mansión y qué destino le esperaba a Taylor y Megan en aquel lugar misterioso.

El aire en la habitación se volvió más pesado, como si una sombra invisible se cerniera sobre ellos. Ambas mujeres compartían una inquietud, una sensación de que algo terrible estaba a punto de desatarse en Warmwood. Sin embargo, aún no podían imaginar la magnitud de lo que les aguardaba en las sombras de aquel oscuro y enigmático hogar.



Taylor pasó la mañana en silencio, lo cual preocupó a Megan. Estaban en el salón interior de la

casa, donde Megan se encontraba sentada en una butaca de piel leyendo un libro de literatura romántica. Por su parte, Taylor estaba en el sofá de dos plazas, escribiendo una carta para su familia y utilizando un libro como apoyo para escribir. Mientras relataba cómo le iba en la casa de los Warmwood y su amistad con la hija de Catherine, Megan miró de reojo a Taylor con cierta preocupación.

—Si sigues mirándome de reojo, te vas a quedar bizca —dijo Taylor mientras pasaba una hoja.

—Lo siento, no pretendía incomodarte —Megan miró rápidamente su carta y sintió cómo se le calentaban las mejillas.

Terminó de escribir la carta y la firmó, colocando la fecha. Era ocho de octubre y ya llevaba más de una semana alejada de su familia.

—¿Qué te preocupa? —Taylor dejó el libro encima de la mesita del café y suspiró.

—Nada, solo que estás muy callada. No hemos hablado mucho en toda la mañana, ni después de comer. Llevas horas leyendo.

—¿Acaso no puedo leer en mi propia casa? —Taylor levantó una ceja malhumorada.

—Claro que sí, pero me resulta inusual. No quiero entrometerme donde no me llaman. Lamento si te he molestado.

Taylor se levantó y caminó con gracia. El sonido leve de su falda de vestido amarillo pastel resonó mientras se apoyaba en la chimenea y miraba el retrato familiar. En la imagen, una niña rubia reía en el regazo de su padre, mientras la madre sonreía alegremente. Era evidente que la foto se había tomado antes de la muerte del señor Ravenhill.

—Esta mañana encontré un cuervo muerto en mi ventana —dijo Taylor.

Megan se llevó las manos a la boca, sorprendida.

—No sé por qué ocurrió, pero me dejó muy intranquila.

Megan se levantó y su falda morada cayó como una cascada. Se acercó rápidamente a Taylor y tomó su suave y fría mano. Sus manos se entrelazaron con naturalidad, como si estuvieran destinadas a estar juntas, y Taylor se giró para mirarla.

—Lamento haber estado un poco brusca contigo hoy. No estoy pasando por mi mejor día.

Megan miró a su compañera con cariño, y sus ojos, del color de las briznas de hierba joven, brillaban de alegría.

—Tengo algo que puede distraerte.

Megan se acercó al sofá donde había estado sentada y Taylor observó cómo rebuscaba en una bolsa de tela que no había notado antes. Megan dispuso una serie de cuadrados de diferentes colores sobre la mesa del té. Todos eran del mismo tamaño, aproximadamente un palmo de cada lado. Taylor observaba con curiosidad cómo Megan colocaba cuidadosamente los trozos, deslizándolos suavemente por los colores. Luego, Megan se sentó frente a los cuadrados y le tendió la mano a Taylor para que se sentara a su lado.

—Esta mañana, Ronalee me trajo un par de muestras de telas y tejidos para que practiquemos con ellas. Debes familiarizarte con las telas, ya que son la materia prima de la fábrica de tu familia.

—Me va a costar mucho, todo se ve igual —dijo Taylor.

—Iremos despacio, tenemos días para practicar —Megan cogió el primer rectángulo y se lo tendió.

Taylor sostuvo el primer rectángulo de color azul claro entre sus manos. Era suave y le parecía familiar, aunque no sabía exactamente de dónde.

—¿Te suena? —preguntó Megan tranquilamente.

—Sí, es suave y parece rígido. Creo que lo he tocado antes, aunque no recuerdo dónde.

—Estoy segura de que sí. Es lino. Se utiliza para vestidos de verano, pantalones y camisas de hombres. Es muy transpirable y resistente, pero también bastante caro, ya que se extrae de la flor del lino y su proceso de obtención es laborioso.

Megan le entregó el siguiente cuadrado de tela, de color blanco roto. Taylor pasó sus dedos por la tela suave y notó que era bastante sedosa. Reconoció de inmediato de qué tela se trataba.

—Es seda. Mi bata de verano está hecha de seda.

—Muy bien —Megan sonrió—. La seda tiene propiedades únicas, como un tacto seco, un brillo natural, buena absorción de la humedad, una caída elegante y alta resistencia.

Taylor tomó el siguiente trozo de tela. Estaba agujereado y formaba una red similar a la de un pescador, pero de un tono rosado claro. Taylor nunca había visto ese tipo de tela antes.

—Es tul. Se puede hacer con seda o algodón. Se utiliza para las faldas de los trajes de bailarina o los velos de novia.

—Por eso no me resulta familiar —la joven rubia se rio—. No soy ninguna de esas cosas.

Taylor pasó sus manos por el algodón, el tejido con el que estaban hechos casi todos sus vestidos. Los de invierno estaban hechos de lana. Luego, Megan le mostró una tela con brocados para demostrarle que se podían hacer muchas cosas con los tejidos.

—Hemos terminado por hoy. Mañana te enseñaré las que faltan y repasaremos las que viste hoy.

—Me parece bien. Tengo una pregunta: ¿qué tipo de fábrica tenemos nosotros?

—Principalmente, vendemos telas a sastres y modistas de los pueblos cercanos y algunas ciudades. Además de fabricarlas, claro está. Nos llegan los hilos y los convertimos en telas utilizando máquinas. Recientemente, hemos comenzado a obtener nuevos colores.

—Es muy interesante.

—Las tendencias que seguimos son creadas por los sastres y alguien que las inició, y los demás decidieron seguirlas. Como el corsé.

—Un instrumento infernal. No lo uso por razones de salud, pero si pudiera, me lo impondrían —dijo Taylor molesta.

—Yo tampoco lo uso porque no me gusta. Lo llevé durante muchos años, pero me cansé.

—¿No sería genial que inventaran algo que cubriera nuestros pechos sin oprimirnos? —dijo Taylor con un brillo especial en sus ojos, que eran más azules que lilas, como el cielo.

—Muchas mujeres pagarían por usarlo.

—Debería ser de una tela suave y resistente al mismo tiempo —Taylor reflexionó por un momento.

—¡Algodón! —exclamaron ambas al mismo tiempo.

—Podríamos crearlo nosotras —dijo Megan emocionada—. Tú sabes dibujar, podrías hacer el boceto, y yo sé sobre telas y confección.

—Sí —dijo Taylor levantándose con un salto—. Sería un gran cambio, la liberación de nuestros cuerpos.

—Sería un título perfecto para promocionarnos —Megan tomó la mano de Taylor y la abrazó—. Eres fantástica.

—Tú también lo eres. Gracias por estar a mi lado y no enfocarte solo en lo negativo.

Megan la miró y apartó un mechón de cabello de su frente. Estaban tan cerca una de la otra, apenas a unos centímetros de distancia. Contuvo el impulso de acercarse más y, en cambio, retrocedió un poco sin soltar su mano.

—Eres una persona maravillosa, y no permitas que nadie te diga lo contrario.

Taylor apretó firmemente la mano de su amiga y decidió en lo más profundo de su corazón que nunca la dejaría ir.

Capítulo 10

Sentimientos

Eyes full of stars. Hustling for the good life

Era una cálida mañana de mediados de octubre. El sol débil iluminaba el jardín trasero de la mansión Warmwood. Las criadas de la cocina iban y venían, llevando el desayuno al porche, mientras otras dos se ocupaban de las jóvenes damas en el piso de arriba. Megan estaba sentada en el tocador mientras Alice le cepillaba el cabello. Había decidido llevarlo suelto, formando bucles interminables que caían sobre su espalda. Mientras tanto, Taylor estaba siendo vestida por Ronalee con un conjunto suave de jersey y falda de lana en tonos verdes.

Las dos chicas se encontraron en el pasillo superior y se saludaron. Taylor bajó primero. La chica de cabello castaño notó que su amiga llevaba el pelo recogido en un moño desordenado, algo que solía hacer cuando pintaba o tocaba el piano. Era una señal de que estaba concentrada.

Después de atravesar el pasillo que las llevaba al porche, se sentaron en las sillas junto a la mesa donde se encontraba el desayuno. Un delicioso aroma a pan recién hecho, café y pasteles llenó sus narices y embriagó sus sentidos. Desayunaron tranquilamente mientras escuchaban el canto de los pájaros desde las copas de los árboles. Las flores, cubiertas por el rocío de la mañana, comenzaban a abrirse bajo el cálido sol del otoño.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó Taylor en tono tranquilo.

—Es nueve de octubre.

—No me refiero a eso, hoy es el día en que voy a comenzar mi cuadro sobre ti.

Megan se ruborizó y se atragantó con un trozo de pan que tenía en la boca. Tomó un poco de agua para despejar su garganta y evitar ahogarse.

—Lo siento, no pretendía hacerte daño —Taylor se mostraba preocupada.

—Tranquila —respondió con voz entrecortada—. Me pasa a menudo.

—Ahora que he encontrado a mi musa, no puedo perderla —guiñó un ojo.

Megan seguía sonrojada como un tomate, eran demasiadas emociones para ser solo el desayuno. El día parecía estar lleno de ellas, vislumbrándose en el horizonte.



Taylor estaba sentada frente a un lienzo en blanco, sosteniendo delicadamente un lápiz mientras miraba a Megan.

—Inclina un poco el cuello hacia la derecha— movió su mano indicando cuánto debía moverse su modelo—. Perfecto, la luz te da en el ángulo justo.

—Yo no sé posar, Taylor.

—No digas tonterías, eres preciosa y no es necesario que poses. Solo debes estar cómoda y ser tú misma. ¿Te apetece leer un libro? Aunque me costaría horrores dibujarte, solo necesito hacer un boceto a carboncillo.

—No es mala idea, así hago algo mientras me pintas, pero si es una molestia, mejor que no.

—No te preocupes, tengo muy buena memoria. Puedo recordar todos los detalles con solo mirarte una vez. Así que posa para mí un instante y luego ve por tu libro.

Megan posó sintiéndose ridícula y, tras unos minutos, se levantó y fue hacia su habitación, donde tenía un libro en la maleta que deseaba leer, aunque aún no había tenido tiempo para hacerlo. Taylor miró las flores, pensando en las paletas de colores que usaría para pintar a Megan: un color cereza para sus labios y mejillas, el verde bosque de sus ojos y un anaranjado para el vestido que había decidido hacer para ella.

Para Taylor, Megan era como una paleta de colores y quería capturar cada uno de ellos en su corazón, para no olvidarla jamás.

Taylor decidió que Megan posara como ella quisiera, aunque tuviera muchas ideas en la cabeza, le encantaba pintarla de forma natural. Verla concentrada era como contemplar el cielo al atardecer, hermoso.

No sabía exactamente qué sentía por ella. Megan la había fascinado con su belleza desde que

había llegado a su casa. Con su piel del color de la arena mojada, sus ojos como dos esmeraldas y las pecas que adornaban su cuerpo como una galaxia con un millón de estrellas. El pecho de Taylor se llenaba de intensidad ante el deseo de tocar su piel más allá de lo que era políticamente correcto. El deseo crecía en ella como un oleaje, fuerte e indomable. Pero reprimió sus instintos y los escondió en lo más profundo de su alma. Eran amigas, aunque ella quisiera algo más. No podía poner fin a su amistad por el deseo.

Megan regresó con un libro en las manos y se sentó frente a la artista, cruzando las piernas y dejando ver el comienzo de sus medias negras de lana.

—Cuando quieras puedes empezar—sonrió tímidamente a Taylor.

Esa sonrisa hacía que Taylor se pregunta si Megan era una diosa.

Lo que traía a la dama rubia embelesada no era solo su belleza, sino también el aura de conocimiento que la rodeaba. Megan sabía desde las tareas destinadas a las criadas, como coser, limpiar o cocinar, hasta las cosas propias de una dama. Su ferocidad por querer saberlo todo y nunca dejar de aprender era sumamente fascinante. Incluso le había llegado a preguntar por técnicas de color o el manejo de los pinceles para cada trazo, y, como era de suponer, Taylor podía hablar de ello durante horas sin que su amiga mostrara señales de hastío. Sus ojos seguían brillando con sed de conocimiento, capturando cada detalle posible.

Megan había comenzado a leer una novela ligera sobre viajes alrededor del mundo, pero le resultaba difícil concentrarse debido a la sensación de la mirada de Taylor sobre ella. Observaba cada detalle de su cuerpo, haciendo que se sintiera expuesta como nunca antes. Tenía la sensación de que Taylor podía notar cualquier imperfección, desde sus manos ligeramente más grandes que las de una dama de alta sociedad, hasta todas sus pecas producto de los veranos pasados bajo el sol. Incluso podría notar que su cadera era más ancha de lo habitual. Sin embargo, Megan se deshizo de esas ideas absurdas. Nadie era perfecto y ella se sentía feliz tal como era.

Pero nada de esto habría pasado por su mente si Taylor no estuviera observándola. La idea de ser pintada por ella la ponía nerviosa. Le emocionaba mucho, pero no se consideraba la modelo ideal. Aunque Taylor la había llamado su musa, Megan sabía el significado que llevaba consigo esa palabra y todo lo que implicaba. Sus mejillas se encendieron al imaginar los hermosos cuadros precisos que Taylor podría crear de ella.

Entonces, Taylor vio la imagen que deseaba plasmar en el lienzo. Megan estaba allí, con el sol de la mañana iluminando su cabello como un halo sobre su cabeza. Sus mejillas sonrosadas, los ojos

casi cerrados mientras miraba las palabras del libro, y sus pestañas cayendo iluminadas por el sol. Una leve sonrisa delineaba sus labios, y sus pecas resaltaban en todo su esplendor. Así era como Taylor quería pintar a su musa, mostrando toda su belleza, fragilidad y amor por el conocimiento. Así la pintaría por el resto de sus días. Megan era su amiga, su musa y la dueña de sus sueños y anhelos.

Jacob apareció poco después, llevando sus herramientas de poda atadas a su cintura con un cinturón. Vestía un mono de trabajo marrón y un sombrero para protegerse del sol. Su piel estaba bronceada debido a la exposición a los rayos solares, lo que le daba un aspecto curtido y varonil. Sin embargo, debajo de esa apariencia se encontraba un hombre tranquilo, tierno y agradable.

Megan levantó la cabeza al escuchar los pasos del hombre acercándose a ellas. Había un seto de rosas a un metro de ambas.

—Buenos días, señoritas —saludó Jacob con una sonrisa afable.

—Buenos días, Jacob, que tengas una buena mañana —dijo Taylor sin apartar la mirada de su cuadro, estaba muy concentrada.

—No nos han presentado como es debido —Megan se levantó e hizo un gesto de reverencia con la cabeza—. Soy Megan Lovelace, amiga de la señorita Warmwood.

"Amiga", repitió la cabeza de Taylor. Era su amiga, algo que no había tenido jamás.

Jacob llevó la mano de la muchacha a la boca y la besó de forma breve.

—Mucho gusto, señorita Lovelace.

Los ojos castaños de Jacob se encontraron con la mirada verde de Megan y ella pudo ver un mechón oscuro debajo del sombrero de paja que cubría su cabeza.

Se volvió a sentar en la silla y siguió con su libro. Aunque sentía curiosidad por el hombre que estaba a escasa distancia de ella, no lograba concentrarse en la novela que estaba leyendo. Había leído el primer capítulo varias veces y aun así no había logrado entenderlo. Su mente estaba centrada en la chica de pelo dorado que estaba detrás del lienzo.

—Buenos días, Jacob —dijo la voz de Alice detrás de él

—Ahora sí son buenos días —Jacob se levantó de donde estaba en cuclillas y sonrió a Alice antes de tomarla de la mano.

—Jacob, por favor, estoy trabajando —su amada se puso roja y miró al suelo.

—Por mí podéis seguir —dijo Megan sonriendo—. Es agradable ver a una pareja junta.

—Pero la señora —dijo Alice tímidamente.

—¿Verdad, Taylor? —dijo, llamando la atención de su amiga.

—Claro que sí, esta luz te queda genial, Megan.

—Lo que yo decía, podéis hablar sin prisa.

Jacob se quitó el sombrero, revelando unos rizos negros despeinados sobre su cabeza. Sonrió a su pareja y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal el lunes? —preguntó la criada, meciéndose sobre sus piernas y sonriendo.

Megan pensó que ahora que los tenía cerca podía ver que formaban una pareja encantadora.

—Estuve trabajando en la mansión Clarty; la señora Clarty ha decidido plantar hortensias.

—Son preciosas, ojalá tener un jardín de ellas algún día.

—Te haré el jardín más hermoso que haya en todo el pueblo —Jacob posó sus brazos en la espalda de Alice y la abrazó con ternura.

—Lo siento mucho, perdonadme —intervino Megan con voz dulce—. ¿Podrías traerme algo de beber, Alice? Tengo la garganta seca y me gustaría beber algo.

—Meud ha hecho limonada.

—Perfecto, trae una jarra y cuatro vasos.

—Como guste, señorita —la joven echó una mirada cargada de amor a Jacob y se fue hacia las cocinas.

—¿Cuatro vasos? —preguntó su amiga detrás del caballete.

—De todo lo que ha sucedido, ¿te has fijado en eso? —Megan se rio, a veces Taylor la sorprendía.

Taylor volvió a su tarea mientras ella miraba el trabajo del joven jardinero.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? Si no es mucha indiscreción —preguntó.

—Dos semanas. Parece que el tiempo ha volado, la verdad.

—El tiempo pasa rápido cuando uno está en buena compañía. Me alegra ser amiga de la señorita

Taylor.

Megan sonrió al hombre.

—Creo que tienes razón.

Una criada salió de la casa con una bandeja en las manos, pero no era Alice, sino Roxanne. Con su figura pequeña y caderas amplias, caminaba rápidamente por el pequeño camino del jardín, haciendo que su pecho prominente subiera y bajara con cada paso.

—Les traigo la limonada y los vasos —dijo Roxanne con un tono amable.

Taylor salió de sus pensamientos y miró a su criada.

—¿Dónde está Alice? —preguntó con el ceño fruncido, tenía una mancha de carboncillo en la mejilla derecha que la hacía ver adorable.

—Ronalee la ha enviado a hacer un recado.

—Bueno, no importa —Megan sonrió—. Dame un vaso, por favor.

Roxanne sirvió el líquido amarillo en un vaso y se lo tendió a Megan.

—Buenos días, Jacob —dijo la sirvienta con voz melosa.

—Roxanne —respondió Jacob mientras seguía trabajando en el seto.

—¿Qué tal el fin de semana? —insistió ella, aunque el jardinero no estaba pendiente de ella.

—Normal, nada fuera de lo común.

—Sírreme, Roxanne —dijo Taylor, que se había quedado mirando a su criada con el ceño fruncido.

Roxanne tardó un poco en servirle, ya que estaba observando cómo trabajaba el joven.

Megan se sorprendió al ver que tanto Taylor como Jacob no trataban de la misma manera a Alice que a Roxanne.

—¡Roxanne! —gritó Alice enfadada mientras salía de la casa.

La criada llevaba la cofia ladeada sobre la cabeza y se estaba desprendiendo apresuradamente del delantal blanco.

La señora de la casa suspiró y se levantó de la silla.

—Me encerraste en el armario de las sábanas.

—Es un armario viejo, se cerró solo y debía ir a llevar la limonada —la criada contestó en tono suave.

—¡Lo hiciste a propósito! —los ojos de Alice chisporroteaban como el fuego.

—No tienes pruebas.

Alice cruzó los brazos y parecía querer arrancarle el pelo a Roxanne, mientras esta la miraba con una sonrisa en los labios y aire altivo.

Jacob rodeó a Alice con los brazos y la sonrisa de Roxanne desapareció.

—Tranquila, seguro que ha sido un malentendido.

Pero ella no parecía dispuesta a recular, de hecho, parecía aún más molesta.

—Siempre me haces lo mismo cuando viene Jacob. Asumes todas mis tareas, cuando desde el principio se sorteó quién se quedaba en la cocina y quién hacía las labores de la casa.

—¡No es cierto! No es culpa mía que seas una incompetente.

—¡Habrás visto! La que se come toda la comida.

—Chicas, callaos —Taylor se impuso en la discusión.

—Lo siento, señora—dijo Alice bajando el tono de voz.

Roxanne no dijo nada.

—Sepárense, Roxanne vuelve a la cocina con Meud y Alice busca a tu madre para que te dé algo que hacer. Quiero que estén separadas el resto del día ¿Entendido?

Las dos chicas inclinaron la cabeza y se fueron cada una por un lado de la casa.

—Roxanne me está volviendo loca —dijo Taylor suspirando.

Taylor se sentó de repente, notó las piernas cansadas y la cabeza embotada.

—Taylor —dijo su amiga preocupada al verla sentarse y tocarse la cabeza.

—Voy a mi habitación a descansar, he hecho mucho esfuerzo hoy.

—Te acompaño —Megan no se lo pensó dos veces.

Taylor odiaba su cuerpo, muchas veces le fallaba cuando estaba en medio de algo importante. Odiaba cansarse con tanta facilidad.

—Jacob, deja el cuadro y todo lo demás donde está, por favor.

—Por supuesto, se ha esforzado mucho hoy. Descansa.

—Gracias —con una última sonrisa forzada, Taylor se despidió del jardinero y, con la ayuda de Megan, se dirigió a su habitación para descansar.

Capítulo 11

Reflejo

**Ooh, you're a queen. Selling dreams. Selling make up and magazines.
Ooh, from you I'd buy anything**

Megan estaba sentada frente a Taylor, con el pelo recogido en una trenza que le caía sobre la espalda. La falda que llevaba, de color beige con rayas rojas, le apretaba un poco al sentarse, y se preguntaba por qué había decidido traerla en el viaje. Sin embargo, sabía la respuesta: le encantaba la chaqueta a juego.

El vapor de la sopa que tenía delante llegaba hasta su nariz, pero estaba demasiado caliente para tomarla en ese momento. Miró distraídamente a Taylor, quien había pasado el día anterior durmiendo para recuperar fuerzas después de la pelea entre las criadas. Aunque en ese momento no parecía afectada por nada, sonreía mientras Roxanne le traía trozos de pan en una panera de mimbre. Después, la criada se retiró a la cocina.

—¿Estás lista para presentarle nuestra idea a mi tío John? —preguntó Taylor con una sonrisa maliciosa, sabiendo que Megan no estaba preparada.

—Por supuesto —respondió Megan, retorciendo la servilleta de tela que tenía en su regazo.

El tío de Taylor, John Ravenhill, era el dirigente de la fábrica familiar. Según su padre, era un hombre con grandes dotes para los negocios y buen carácter. Su padre también había insistido en emparejarla con el hijo del señor Ravenhill, aunque ella había declinado cortésmente. No estaba lista para un compromiso y apenas conocía al joven. Aunque le había parecido amable, era demasiado apresurado considerar un matrimonio de ese calibre.

—Tengo una duda: si tu tío se apellida Ravenhill, ¿por qué tu apellido es Warmwood?

—Ya era hora de que lo preguntaras —respondió Taylor, sonriendo entre el vapor de su plato—. Ese es el apellido de soltera de mi madre. Después de que mi padre falleciera, ella decidió retomarlo.

—Tiene mucho sentido —comentó Megan, preguntándose por qué no había pensado en eso

antes.

—A veces, las cosas más extrañas son las que más sentido tienen —dijo Taylor, indicando con un gesto que Roxanne podía retirarse.

—¡Que aproveche! —dijo Megan, levantando su vaso de agua. Aunque ya era mayor de edad, prefería no beber vino durante las comidas.

—Damos gracias a Dios y todo eso —bromeó la anfitriona, llevándose la cuchara a la boca con cuidado para no quemarse.

Megan se sorprendió el primer día cuando la dueña de la casa no rezó antes de comer, pero le dijeron que no era muy creyente y que, como ahora era su casa, podían hacer lo que desearan. No puso ninguna objeción a eso. Lo único que el señor había hecho por ella era arrebatarse a sus padres, por lo que no estaba muy contenta con él.

Llevó la cuchara a la boca. La sopa ya no quemaba tanto y podía tragarse sin hacerse daño, así que siguió comiendo tranquilamente.

—La sopa está muy buena.

—Meud es muy buena cocinera, aunque ella y su hija tengan un carácter complicado.

—Coser un vestido a la luz de una vela es complicado.

—Cierto, lo que tienen ellas es un carácter infame.

—Yo no podría encerrar a la amada de la persona que quiero en un armario solo para que no esté con él y así poder tener la oportunidad de estar yo. Es despreciable.

—Es bueno saberlo. Si algún día tengo pareja, no la encerraré en un armario —dijo Taylor.

—¡Taylor! —exclamó Megan, poniéndose roja como un tomate.

—Era una broma, pero me alegra que no seas tan malvada.

Megan respiraba agitada. ¿Acaso algunos de sus sentimientos comenzaban a notarse? Sentía la sangre circular por sus brazos, siendo bombeada por su corazón. Una serie de ideas aterradoras cruzaron su mente, desde ser encerrada en un manicomio y repudiada por su familia, hasta incluso acabar quemada en la hoguera como una bruja.

Tenía que calmarse. Había sido una broma. Solo una broma, se repetía a sí misma, intentando aplacar su rubor.

Siguió comiendo, centrada en su comida, sin mirar hacia adelante. No quería ponerse nerviosa de nuevo ni hacer ver que le pasaba algo. Cuando terminó el plato, lo apartó dejándolo enfrente y a su izquierda.

—Megan —dijo Taylor con voz pausada—, lamento profundamente lo que dije. A veces no pienso antes de hablar. Espero que puedas perdonarme por ser tan deslenguada. No pretendía ofenderte.

Megan sonrió, aunque su sonrisa flaqueó un poco.

—No pasa nada, vamos a seguir comiendo.

Taylor llamó a Roxanne con una campanita que tenía a su izquierda. La criada apareció poco después con una bandeja de plata cubierta por una campana del mismo material. La colocó en el centro de la mesa y destapó la bandeja. Había un pescado con una guarnición generosa de patatas, cebollas y zanahorias. Roxanne sirvió a las dos chicas con un cucharón y se llevó los platos sucios a la cocina.

Las chicas comieron copiosamente el pescado al horno. Megan disfrutó de las cebollas caramelizadas, y Taylor, a quien le encantaba el pescado, repitió su plato. Cuando terminaron de comer, se sentaron en el sofá de la sala contigua para relajarse y descansar después de la comida.

Megan estaba incómoda por su falda ajustada y la cantidad de comida que había ingerido. Tuvo que acomodarse estratégicamente en el sofá para evitar sentirse incómoda. Si la situación se volvía insoportable, tenía la intención de cambiarse de ropa.

Después, tras charlarse amigablemente, llamaron a la puerta. Ronalee abrió para recibir al invitado que las dos chicas estaban esperando ansiosamente. Entró un hombre alto vestido con un traje negro y una capa sobre los hombros, llevando también un sombrero pequeño. Ronalee le quitó la capa y el hombre le entregó el sombrero. Con una sonrisa, miró a las dos chicas, quienes se levantaron del sofá para recibir a su invitado.

El hombre tenía el cabello del mismo color que el de su sobrina, con unos ojos marrones que denotaban cariño y simpatía. Era considerablemente más alto que ellas y tenía una barba rubia incipiente en el prominente mentón y la mandíbula marcada. Era una versión ligeramente diferente del hombre en el cuadro junto a la madre y Taylor cuando esta era pequeña. En ese momento, Megan pensó que debía tener la apariencia que el padre de la joven tendría después de dos años de su fallecimiento.

—Me alegra verte en casa, tío John —dijo Taylor, dándole un cálido abrazo.

—Me llena de felicidad verte de nuevo. ¿Cómo estás? —preguntó el hombre.

—Como siempre, a veces tengo mis recaídas, pero nada que la buena compañía no pueda mejorar.

—No nos han presentado —dijo el hombre mirando a Megan—. Soy John Ravenhill, tío de Taylor —tomó la mano de Megan y depositó delicadamente un beso en sus nudillos.

—Encantada, ya lo conozco, señor Ravenhill. Coincidimos un día en que mi padre tenía una reunión con usted. Soy Megan Lovelace —la chica se inclinó ligeramente, haciendo una sutil reverencia.

—Oh, la encantadora joven que rechazó emparejarse con mi hijo.

—¿En serio? ¿No quieres formar parte de nuestra familia como esposa de mi primo Victor?

—Taylor contuvo la risa.

Megan se puso roja.

—Bueno... yo... no creo que...

—No hay problema —intervino el hombre—. No es una decisión fácil.

Megan se sintió aliviada de poder salir de esa situación sin parecer descortés.

—Nos has citado para algo, ¿verdad? —dijo Taylor con voz autoritaria.

—Perfecto, cuéntenme, señoritas.

—Hemos pensado diseñar una prenda de ropa.

—Lo entiendo, ¿pero alguna de ustedes sabe coser?

—Yo sí —dijo Megan—. Mi padre se encargó de enseñarme costura y patronaje.

—No esperaba menos —respondió él con una sonrisa.

—Dado que muchas mujeres se sienten oprimidas por el corsé y la nueva tendencia es hacia la libertad de movimiento —dijo Taylor tomando el liderazgo—, hemos pensado en crear una prenda que sujete y cubra los pechos femeninos sin oprimir el abdomen.

John se rio, mientras Megan y Taylor se miraban perplejas. ¿Habían dicho algo extraño?

—¿Creen que las mujeres pagarían por no llevar algo que realce sus caderas y eleve el busto?

—preguntó él.

—Sí, lo creemos —Taylor miró a su tío con gesto serio.

—Si están tan seguras... —hizo una pausa—, necesito un prototipo y un nombre. Solo así podremos sondear el mercado y ver si se puede vender.

—Lo tendremos —las chicas se miraron decididas a lograrlo.

—Hace tiempo que quería expandir la empresa más allá de la fabricación y venta de telas. Esto puede ser esa oportunidad —dijo John, más para sí mismo que para ellas.

—Te avisaremos cuando lo tengamos —la alegría de su sobrina se reflejaba en su voz.

—Por supuesto y lamento tener que irme ahora —dijo mirando su reloj de bolsillo que sacó del pantalón—. Me despido.

Se levantó y se dirigió hacia la salida, seguido por las dos chicas, quienes no dejaban de sonreír. Ronalee, que no se había movido de la entrada, le entregó al señor su capa y sombrero.

—Me alegra que te unas al negocio familiar —se colocó la capa sobre los hombros y el sombrero—. Tu padre estaría muy orgulloso.

El corazón de Taylor dio un vuelco al mencionar a su padre, y se sintió orgullosa de sí misma.

—Usted, señorita Lovelace, tiene la misma habilidad para los negocios que tu padre. Espero que nuestras empresas puedan colaborar en un futuro cercano.

—Se lo haré saber.

Las dos chicas se despidieron de John con cortesía y sonrisas. Cuando salió de la casa, Megan y Taylor se abrazaron efusivamente.

—Lo hemos logrado —dijo la rubia.

Las celebraciones dieron paso a una charla sobre cómo debería ser el prototipo. Megan sugirió que debían hacer un dibujo para tener una idea clara de lo que querían crear. Taylor estuvo de acuerdo, así que empezaron a plasmar la idea en su cuaderno de dibujo. Pasaron la tarde riendo y discutiendo cómo debía ser la prenda. Con el cielo oscureciendo y la luna y las estrellas apareciendo, decidieron dejarlo por el momento. Ya tenían un pequeño boceto: dos triángulos unidos por dos cordeles, que a su vez se unían mediante una cinta horizontal que rodeaba el cuerpo. Otras dos cintas se extendían desde los extremos superiores de los triángulos, pasando por encima de los hombros y uniéndose en la espalda a la cinta.

Estaban muy contentas con su trabajo y agotadas por la energía que habían invertido en pensar y

dar forma a su idea. Después de la cena, ambas se despidieron con palabras amables y cargadas de amor para retirarse a sus habitaciones.

Taylor se sentó en la cama y se quitó los zapatos, sintiéndose aliviada de poder descansar sus pies, que ya le pedían un respiro. Luego se levantó y se colocó frente a la chimenea. Su reflejo apareció en el espejo que estaba encima. Con las manos, desató el lazo verde que sujetaba su melena rubia. Con un movimiento de sus dedos, deshizo el nudo y agitó la cabeza para darle vida a su cabello.

Cuando miró su reflejo en el espejo, se asustó. Frente a ella había una mujer joven de piel blanca, pelo rojo y ojos lilas que la miraba fijamente. Vio una sonrisa maliciosa antes de taparse la cara con las manos. Temblando, volvió a mirarse en el espejo. Pero esta vez solo veía su imagen reflejada: una chica de piel blanca y cabello rubio alborotado que la miraba aterrorizada.

Su corazón latía desbocado contra su pecho, siguió observando su reflejo en el espejo hasta que se calmó y aceptó que había sido una visión causada por el cansancio. Aunque tenía una horrible sensación de que alguien la estaba vigilando.

Esa noche, el fuego y el rojo inundaron sus sueños, llenándolos de una terrible amargura y desasosiego. Nublando su juicio y enredando sus emociones, convirtiéndola en un pozo oscuro sin luz ni esperanza.

Capítulo 12

El baile

We're gonna be timeless

El repiqueteo de las gotas de lluvia resonaba en la ventana de la habitación de Megan. El viento mecía las hojas y las arrastraba hacia el bosque. Los animales se resguardaban debido a la tormenta que se había cernido sobre Emberville. Las nubes, pesadas como fango, descargaban toda su furia y tapaban la luna, sumiendo al pueblo en la oscuridad más profunda, como si fuera una cueva o si Dios mismo hubiera decidido que el pueblo no merecía ser iluminado.

La tormenta arreciaba y las gotas de lluvia golpeaban con fuerza el cristal, creando un ritmo hipnótico. Esa noche, ningún habitante del pueblo deseaba salir de la seguridad de sus hogares y del calor del fuego. Entonces, con una ráfaga de viento, las dos puertas de la ventana de Megan se abrieron de par en par. El vendaval y la lluvia se colaron dentro de la habitación como un torrente, apagando las brasas que quedaban en la chimenea.

El viento embravecido agitó los mechones oscuros de la cabellera de Megan y unas gotas de lluvia mojaron su mejilla. La joven, medio dormida, se despertó al sentir el líquido frío en su rostro. Se giró hacia la ventana y vio que estaba abierta, con una hoja que se colaba y se perdía debajo de su cama. Rápidamente, salió de la cama y en cinco pasos cerró la ventana. Resolló al lograr cerrarla, pues el viento era más fuerte de lo que imaginaba.

Sin embargo, la ventana volvió a ceder antes de que pudiera volver a acostarse. Necesitaba algo para cerrarla y evitar que la habitación se enfriara y el suelo se mojara con la lluvia. Megan fue hacia la mesita de noche, encendió la vela con una cerilla y vio el sobre con la carta que había recibido esa mañana de sus padres, así como un trozo de tela que había estado mirando para hacer el prototipo. Lo cogió y lo estiró entre sus manos, pensando que serviría para esa noche. Corrió a cerrar la ventana con todas sus fuerzas y ató las manijas de las dos puertas con la tela, haciendo un nudo doble. Se quedó un momento observando si la tela cedía y se volvía a abrir, pero no ocurrió.

Con un último vistazo al exterior, donde las ramas de los árboles se movían fuertemente por el viento y la lluvia caía sin cesar, Megan volvió a la cama. Aunque ahora le resultaría más difícil

conciliar el sueño. La chica observó la vela que iluminaba la oscura habitación y al lado de ella estaba la carta de sus padres, que había llegado en tan solo cinco días, dado que el pueblo donde vivían estaba cerca de Emberville. Echaba de menos a su familia, cómo su hermano le alborotaba el pelo cuando la veía, el perfume de su madre y el olor a menta y tabaco que tenía su padre en la ropa. Sin embargo, estar al lado de Taylor la reconfortaba.

Su amiga no mencionaba a sus padres, como si su pérdida no le produjera un profundo dolor. Aunque Megan sabía que, aunque no hablara de su familia, también los extrañaba. Lo notaba en cómo perdía la mirada al contemplar el jardín que su madre tanto se había esmerado en tener o cuando pasaban por el salón principal, aún cubierto de telas negras, y se detenía un momento a mirar el cuadro familiar. Cómo la encontró ante las tumbas de sus padres, con todo su dolor desbordándose entonces, le hacía saber a Megan que Taylor extrañaba profundamente a su familia y que se sentía devastada por dentro.

El sueño volvió a la chica de cabello castaño, así que se acomodó entre las mantas y cerró los ojos. Mientras intentaba relajarse, empezó a escuchar una melodía. El suave vals se colaba en su habitación. Intrigada, se levantó, se puso una bata de lana y se calzó las zapatillas. Tenía la costumbre de andar descalza por su habitación, pero con el frío que hacía era necesario para no tener los pies congelados.

Abrió la puerta suavemente, había decidido no cerrarla con llave por si ocurría algo. Una luz se filtró en su habitación, ya que todo el pasillo estaba iluminado por un montón de antorchas. Llegaban hasta ella risas y palabras sueltas. Llena de curiosidad, Megan descendió las escaleras. La música se hacía más fuerte a medida que avanzaba, hasta que llegó a la sala de baile de la casa.

Había una docena de personas reunidas en la sala, luciendo sus mejores trajes y vestidos. Las mujeres llevaban vestidos coloridos, algunos con tirantes y otros de manga corta. Megan supuso que era verano, ya que muchas damas se abanicaban para refrescarse. La melodía era interpretada por un cuarteto de cuerda, conformado por tres violines de madera oscura y un chelo, que llenaban la sala con su dulce canción mientras varias parejas bailaban al compás.

Megan divisó a una mujer en el centro de la habitación. Su cabello rojizo enroscado destacaba sobre su piel blanca. Sus ojos marrones estaban ligeramente cerrados mientras sonreía a un hombre que la acompañaba. El hombre, de aspecto afable, la miraba embelesado. El amor que sentía por ella se reflejaba en sus ojos azules. Se pasó la mano por el cabello rubio alborotado y su pareja le besó la mejilla antes de acomodar su pelo.

Mientras la pareja demostraba su afecto, el hombre tenía una mano rodeando la cintura de la

mujer, posada sobre la tela dorada del vestido que brillaba gracias a los cristales incrustados. Pasó una mujer de color con una bandeja de aperitivos para los invitados.

Megan reconoció a Ronalee, aunque mucho más joven. Era un poco más alta, tenía menos peso y se movía con más agilidad. Decidió acercarse a la criada.

—Ronalee, soy Megan Lovelace.

Pero Ronalee ni siquiera la miró, como si no pudiera oírla. La criada ofreció a la mujer de cabello rojizo un canapé.

—¿Quiere un canapé de hígado de pato o de queso francés?

—No, Ronalee. Gracias.

La mujer hizo una leve reverencia y se dio la vuelta.

—¿Has visto a Taylor? —dijo el hombre amablemente.

—Está jugando con el pequeño Steven en el jardín.

—Gracias, Ronalee.

—De nada, mi señor —Ronalee inclinó también la cabeza hacia la mujer—. Mi señora —y se marchó a continuar con su labor.

—Oh, Catherine. Tenemos una hija tan hermosa y saludable —el hombre cogió la barbilla de su mujer.

Megan se dio cuenta de que ese hombre era el padre de Taylor, y entonces vio el parecido. Los ojos azules, el cabello rubio y la nariz pequeña y perfilada. De su madre tenía los labios finos y las pestañas largas, además de la esbeltez en sus movimientos y gestos. Eran tan hermosos juntos que no le sorprendía que su hija también lo fuera.

—Es un regalo del cielo —la mujer se tocó el vientre con las manos—. Ojalá podamos tener otro.

—Lo estoy deseando, mi amor —el hombre cogió su mano y acarició suavemente su vientre—. Ustedes dos son mi mundo, nuestra hija y tú.

Catherine besó a Alexander en los labios y cerró los ojos, saboreando el beso. A Megan se le encogió el corazón al presenciar la felicidad y la ilusión de una pareja, sabiendo que todo eso se había roto.

Entonces, una figura pequeña corrió hacia los pies del hombre. Una cabellera rubia se mezclaba con el rosa de su vestido. El hombre la cogió sonriendo y levantó su cabecita para ponerla a la altura de su rostro. Era una Taylor de menos de cinco años, sonriendo a sus padres. Sus ojos eran iguales a los de su padre, azules como el cielo, sin rastro de lila. Su cabello estaba rizado como el de su madre, y sus mejillas carnosas estaban rosadas por el esfuerzo físico o por la felicidad.

—Mi pequeña Taylor, ¿qué haces por aquí sin mí? —dijo su padre, dándole un beso en la mejilla seguido de una pedorreta.

La niña comenzó a reír, su risa apagó la melodía de los instrumentos y Megan solo pudo enfocarse en ella.

—Estaba jugando al juego del tú la llevas con Steven.

—Me alegra que te diviertas, pero ten cuidado de no caerte. A mamá no le gustaría que te lastimaras, ¿verdad, mamá? —miró a su mujer con una sonrisa burlona.

—Por supuesto —Catherine adoptó un falso enfado, cruzando los brazos y arrugando la nariz.

Taylor imitó a su madre y Catherine comenzó a reír, seguida por su marido. La felicidad se palpaba en el ambiente, pero el corazón de Megan se congeló en ese momento, recordando que ella misma había tenido esa felicidad de niña y que le había sido arrebatada, al igual que a Taylor.

Observó cómo su madre tomaba a su hija en brazos y acomodaba uno de los lazos que sujetaba su cabello.

—Pero hoy, como estamos celebrando el cumpleaños de papá, puedes jugar todo lo que quieras —guiñó un ojo a su hija y luego la depositó suavemente en el suelo.

—¡Yay! Mamá me deja jugar.

Y Taylor salió corriendo hacia su próxima aventura en el jardín, llena de risas e imaginación.

—En mi próximo cumpleaños nos iremos de viaje a Francia —dijo Alexander, mientras llevaba a su mujer en un pequeño baile improvisado.

Ambos se mecían al ritmo de la música del cuarteto, mirándose a los ojos, que brillaban de felicidad y amor. El color de la tierra y la profundidad del mar creaban una conexión perfecta, tan mística y espiritual que era imposible no notarla.

—La ciudad del amor —dijo Catherine con voz melosa.

—La ciudad más fascinante quedará eclipsada por la mujer más hermosa del mundo.

Catherine se acercó a su marido y, poniéndose de puntillas, le dio un beso en la mejilla.

—Ojalá llegue pronto tu trigésimo primer cumpleaños.

Megan sabía que ese día nunca llegaría, que dentro de pocos meses ese hombre bueno y enamorado de su familia moriría en el mar. Lágrimas incesantes recorrían sus mejillas, perdiéndose sobre su bata.

Y así como habían llegado la música, el bullicio, la fiesta y las risas, todo desapareció ante sus ojos. La imagen de los enamorados bailando en medio de la sala se desvaneció, dejándola en una sala vacía y oscura. Una sala que había sido testigo de los mejores momentos de la familia, llenos de amor, esperanza y felicidad, pero que ahora solo estaba cubierta por telas negras que irradiaban tristeza y desdicha. La chica no se había dado cuenta de que había estado sollozando y se secó las lágrimas del rostro con el dorso de las manos.

Pensó en todos los momentos de sufrimiento que Catherine debió haber pasado después de esa tragedia. El hecho de haber criado sola a una hija que nunca volvió a ver a su padre. La madre de Taylor debió haber estado aterrada ante la carga de ver a su única hija sucumbir a una enfermedad inexplicable o, peor aún, causada por algo incomprensible.

Escuchó pasos detrás de ella, y una luz se acercaba. Megan se secó nuevamente con la bata, tratando de ocultar que había estado llorando.

—Señorita —dijo Ronalee, sosteniendo un candelabro en la mano—. ¿Por qué está despierta a estas horas?

—Me desperté y quería ir a la cocina por un vaso de leche, pero me equivoqué de camino y terminé aquí.

—Acompáñeme, yo misma le prepararé la leche.

Ronalee tomó el brazo de Megan y la condujo hacia la cocina, iluminando el oscuro pasillo con su luz.

Megan no podía quitarse el peso de lo que había presenciado de su corazón. Ese amor que había sido roto, tan puro y hermoso. Si a dos personas enamoradas les podía suceder algo así, no quería saber qué deparaba el futuro para los demás.

Capítulo 13

Auroras y prosa triste

I'm setting off, but not without my muse

No, not without you

Los rayos del sol acariciaban suavemente la piel blanca de la joven, que mantenía los pies sumergidos en el agua. Sentía cómo las briznas de hierba cosquilleaban sus dedos mientras los movía distraídamente sobre el césped. Con su mano libre, jugueteaba con la tela de su vestido mientras contemplaba el cielo adornado de esponjosas nubes.

Salir de casa y embarcarse en un viaje tan largo no era algo habitual para ella. Para otros, ir al lago del pueblo vecino no suponía un trayecto complicado, pero para ella cada salida de su hogar era toda una aventura. Megan estaba a su lado, tumbada y absorta en la lectura de uno de sus libros, bromeando sobre la cantidad de ellos que llevaba consigo y cómo los ojos se le saldrían de las órbitas al leer letras tan diminutas. Las risas de Megan llenaban de alegría a su amiga, como si ese sonido pudiera aliviar todas sus penas. En ocasiones, Taylor sentía que no necesitaba nada más en la vida que tener a Megan a su lado.

—A veces miro las nubes y pienso en cómo sería tener alas y volar como un pájaro. Sin ataduras, sin problemas, siendo libre por el mundo.

Megan levantó la cabeza y cerró el libro mientras se apoyaba de lado sobre el mantel que cubría el césped.

—Algún día no necesitarás ser un pájaro para cumplir esos deseos. Podrás hacerlo por ti misma.

—No lo creo. Lo único a lo que puedo aspirar en mi vida es ver amaneceres y sumergirme en la prosa triste.

—La prosa triste me parece algo maravilloso, pero creo que podrías ver muchas más cosas en el cielo. He leído sobre espectáculos de luces que se ven en el norte del continente, se llaman auroras boreales.

—¿Son bonitas?

Taylor imaginó lo maravilloso y especial que sería ver a Megan con ese espectáculo de luces de fondo. Cómo su mirada se llenaría de asombro mientras contemplaba los cielos y sus ojos brillarían con el resplandor de la noche.

—Es lo más hermoso que puedas imaginar. Líneas en el cielo como ríos de tinta, con tonos turquesas, azules e incluso lilas, como el color de tus ojos —dijo, ruborizándose al mencionar los ojos de Megan.

—Entonces ahora deseo auroras y prosa triste —respondió Taylor con una sonrisa.

Extendió su mano hacia Megan, sintiendo un ligero nerviosismo, pero ella aceptó el gesto y entrelazaron sus dedos.

—Solo si me acompañas a verlas y solo si te quedas conmigo.

—Taylor...

Sin darse cuenta, Taylor había expresado sus deseos con tanta brusquedad que apartó la mirada, llena de vergüenza, aunque sus manos continuaban entrelazadas.

—Esto... yo... Megan... quería decir que...

—Taylor, me quedaré contigo. Podemos explorar el mundo, visitar los lugares que más anhelas. Me encantaría poder acompañarte —sonrió.

—Oh, Megan... eres la persona más dulce y bondadosa que conozco. Algún día compensaré todo lo que haces por mí, algún día haré tus sueños realidad, te lo prometo —Taylor llevó la mano de Megan a sus labios y la besó con delicadeza.

La joven castaña sonrió, y una brisa cálida las envolvió a ambas. Los pájaros comenzaron a cantar, y las briznas de hierba danzaron bajo el cálido sol del otoño.

—También me encantaría detener el tiempo aquí, estar con mi musa en este lago, observar cómo las flores crecen y las hojas de los árboles caen mientras me lees prosa triste y contemplamos amaneceres y puestas de sol. Quisiera grabar en mi corazón a la mujer que tengo frente a mí, con su luminosidad y belleza, para siempre.

Megan abrió mucho los ojos, sorprendida, y sintió cómo sus emociones florecían en su interior, como si la primavera llegara al mundo, llenándolo de color y calidez. Se acercó a Taylor y observó sus hermosos ojos, que en ese momento parecían más un cielo que una amatista.

Taylor también se acercó a ella, colocando su mano libre en la cintura de la mujer que tenía

enfrente, deseando sentir su presencia, ver de cerca sus pecas y el color del bosque en sus ojos. Sus labios eran una tentación irresistible, y anhelaba probarlos de la misma forma en que ansiaba estar a su lado, con todo el amor, cariño y devoción que sentía por ella.

Sus rostros se acercaron, y sus respiraciones se mezclaron como si estuvieran destinadas a estar juntas.

—¡Ya tengo la limonada! —exclamó una voz femenina detrás de ellas.

Ambas se sonrojaron y se separaron. Taylor volvió a mirar al cielo con el corazón desbocado, mientras Megan abrió el libro, aunque en realidad no tenía ninguna intención de continuar la lectura.

Ronalee se acercó a ellas, vistiendo un sencillo vestido de paseo y un sombrero en su cabeza. Llevaba una cesta de mimbre en el brazo y su sonrisa era tan radiante como siempre.

—Espero no haberlas hecho esperar mucho —dijo Ronalee, tomando asiento en el hueco que quedaba en el amplio mantel.

—No —respondió Megan con una voz aguda y extraña—. Estábamos conversando —carraspeó.

Ronalee sonrió mientras sacaba tres botellas de cristal de la cesta y las abría.

Taylor seguía mirando las nubes, avergonzada por lo ocurrido. No sabía cómo interpretar sus propios sentimientos, pero estaba claro que Megan la atraía de una manera tan fuerte y hermosa que no podía resistirse a tocarla y besarla. Aunque sabía que no era lo correcto, no le importaba, porque adoraba a la mujer que tenía a su lado y no podía dejar de mirarla como si fuera una diosa, capaz de transformar su mundo y permitir que la oscuridad cediera ante la luz más resplandeciente. Era el sol que iluminaba sus días grises.

Las tres compartieron bebidas y alimentos mientras hablaban de temas triviales e intrascendentes. A medida que el mediodía daba paso a la tarde, los rayos del sol se volvían más tenues y el frío comenzaba a sentirse. Cuando empezó a oscurecer, guardaron todo en las cestas y decidieron regresar a Emberville. Mientras Taylor se levantaba, sintió como si estuviera atrapada en aquel lugar, incapaz de moverse. Alzó la vista del suelo, aterrada, intentando mantener la calma para no llamar la atención de Megan y Ronalee, que conversaban mientras recogían.

Fue entonces cuando vio una figura oscura, con una capucha que cubría su rostro, en la orilla opuesta del lago. Un escalofrío recorrió su espina dorsal, y sus ojos se abrieron de par en par, reflejando horror. Deseaba gritar de miedo y pánico, pero su voz se quedó atrapada en su garganta.

—Taylor —la llamó Megan.

Taylor giró la cabeza y miró a Megan, quien comprendió de inmediato que algo no iba bien.

—¿Taylor? —preguntó Megan, preocupada.

Taylor volvió a mirar la orilla, pero la figura había desaparecido. Se movió, aliviada de que sus piernas respondieran, y se acercó a su amiga, fingiendo que nada había ocurrido.

—¿Te ocurre algo? —inquirió Megan.

—No, solo me ha parecido ver algo en el lago. Seguro que ha sido solo un pez —respondió Taylor, aunque la sensación de ser observada no la abandonó en todo el trayecto de regreso a casa.

Aunque Taylor intentaba mantener la compostura y fingir que todo estaba bien, no podía sacudirse la inquietud que la había invadido al ver aquella figura en la orilla del lago. Durante el trayecto de regreso a casa, su mente no dejaba de dar vueltas, buscando respuestas y temiendo lo desconocido.

Megan notó la tensión en su amiga y la miró con preocupación. Sabía que algo le estaba afectando, pero también respetaba su espacio y su privacidad. Decidió no presionarla, al menos no en ese momento. En cambio, extendió su mano y la colocó suavemente sobre la de Taylor, buscando transmitirle apoyo y consuelo.

El gesto cálido de Megan hizo que Taylor se sintiera reconfortada. A pesar de su preocupación, se recordó a sí misma que tenía a alguien en quien confiar y que no tenía que enfrentar sus miedos sola. Apretó ligeramente la mano de Megan como señal de agradecimiento, dejando claro que estaba ahí para ella.

Cuando llegaron a Emberville, el ambiente tranquilo y familiar del pueblo les dio la bienvenida. Las calles estaban iluminadas por farolas, y el murmullo de la gente llenaba el aire. A medida que se adentraban en el corazón del pueblo, la ansiedad de Taylor comenzó a disiparse lentamente. Sin embargo, la imagen de la misteriosa figura seguía grabada en su mente, persistente y amenazadora.

Una vez en casa, Taylor y Megan se despidieron de Ronalee y se adentraron en el hogar acogedor que compartían. Aunque la seguridad del ambiente les brindaba cierto alivio, Taylor no podía sacudirse la sensación de ser observada. Cada sombra parecía cobrar vida propia, y los sonidos nocturnos se amplificaban en su mente. El miedo se aferraba a ella como un peso en el pecho.

Megan, percibiendo el cambio en su amiga, se acercó a ella con ternura. Colocó sus manos suavemente en los hombros de Taylor y la miró directamente a los ojos, transmitiendo calma y confianza.

—Estoy aquí contigo, Taylor. Puedes contarme lo que sea que te preocupa. No tienes que enfrentar esto sola —susurró Megan con voz suave pero firme.

Las palabras de Megan fueron como un bálsamo para el alma de Taylor. Sabía que tenía a alguien en quien podía confiar plenamente, alguien que estaría a su lado sin importar qué. Inspirada por la valentía de su amiga, decidió abrir su corazón y compartir sus miedos. Pero no quería asustarla así que decidió no contarle lo que había visto en el lago.

Taylor tomó una profunda inspiración y decidió cambiar de tema para distraer a Megan de su inquietud.

—Sabes, Megan, creo que tengo algunos libros en la biblioteca sobre ciudades y otros países del viejo mundo ¿Te apetece pasar la tarde hojeando sus páginas?

La mirada de Megan se iluminó con emoción y asintió con entusiasmo.

Taylor sonrió, agradecida de poder desviar la atención hacia un tema más alegre y emocionante. Juntas comenzaron a imaginar de nuevo los destinos que podrían explorar, desde ciudades históricas hasta paisajes naturales impresionantes. La conversación se convirtió en un escape de los temores y preocupaciones que habían experimentado en el lago.

A medida que hablaban y compartían sus sueños de viaje, Taylor sintió cómo la tensión se disipaba gradualmente. Megan era su ancla, su confidente y su inspiración. Sabía que podía confiar en ella para encontrar la fuerza y el coraje necesarios para superar cualquier obstáculo que se les presentara.

Esa noche, se sumergieron en la planificación de futuros viajes, creando listas de destinos, investigando lugares emblemáticos y soñando con las aventuras que les esperaban. El miedo que había perturbado su mente comenzó a desvanecerse, reemplazado por la emoción de lo que el futuro les deparaba.

Juntas, Taylor y Megan se prometieron que explorarían el mundo, desafiando sus propios límites y construyendo recuerdos imborrables. Se abrazaron con una renovada sensación de conexión y determinación, listas para enfrentar cualquier cosa que el destino les presentara, confiando en que su amistad sería su mayor fortaleza.

Así, dejaron atrás las sombras del miedo y se adentraron en un futuro lleno de posibilidades y

aventuras compartidas.

Capítulo 14

El Sol y la Luna

**My house of stone, your ivy grows and now
I'm covered of you**

Hacía tiempo que la cena había sido servida y el sol se había marchado, dejando que la luna iluminara el oscuro reino de la habitación de Taylor. Varias velas, dispuestas en candelabros, proporcionaban una tenue luz. La chimenea crepitaba lentamente, emitiendo un sonido hipnótico. Megan, vestida con un camisón de invierno bajo su bata de lana, estaba tumbada en la cama, con la cabeza fuera del colchón y su cabello caía en cascada marrón hacia el suelo. Con los brazos extendidos sobre su cabeza, estaba absorta en la lectura de un libro sobre costura.

Taylor, con un cuaderno apoyado en las piernas y un lápiz detrás de la oreja, estaba sentada en su ropa de dormir. Su pelo suelto se enroscaba en su dedo mientras pasaba los ojos por los diferentes bocetos. De vez en cuando, levantaba la cabeza para mirar a Megan.

Megan cerró el libro y lo colocó en la cama, incorporándose y sentándose. Algunos mechones de pelo cayeron sobre su rostro, provocando la risa de Taylor.

—Déjatelos, te ves hermosa —dijo Taylor, riendo.

Los ojos verdes de Taylor se encontraron con los ojos de Megan, una mezcla perfecta de azul y lila.

—Prefiero no tener un nido de pájaros en mi cabeza —respondió Megan, formando una sonrisa con sus labios rubí.

—Ya lo hago yo —Taylor se movió y se puso de rodillas sobre el colchón.

Con las yemas de los dedos, separó los mechones rebeldes y los colocó delicadamente en su lugar. Megan observaba su cuello, blanco como la luz de la luna, con dos pequeños lunares cerca de la base, donde se unía con su clavícula derecha. Dejó de respirar mientras miraba su piel suave y disfrutaba del leve roce de los dedos de Taylor en su pelo. El aroma del perfume de rosas

de Taylor la envolvió.

—Ya está, ahora pareces una mujer decente —dijo Taylor, sentándose delante de ella con las piernas cruzadas.

Megan posó su mirada en el cuerpo de Taylor. El camisón de color rosa la hacía ver aún más dulce. Su pelo rubio caía en cascada sobre su espalda, aunque tenía un par de mechones sueltos sobre los hombros. La piel se perdía debajo de la prenda, y Megan imaginaba su suavidad al rozarla. Deseaba acariciar esa piel, pero cerró los ojos y apartó ese deseo de su mente.

—Gracias —dijo Megan con un hilo de voz.

—¿Te pasa algo, Megan? —Taylor cogió la mano de la chica y entrelazó sus dedos con los suyos.

Los ojos de Taylor la miraron, y Megan tuvo que soltarse de su leve agarre. Sentía que estaba perdiendo el control. Ya lo había perdido una vez en el lago, cuando había deseado besarla con todas sus fuerzas, y no podía permitirse cometer ese error nuevamente.

Megan se levantó, mientras Taylor la miraba con extrañeza, y dio unos pasos por la habitación.

—He estado leyendo el libro para poder hacer un prototipo —hablar de costura la tranquilizaba.

—Tenemos los bocetos, así que puedes empezar a coser —dijo Taylor, un poco confundida.

—Me temo que no es tan sencillo —Megan cerró sus manos en puños mientras intentaba relajarse.

—¿Qué necesitamos ahora? —Taylor estaba un poco desconcertada.

—Medidas —suspiró Megan—. Al igual que necesitas medir diferentes partes de una persona para hacer un jersey, necesitamos medir otras partes para hacer el prototipo.

—Bueno, no parece complicado. Solo necesitamos una cinta —dijo Taylor, tratando de tranquilizar a Megan.

—Pero alguien debe ser la modelo —Megan soltó la bomba que había estado guardando durante días.

Taylor se quedó sin palabras. No había considerado esa opción, aunque tenía todo el sentido. Necesitaban una referencia, no podían hacer el prototipo a ciegas.

—¿Lo decidimos al azar? —preguntó Taylor con un tono de inseguridad.

—Alguien que sepa de telas, patronaje y coser también debe saber medir. Creo que ha llegado el momento de que aprendas, Taylor —dijo Megan, desviando la mirada.

Megan había dado muchas vueltas al asunto en su cabeza. Sabía que no podría soportar tocar a Taylor desnuda de cintura para arriba sin temblar. Para ella, era más fácil de esta manera. Aunque tener a Taylor mirando su cuerpo, alcanzando esa intimidad, también la inquietaba.

—Me parece bien —Taylor agachó la mirada y sus mejillas se colorearon levemente de rosa.

—Voy a por mi caja de costura, tengo varias cintas con las que puedes medir.

Megan salió de la habitación. El aire cargado la asfixiaba, y el frío del pasillo le sentó bien. Abrió la puerta de su habitación con la llave que llevaba en el bolsillo, aunque tardó un momento en abrir la cerradura porque temblaba. Finalmente, entró en su habitación, que estaba a oscuras, pero ella sabía dónde se encontraba la caja de madera. Dio un par de pasos hasta colocarse al pie de la cama y cogió la caja que reposaba allí. Salió de la habitación sin cerrar con llave y volvió junto a Taylor.

En medio de la habitación había un biombo que no había visto antes. Era blanco con dibujos de flores, de esos que tenían tela entre las barras de madera para poder plegarlo.

—Lo he puesto por si te es más fácil así.

—¿Dónde estaba? —preguntó Megan, dejando la caja encima de la cama.

—Pegado a la pared. No lo necesito porque tengo confianza con Ronalee. Ella siempre se ha ocupado de cuidarme, vestirme y bañarme —explicó Taylor mientras asentía.

—Entiendo— asintió nerviosa—. No perdamos más tiempo — la joven castaña se mordió el labio, insegura.

Se colocó detrás del biombo, se quitó la bata y la dejó encima de la estructura. Se recogió el pelo y desató el lazo de detrás del cuello que mantenía el camisón ajustado a su espalda. Con un movimiento de sus brazos, se lo pasó por la cabeza y se lo quitó, quedando solo con sus bragas de algodón de tiro alto. Rápidamente, para no pasar frío, se volvió a poner la bata sobre su piel desnuda y la anudó para cubrir todo y no dejar ninguna parte expuesta. Salió de detrás del biombo.

Taylor contempló a Megan, quien tenía las manos sobre el nudo del amarre de la bata. Con el pie derecho pisaba la zapatilla del pie izquierdo. Se notaba que estaba nerviosa. Se mordía el labio mientras recogía su pelo en una coleta baja.

—En la caja podrás encontrar varias cintas de diferentes tamaños —dijo Megan, abriendo la caja.

En su interior, había bobinas de hilo de diferentes colores, desde amarillo hasta rosa y verde. También había un alfilerero con varias agujas y alfileres clavados. Con cuidado, Megan sacó las cintas blancas y las colocó sobre la mesa antes de cerrar la caja.

Megan se acercó y empezó a colocar las cintas por tamaño, desde la más grande hasta la más pequeña, que era del tamaño de la palma de Taylor.

—Para medir, debes hacer esto —Megan cogió la cinta que era un poco más grande que la anterior. Cogió un extremo y lo puso en el centro de la muñeca, pasando luego la cinta alrededor de su brazo hasta que volvió al extremo inicial.

—Cuando el extremo que has cogido al principio coincida con el extremo final, usas el lápiz para hacer una marca donde se encuentren. Después, mides esa parte y apuntas el número en el boceto con la correspondiente ubicación —explicó Megan, sonriendo, antes de colocar la cinta en su lugar.

Taylor no se había perdido ninguna de las palabras de Megan. Le parecía algo muy sencillo, y apreciaba la forma clara y concisa en que se lo explicaba.

—¿Por dónde empezamos? —la voz de Taylor revelaba sus nervios.

Megan tragó saliva. No creía que pudiera soportar el tacto de Taylor sobre su piel. Pero si alguna vez quería convertirse en modista, debía poder hacerlo. Por mucho que deseara que Taylor la tocara por todas partes.

Vio cómo Megan desabrochaba la bata y se abría lentamente, revelando su dorado abdomen y un pequeño trozo de tela blanca. Taylor se quedó sin respiración al ver a Megan quitarse la bata por completo, quedando su cuerpo expuesto ante sus ojos. La bata quedó sobre el colchón.

Taylor no sabía qué hacer, su mente estaba absorbiendo todo lo que veía. La piel de Megan era de un dorado acaramelado, y sus pecas se extendían desde su cara hasta su cuello y el inicio de su pecho. Sus brazos también estaban cubiertos de delicadas manchas marrones, como si su piel estuviera cubierta de nieve oscura. Su piel brillaba a la luz de las velas, como si emanara su propia luz solar. Era lo más hermoso que Taylor había visto jamás. Quería recorrer todo su cuerpo, pintarla, probarla. Quería todo de ella, y su deseo se intensificaba con cada respiración.

Megan se mordía el labio, nerviosa. Su mente trabajaba a toda velocidad para evitar que se tapara el cuerpo. Se sentía expuesta y vulnerable, como una flor abriéndose al mundo por primera vez. Su mente pensaba en lo que Taylor debía estar sintiendo. Quizá le repugnaba que su cuerpo no

fuera blanco como el suyo o estuviera cubierto de manchas. Tenía ganas de llorar. Nunca antes su piel le había causado tantos problemas como creía.

Los ojos de las chicas se encontraron, pero los de Megan parecían apagados al ver que Taylor no decía nada, que se había quedado mirándola fijamente. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas y el verde esmeralda se volvió turbio bajo las lágrimas. Taylor se acercó a ella y, con la yema de su pulgar, secó las lágrimas que empezaban a brotar de sus ojos.

—¿Qué te pasa? —dijo con el susurro más dulce que había pronunciado en su vida.

—Me ves horrible —Megan se apartó de ella y se cubrió el cuerpo con los brazos, sollozando amargamente.

Taylor se acercó nuevamente a ella, cogiendo una de sus manos y posándola en su mejilla fría. Cerró los ojos para saborear el contacto de su piel con la de Megan. Luego los abrió, donde el azul y el lila se mezclaban en un baile sin fin.

—Eres la mujer más hermosa que he visto jamás. Te dije un día que eras mi musa y no he cambiado de opinión.

—Pero no decías nada... yo pensaba que mis imperfecciones te habían asqueado.

Taylor soltó una risa dulce.

—Si mi cuerpo se calentara como debe ser, habrías notado que mis mejillas estarían ardiendo.

Megan se quedó sin palabras, rozó suavemente su mejilla que estaba roja, aunque fría al tacto. Le cogió las manos con las suyas y la arrastró de nuevo al centro de la habitación, donde había estado antes de apartarse por miedo.

La chica rubia se quedó mirando sus ojos. Pensando en que ese tono de verde era el perfecto, perfecto para contemplarlo toda la vida. Y eso era lo que quería hacer. Porque estaba harta de fingir que ella solo quería ser su amiga. Había perdido el sentido por ella, en esas dos semanas que habían estado juntas sus sentimientos hacia ella habían crecido de forma exponencial y lo que antes había sido un anhelo ahora era un ruego de su corazón. Necesitaba pasar el límite.

—Continuemos—su voz salió dulce y tranquila, estaba intentando controlar su cuerpo dado que su corazón latía fuertemente—. Si te sientes insegura, dilo.

Megan asintió, el nudo de su garganta se suavizó. Dejó que ella cogiera la cinta más larga y puso su mente a trabajar. Intentando olvidar que estaba semidesnuda delante de la chica que amaba.

Porque se había dado cuenta de que todas las veces que la había mirado había deseado estar con ella, que sus pieles se rozaran hasta conocerse, y eso era porque su corazón la amaba. Y no quería luchar contra eso, sino dejarse llevar.

En ese instante decidió decirle a su amiga que la amaba, aunque no fuera correspondido. Ella siempre había querido ir con la verdad por delante y aunque tal vez costara la amistad que estaba labrando con ella, Taylor se merecía conocer la verdad. Aunque las dudas azotaron su cuerpo.

¿Y si no le gustaba? ¿Y si se rompía su amistad por revelar sus sentimientos? ¿Era ese el precio que debía pagar?

Otra idea horrible pasó por su cabeza, la idea de lo que diría la gente sobre una relación entre mujeres. Si Taylor también estaba enamorada de ella, ¿cómo iban a llevar su relación? Seguramente sería de forma clandestina, aunque por estar con ella haría lo que fuera. Solo por el mero hecho de poder tocarla en su habitación furtivamente.

Despejó su cabeza de todas aquellas ideas negativas. Era una mujer fuerte y aunque sufriera un rechazo no se iba a hundir. O, aunque tuviera que llevar su amor a la noche y las estrellas. Su padre siempre le había dicho que las telas que merecían la pena eran las que costaba más conseguir, y ella no iba a parar en ese momento.

—Debes medir mi contorno—Megan salió de sus pensamientos.

—¿Puedes explicarte mejor?

—Debes rodear la zona debajo de mis senos.

Sin poder evitarlo, Taylor miró sus pechos. Parecían dos peras perfectas con el mismo tono caramelo de su piel, con unos pezones rosados oscuros. Se sintió un poco avergonzada de los suyos, dado que casi no tenía. Su cuerpo era recto, sin curvas, y era plana y huesuda. ¿Qué hubiera pasado si hubiese sido ella la modelo?, pensó.

Con las manos ligeramente temblorosas, rodeó su contorno y marcó el final. Dejó la cinta en la mesa de su tocador y la midió.

—Son ocho pulgadas— dejó la cinta y anotó el número en el boceto.

—Bien, ahora debes hacer lo mismo, solo que debes coger también mis senos.

Palideció, aunque hizo lo que debía hacer. Sin mirar mucho sus pechos, tomó la medida y las siguientes hasta haber terminado con todas las que necesitaban para el prototipo. Usó casi todas las cintas y cuando hubo terminado, Megan se colocó la bata de nuevo.

—Taylor, quiero decirte algo antes de irme a dormir.

Se la quedó mirando un instante antes de sonreír.

Antes de que Megan abriera la boca, ella estaba a unos centímetros de su cuerpo. Soltó su pelo, que cayó por su espalda. Se quedó sin palabras, sus ojos verdes brillaban como luciérnagas en la noche. Desabrochó su bata y la dejó caer al suelo.

Megan se quedó sin aliento. No quería que parara, su piel gritaba por ser tocada.

—¿Puedo tocarte? —preguntó la rubia en susurros.

Megan asintió de forma frenética.

Sus yemas rozaron su mandíbula y bajaron delicadamente por su cuello, dejando calor por donde pasaban. Su toque se deslizó por uno de sus brazos. Megan notaba su corazón latir con fuerza. Llegó hasta su muñeca y después cerró su mano con la suya. Se llevó su mano a sus labios, sin deshacer la unión, y la besó.

Entonces ella soltó su mano y empezó a quitarse el camisón para luego tirarlo en la cama. Ella se quedó sin palabras, no sabía qué hacer.

—No es justo que solo te desnudes tú—la voz de Taylor adquirió un tono dulce.

Miró a Taylor, su piel blanca como la porcelana dejaba entrever sus venas azules debajo. Su cuello, como había visto antes, tenía dos lunares cerca de la clavícula derecha. Estaba delgada, aunque aquello no le sorprendió, debido a su enfermedad era normal. Aun así, para ella era hermosa. Sus senos eran pequeños y su abdomen era plano. Además, se le notaban las costillas, con cada respiración veía cómo subían y bajaban. Su cadera era pequeña, no tenía la cintura marcada fruto de un corsé. Se notaba que ella no lo había llevado y se alegró. Sus piernas eran delgadas y finas, una pequeña cicatriz estaba en su rodilla izquierda.

Taylor cogió su mano otra vez. Megan disfrutó del frío de su piel. Rozó sus yemas por sus ojos, sus pestañas claras le hicieron cosquillas en la piel, por su mejilla, por sus labios. Esos labios que deseaba besar. Luego su mano viajó hasta su cuello, pasando entre sus pechos y llegando hasta su ombligo. Pero Taylor la guio hasta su corazón y la dejó ahí con la suya.

—Estás aquí—dijo ella mirando a Megan a los ojos. La esmeralda se fundió con la amatista.

Entonces ella, con todo su valor, cogió la mano de Taylor y la colocó sobre su propio corazón.

—Tú estás aquí, para siempre.

Taylor se acercó aún más a Megan, sus bocas estaban a punto de rozarse. Sus respiraciones se mezclaban, el cuerpo de su amada irradiaba calor.

Entonces Megan cogió la cara de Taylor y la besó.

Sus bocas se fundieron en un beso apasionado, un beso que hacía días que ambas querían. Sin darse cuenta, arrastró a Taylor a la cama mientras la besaba. La caja de confección cayó al suelo, pero ninguna de las dos se detuvo a recogerla. El beso acabó y antes de que pudieran coger aliento, Taylor le devolvió el beso pasando sus manos por su espalda y tocándola mientras sus bocas se encontraban. La besó varias veces en los labios para luego deslizarse por la cama mientras besaba su cuello. Se tumbó de espaldas en la cama y Taylor se subió encima. Besando la piel de su pecho y todas sus pecas como si fueran estrellas. Un suspiro salió de su boca mientras notaba los besos húmedos que iba dejando sobre su cuerpo.

—Ven—dijo Megan necesitando más besos de Taylor en los labios.

Taylor hizo caso a su ruego y se acercó a su cara. La chica de piel dorada cogió su cara con las manos y acercó su boca a la de ella. Dejando un beso dulce en su boca de cereza.

—Eres tan hermosa como la luz de la luna—el cabello rubio de Taylor caía en ondas hasta el pecho de Megan.

—Eres tan hermosa como la luz del sol—respondió Taylor sonriendo y dejando una senda de besos desde el puente de la nariz hasta sus labios de rubí.

Las dos muchachas no durmieron esa noche, explorando las partes de sus cuerpos mientras se decían palabras de amor al amparo de la noche. La luna era su confesora, la guardiana de su amor. Cuando el cielo empezó a clarear, decidieron separarse para no levantar sospechas y así poder descansar de la intensa noche que habían tenido. Prometieron volver a encontrarse en la noche siguiente y las del resto de su vida. Como dos amantes furtivas al anochecer.

Capítulo 15

A través del bosque

And I feel like my castle's crumbling down

La mano de Taylor descansaba sobre la cadera de Megan. Ambas dormían abrazadas, sin querer separarse. El cabello castaño de Megan estaba recogido para no molestar a su amante. Sus respiraciones pausadas se mezclaban en el aire. Taylor se revolvió en su sueño y dio la vuelta, alejándose del calor que emanaba el cuerpo de su amada. Megan se removió en su sueño, sintiendo una fuerte opresión en el pecho que dificultaba su respiración. Su ritmo respiratorio se aceleró hasta que se despertó de golpe con un grito en la garganta.

Su frente estaba cubierta de sudor y su cabello se pegaba a su cabeza. Apartó un mechón de su boca e intentó calmarse. Solo había sido una sensación, pero se repetía una y otra vez en su cabeza. Miró a Megan, quien dormía ajena a su agitación. Le acarició el rostro y apartó el cabello que cubría su mejilla.

Antes de poder volver a dormirse, tuvo la sensación de que alguien la estaba observando. La sangre se le heló en el cuerpo. Miró hacia la ventana y vio que ya no era plena noche, ya que el amanecer se acercaba. Sintió nuevamente esa sensación y temió que fuera una de las criadas que había entrado a la habitación y visto a ambas chicas durmiendo juntas. Pensar en las cosas indebidamente que podrían asociar a su relación. Aunque no le faltaba razón, si la situación llegara al pueblo o, peor aún, a los oídos de los padres de Megan, podría desatarse una tormenta sobre ellas.

Salió de la cama, se puso su bata sobre el camisón y se calzó. Luego abrió la puerta tirando del pomo. Habían decidido no cerrar las puertas de las habitaciones para facilitar el paso de una a otra. Aunque en ese momento lamentaba su decisión.

Una ráfaga fría azotó su cuerpo cuando llegó al pasillo, levantando su falda al ser acariciada por el viento. Escuchó cómo una voz misteriosa la llamaba.

—Taylor...

En una niebla hipnótica que nublaba su juicio, bajó las escaleras mientras la voz de la mujer

misteriosa le llamaba desde afuera de la casa. Los escalones crujían bajo su peso. Al bajar el último peldaño, cruzó el corto trecho hasta la entrada principal de la casa.

—Taylor, sal afuera.

Cogió la llave de la puerta, que colgaba en uno de los ganchos cercanos junto con las demás llaves de la casa. Ronalee las dejaba ahí todas las noches para que la criada de turno tuviera acceso a todas las estancias de la mansión en caso de algún percance.

Giró la llave en la cerradura y, al abrirse, empujó con todas sus fuerzas la puerta. Miró afuera; el cielo comenzaba a aclarar debido a la proximidad del amanecer. Aunque todo estaba en silencio, ella sentía que algo la llamaba. Así que siguió el camino que la llevaba al pueblo, atravesando el bosque.

Las pequeñas plantas que crecían en los márgenes del sendero se marchitaban a su paso, volviéndose negras y secas por falta de agua. Luego se convertían en cenizas arrastradas por el viento. Tras cruzar el manto de hojas podridas en el suelo, la joven, agotada por el camino y tiritando de frío por llevar solo su ropa de dormir, llegó al inicio del bosque, donde una figura oscura de pelo rojo le tendía la mano.

—Ven por aquí —dijo la figura antes de adentrarse en el camino que cruzaba el bosque.

Taylor, sintiendo que debía seguir a la mujer a pesar de temblar de miedo, la siguió. Su cuerpo le daba señales contradictorias: por un lado, quería adentrarse en el bosque, y por otro, quería huir corriendo hacia su casa.

A medida que avanzaban por el bosque, los árboles se volvían más densos y las raíces sobresalían del suelo. Le costaba seguir el ritmo de la figura que tenía delante, la cual la guiaba sin detenerse a través de la espesura.

Finalmente, llegaron a un claro en el bosque donde la figura se detuvo. Taylor, mareada y con ganas de vomitar, se tomó un tiempo para recuperar las fuerzas perdidas durante la caminata. El cielo se teñía de naranja, indicando que el amanecer era inminente.

—¿Por qué me trajiste aquí? —preguntó Taylor, con la voz entrecortada por el frío, mientras sus labios castañeteaban.

Pero la figura solo rio con una voz estridente que parecían mil cuchillas, para luego desaparecer ante sus ojos.

Entonces, su mundo empezó a girar. Escuchó un ruido agudo y penetrante que le hizo taparse los

oídos para evitar el sonido. De repente, frente a sus ojos, apareció la imagen de una casa en llamas. Las llamas salían de sus propios dedos, consumiendo la estructura mientras las vigas de madera caían del techo. Pero la imagen cambió y ahora se encontraba en el bosque, rodeada por un grupo de figuras encapuchadas alrededor de una hoguera. Una mujer de pelo rojo recitaba palabras que no lograba entender. Mientras el sonido se intensificaba en su cabeza, su visión se desvanecía y la imagen se difuminaba.

Y en ese momento, la chica escuchó una masa enfurecida de personas que se dirigían a una casa en las afueras del pueblo. Los congregados llevaban antorchas y horcas, mientras una mujer de pelo castaño y ojos verdes gritaba consignas llenas de palabras conciliadoras. Pero la gente no la escuchó y la apartaron de la entrada de la casa. Dos hombres llevaron a una mujer con las manos atadas a la espalda hasta la plaza mayor del pueblo. La mujer anteriormente mencionada suplicó que dejaran en paz a la otra mujer, pero los aldeanos pedían su sangre. Así que ataron a la mujer de pelo rojo y ojos lilas a un poste. Uno de los hombres tomó un trozo de madera ardiendo y lo arrojó debajo de la pira funeraria, donde muchas ramas estaban apiñadas. Los gritos de dolor inundaron sus oídos mientras el fuego alcanzaba a la mujer. Una oleada de rabia y venganza azotó su frágil cuerpo.

Su conciencia se perdió y cayó al suelo sin ver ni sentir nada.



Megan yacía en la cama, su respiración regular hacía que su pecho se elevara y descendiera bajo las pesadas sábanas y la manta.

—Megan —una voz dulce la llamó.

Abrió los ojos, aún adormilada. Frente a ella, una mujer la contemplaba de pie.

—Debes correr, Megan.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo me conoces?

Megan, recordando dónde estaba, miró hacia el lado de su cama, pero Taylor no estaba allí. El pánico la golpeó fuertemente.

—¿Dónde está Taylor?

—Ella se la llevó, pero aún puedes salvarla.

Megan se levantó y corrió hacia su habitación para encontrar algo con lo que cubrirse.

—¿Dónde está? —preguntó a la mujer que la había seguido hasta su cuarto.

—En el bosque, debes darte prisa. Se está debilitando —los ojos verdes de la mujer la escudriñaron.

—Nunca antes una visión me había hablado.

—No soy una visión, pero eso no importa ahora. Debes encontrar a Taylor.

La figura desapareció ante sus ojos mientras ella se ponía un abrigo sobre el camisón. Se calzó unas pesadas botas y corrió hacia las escaleras. Pensó que tendría tiempo para asimilar que había hablado con alguien que había desaparecido.

Cuando llegó al piso inferior de la casa, intentó encontrar a alguien.

—¿Hay alguien aquí? —gritó Megan desesperada.

Unos pasos resonaron y aparecieron Alice y Roxanne detrás de la puerta que conducía a la cocina.

—Buenos días, señorita —dijo Alice con una sonrisa, pero al ver la expresión preocupada de Megan, la borró de su rostro.

—Taylor ha desaparecido. Necesito que recojas todo lo que pueda darle calor y lo traigas conmigo.

Alice fue rápidamente a por su abrigo y mantas del armario de las sábanas.

—Roxanne, necesito que prepares algo para que Taylor se caliente y que avises al médico.

Roxanne asintió y se fue a la cocina. No era momento para soltar uno de sus improperios.

La criada estuvo lista en muy poco tiempo, cubierta con dos pesadas mantas. Megan le cogió una para que pudiera moverse más fácilmente. Las dos salieron de la casa. Megan notó que amanecía, el aire era frío. Si Taylor estaba fuera sin nada que la protegiera del frío, podría enfermar e incluso morir. Con la cara pálida por los pensamientos funestos, avanzó rápidamente hacia el bosque, como le había indicado la misteriosa mujer.

Junto con la criada, cruzó todo el bosque, mirando cuidadosamente dónde pisaban para evitar tropezar. Al llegar al claro, contemplaron el cuerpo de Taylor en el suelo. Su cabello se esparcía,

contrastando con el rojo suelo. Megan corrió hacia ella y se arrodilló a su lado. De inmediato la cubrió con la manta. La respiración de Taylor era muy débil y su garganta emitía un ruido sibilante, le costaba respirar.

—Taylor, quédate conmigo.

Alice se acercó a las dos chicas.

—Cúbrete con la manta y corre a pedir ayuda —gritó Megan a la criada, desesperada.

Alice salió corriendo hacia el pueblo para buscar ayuda.

Megan mecía su cuerpo entre sus brazos, unas lágrimas calientes comenzaron a mojar sus mejillas mientras repetía el nombre de su amada. Temía por su vida y eso resquebrajaba su corazón. Un viento gélido las azotó y una risa oscura llegó a sus oídos. Frente a ella, una imagen de una mujer con el pelo rojo desapareció entre los árboles del bosque. Un sentimiento de rabia inundó su pecho y juró que aquella mujer pagaría por haberle hecho daño a Taylor y a su familia.

Capítulo 16

Revelaciones

You know that my train could take you home

Anywhere else is hollow

El sol se filtraba por la ventana, cayendo delicadamente sobre el pelo rubio de Taylor. La muchacha dormía envuelta en un sinfín de mantas, con la chimenea encendida en plena mañana. Megan estaba sentada en una mecedora que Ronalee le había traído de la habitación de la antigua dueña de la casa. Ambas se encontraban dando las últimas puntadas al prototipo que habían diseñado juntas.

Megan estaba inquieta desde que el doctor se marchó el día anterior. Él había confirmado que, si no fuera por la rápida intervención de ellas, posiblemente Taylor habría muerto debido a la exposición a la intemperie. En ese momento, lo único que podían hacer era mantenerla caliente y esperar a que su cuerpo reaccionara y se despertara.

Por esa razón, Megan estaba al borde de un ataque de nervios. No sabía qué hacer para que el tiempo pasara más rápido y Taylor despertara, para poder abrazarla y llorar de alegría en sus brazos. Lleno de intranquilidad, necesitaba hacer algo con su tiempo, y confeccionar el prototipo era una maravillosa idea. Cuando terminó la última puntada, exhaló el aire que había estado conteniendo en sus pulmones. Tomó el prototipo entre sus manos y lo observó detenidamente.

Le pareció algo bonito y práctico. De color blanco, debido a que era una prenda íntima de algodón, era suave al tacto. En algún momento debería probarlo, aunque este no era el momento indicado. Quería esperar a que su amada despertara. Con cuidado, lo dejó encima del aparador y guardó los hilos y los trozos de tela inservibles. Le costó cerrar la caja de confección debido a los retales que se acumulaban en su interior.

Con pasos delicados, se acercó a la cama donde su amada descansaba. Su cabello se deslizaba sobre la almohada como un lago de oro. Su piel pálida brillaba con los rayos del sol de la tarde. Sus pestañas rubias coronaban sus párpados, donde se podían observar venas bajo la piel blanca. Megan se sentó en el colchón, intentando no aplastar su frágil cuerpo. Le cogió la mano, que

estaba fría como siempre, y la guardó entre sus manos, tratando de darle un poco de calor.

Miró su rostro y le dio un beso en la frente, intentando transmitir todo el amor que sentía por ella. Megan sabía que algo no iba bien, sus huesos se lo decían. Desde que había pisado la casa, había tenido la sensación de que algo malo iba a suceder. No entendía la razón de sus visiones, ya que sabía que no eran alucinaciones causadas por el cansancio o algún tipo de sueño. Eran reales, pero no entendía por qué ocurrían en esa casa. Aunque para ella no eran inusuales, ya que desde pequeña había podido ver cosas que las demás personas no, aunque estar familiarizada no dejaba de ser extraño.

Lo que más le preocupaba era el comportamiento de Taylor. Sabía que algo le pasaba, que no era normal que paseara por la casa durante la noche y mucho menos que huyera al bosque. Estaba claro que todo debía tener una razón, aunque no quisiera admitir que le daba miedo no saber cómo explicarlo. Se había enamorado de ella, ¿cómo no hacerlo? Nada más verla, su corazón se aceleró como un caballo en carrera. Y luego estaba su sonrisa, que para ella detenía el mundo. Cuando había visto sus cuadros, había quedado fascinada. Todas esas gamas cromáticas y los sentimientos que reflejaban. La tristeza que podía ver en el cuadro del mar, o la alegría de ver un jardín en flor. Los sentimientos llegaban a ella en oleadas y se impregnaba de todos ellos. De una forma mágica y simplemente pura, como el corazón de su amada.

Aunque la realidad era que Taylor estaba enferma. El médico le había dicho que se estaba debilitando y que seguramente cada vez podría hacer menos, hasta quedar postrada en la cama. Al oír esas palabras, Megan se quedó sin sangre. Su corazón afligido se detuvo un momento y las lágrimas quisieron asomarse a sus ojos, aunque reprimió sus sentimientos. En ese momento, apretó con fuerza la mano de la joven rubia.

Taylor le había dicho que estaba enferma, que sus recaídas eran constantes, y aun así Megan no podía dejar de sentir amor por ella. Quería protegerla y enseñarle todo lo que pudiera. Al mismo tiempo, ella se había nutrido de la felicidad que Taylor demostraba, como si fuera el mismísimo elixir de la eterna juventud.

No podía dejar de quererla, al igual que no podía dejar de respirar. Mirando cómo dormía, Megan se prometió a sí misma que nunca la abandonaría. Y cuando se despertara, se lo diría. La protegería del mal del infierno si fuera necesario.

Entonces, el recuerdo de la mujer del bosque con el pelo rojo vino a su memoria. Aquella risa malvada y fría recorrió su cerebro, provocando un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Taylor comenzó a removerse en la cama, haciendo que Megan soltara su mano. Aunque sus ojos no se abrían, sus piernas se movían.

—¿Dónde me llevas? —dijo Taylor casi sin voz.

—¿Taylor? ¿Qué te ocurre? —Megan estaba asustada.

—No quiero ir, déjame marchar. —Un sudor frío recorría la cara de la chica encamada.

—Shh, estás a salvo —quería tranquilizarla, aunque no sabía cómo.

—Megan...

Con esa última palabra, Taylor se tranquilizó y volvió a un reposo absoluto, como si nada hubiera pasado. La joven se calmó y con un paño que estaba en la mesita de noche le retiró el sudor de la frente.

—Ojalá pudiera ayudarte —su voz estaba cargada de tristeza.

Megan sintió una presencia detrás de ella y, con temple de acero, se dio la vuelta. Ante ella estaba la mujer de hacía tres días. Su tez era más oscura que la suya, bastante parecida a la de Alice. Su pelo castaño estaba peinado en dos trenzas que descansaban sobre sus hombros. Una sonrisa cálida se reflejaba en su rostro y sus ojos verdes, como los de Megan, miraban a las dos chicas.

—Ha vuelto.

—Así es. Debemos hablar, Megan.

La mujer se acercó hasta la cama y miró a Taylor detenidamente. Su ceño se frunció, pero cuando la miró de nuevo, su expresión había cambiado.

—¿Quién es usted?

—Soy Magnolia, tu tatarabuela.

Megan se quedó atónita, sin saber qué hacer. Retrocedió unos pasos y se golpeó la espalda con la mesita de noche. El candelabro vacío que estaba encima rodó por la superficie y cayó al suelo.

—No te asustes —dijo la mujer tranquilamente.

—Está muerta, ¿cómo no voy a asustarme?

—Eso es cierto, pero creo que te han sucedido otras cosas... peculiares —sonrió de forma irónica.

Megan suspiró y se relajó un poco, pensando en todas las veces de niña que había visto sombras

en el pueblo y cuando una mujer le había sonreído en la panadería y ofrecido un bollo, para luego descubrir que ella era la única que la veía.

—¿Qué hace aquí?

—Debo contarte algo para que puedas protegerla —volvió a mirar a la muchacha encamada.

—Dime todo lo que necesito saber.

—En este pueblo y los alrededores siempre ha habido clanes de brujas.

—¿Brujas?

—Nuestro clan estaba dirigido por las leyes de la naturaleza. Éramos afines a ella y a todo lo que nos rodeaba. Siempre hemos querido proteger a sus habitantes en la medida de nuestras posibilidades. Incluso a veces hemos tenido que enfrentarnos a fuerzas malignas. Tienes sangre de bruja en tus venas, Megan.

—¿Qué? —miró al espíritu que tenía delante de ella sin dar crédito a sus palabras.

—Tu percepción de los sentimientos, que te sientas atraída por la naturaleza, tus visiones, incluso tu capacidad de aprender más rápido, se deben a tu don. La luz del sol te nutre igual que a las flores.

Se llevó las manos a la boca, ojiplática.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Taylor?

—Porque nuestro aquelarre protegía al mundo de las fuerzas del mal —suspiró—. Ahora debes proteger a tu amada de una de ellas.

—¿La mujer de pelo rojo? ¿La misma que quemó mi casa y mató a mi familia?

—Así es, ella quiere regresar de entre los muertos para crear el caos. Ya lo hizo una vez, procurando que nadie de nuestro aquelarre pudiera detenerla, pero tú conseguiste escapar de su poder destructor. Eres la última Glowiew con vida y por eso debes detenerla.

—¿Por qué quiere a Taylor?

—Necesita un cuerpo para poder regresar, y dado que...

Un viento gélido azotó la estancia. La imagen de Magnolia se borró de los ojos de Megan, pero volvió en un suspiro. Megan sintió que algo estaba mal, una opresión en el pecho la azotó y la hizo encorvarse hacia delante, cayendo de rodillas sobre el suelo de madera.

—¡Tengo que irme, ella está intentando que no pueda hablar más! ¡Busca los sellos, Megan! Es tu última esperanza si quieres salvar a Taylor.

Magnolia se disolvió ante sus ojos como si nunca hubiera estado allí.

Megan se sentó en la mecedora intentando procesar toda la información nueva que había recibido. Se miró las manos, donde la sangre de bruja circulaba en su interior. Miró a Taylor, que yacía dormida plácidamente. Estaba en peligro y ella era la única capaz de detenerlo. Sintió todo el peso del miedo y la responsabilidad sobre sus hombros.

Ella provenía de una familia de brujas, incluso su madre debía de serlo. No sabía cómo enfrentar todo esto, pero debía hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudar a la joven que se encontraba en grave peligro. No permitiría que el espíritu de la mujer que le había arrebatado a su familia volviera para llevarse a la persona que amaba.

Debía comenzar a buscar los sellos, aunque no tenía ni idea de qué eran ni dónde podrían estar. Tenía una ligera sospecha de que Catherine sabía todo sobre su hija, así que debía visitar su habitación y explorar cada rincón de la casa, incluso preguntarle a Ronalee. Pero lo que más la atormentaba era decidir si debía contarle a Taylor lo que estaba sucediendo.

Se levantó de la silla y se acercó a la cama donde Taylor descansaba, para darle un dulce beso en la frente. Por último, la miró con ojos llenos de amor antes de salir de la habitación.

Capítulo 17

La búsqueda

Yes, I got your letter. Yes, I'm doing better.

It cut deep to know ya, right to the bone

Megan se dirigió a su habitación, con el corazón encogido por lo que acababa de suceder. Tenía poderes. Se sentó en la cama e inspiró hondo. Desde siempre había tenido sensaciones extrañas, como una sensibilidad especial. Podía oír el murmullo de las hojas al viento, notar cuando iba a llover. Incluso a veces veía sombras extrañas cuando paseaba por su pueblo. Ahora sabía que no era producto de su imaginación, que no se estaba volviendo loca.

Temblando, se fue al baño donde hizo sus necesidades para después lavarse las manos y la cara. Se apartó un mechón húmedo de la cara y se miró en el espejo. Sus ojos verdes denotaban cansancio, debajo de sus pestañas inferiores tenía la piel más oscura de lo normal. Se había pasado las noches velando por Taylor.

Aunque ahora sí quería cuidar de ella, debía jugarse la piel. Salió del baño con pasos decididos hasta su habitación para luego salir echando la llave y guardándola en el bolsillo de su falda. Al final del pasillo estaba la habitación de la madre de Taylor, Catherine. Tenía una ligera idea de que Catherine sabía más cosas de las que sus visiones le habían mostrado.

Posó su mano sobre el picaporte redondo de la puerta, que estaba frío, y lo giró débilmente hacia la derecha. La puerta estaba cerrada con llave. Maldijo en voz baja. Debía haber previsto que estaría cerrada. Suavemente dejó que su cabeza golpeará la fría madera, pensando en la excusa que debía darles a las criadas para que la dejaran entrar en aquella habitación.

—Megan —dijo una voz delicada como la brisa de verano.

La puerta se abrió siendo arrastrada por un aire cálido. Entró en la habitación, que estaba en penumbras. Los rayos de sol no podían filtrarse a través de la ventana debido a la pesada cortina que la cubría. Entonces, las velas de la estancia se encendieron, haciendo que pudiera ver mucho mejor. La habitación se parecía mucho a la de Taylor, solo que era más grande. El tocador era

más antiguo y la cama estaba coronada con un cabecero de madera oscura y dos postes del mismo tono. Un armario grande se encontraba frente a la cama. Entonces, el viento cálido arrastró la puerta y la cerró con un golpe sonoro, atrapándola dentro.

Ante ella apareció Catherine con su singular pelo rojizo recogido en un moño. Caminaba de un lado a otro con cara compungida. En las manos llevaba un papel que no dejaba de mirar mientras seguía caminando. Encima de la cama había más papeles y algunos sobres. La muchacha pensó que eran cartas, aunque el papel estaba muy amarillo, lo que denotaba que eran antiguas.

—Ojalá fuera yo y no ella —dijo en voz alta.

Miró todos los papeles desperdigados por el colchón y un grito de rabia salió de su boca, siendo arrastrado por su caída a los pies de su cama.

—¿Por qué? ¿Por qué la maldición debe caer sobre ella?

Megan abrió los ojos y se acercó más a la mujer.

—La que tiene el pelo rojo soy yo, no mi hija —se cogió el pelo y se lo estiró con fuerza.

La joven pensó que se habría hecho daño con aquel movimiento tan violento.

Unas lágrimas gruesas salían de sus ojos y se perdían por su cuello.

—Mi amor, no he podido protegerla y ahora que sé la verdad me temo que... —los sollozos fueron en aumento.

Catherine se dio la vuelta y se reclinó contra la cama. Se tapó el rostro con las manos y dejó caer el trozo de papel al suelo, donde yacía arrugado.

—Desde que te tragó el mar no sé qué hacer. Vivo sin vivir, como sin hambre, duermo sin estar cansada y ahora nuestra hija.

Megan se acercó más a la mujer, no quería perderse ni una sola palabra.

—Ayer ese monstruo usó a nuestra hija y ahora debo sedarla cada noche para que no pueda volver a poseerla.

Megan se llevó las manos a la boca. El horror inundó su sangre, haciendo que se congelara. Las pastillas que tomaba Taylor eran para que no despertara por las noches, pero ¿qué pasaría si despertara?

La imagen de Catherine empezó a disolverse.

—No, necesito saber más.

—Busca las cartas, Megan —volvió a decir la voz mientras la escena de aquel día desaparecía.

Volvió a contemplar la habitación a oscuras, mientras un sentimiento de amargura crecía en su interior. El problema era más grande de lo que había supuesto, y ahora, además de buscar los sellos, debía encontrar las cartas. Algo en su interior le decía que las cartas eran muy importantes, dado que debían contener información crucial para entender qué sucedía. Pero lo que más le dolía era que Taylor ya había sido usada por la bruja. ¿Qué había sucedido aquel día?

Salió de la habitación dispuesta a buscar las cartas y encontrar una respuesta. Pensando en un buen sitio donde se podrían guardar cosas importantes, recordó que los cuadros de Taylor se guardaban en la buhardilla. A lo mejor su madre había escondido las cartas en algún lugar de ahí arriba.

Se colocó debajo de la trampilla y estiró la mano para coger la cadena que ayudaba a desplegar la escalera. Con un buen uso de su fuerza, consiguió bajar la vieja escalera hasta el suelo del piso.

Se recogió la falda y subió lentamente los peldaños hasta la buhardilla. Ya había estado en aquel sitio con Taylor, viendo sus cuadros acabados que reposaban en una esquina, tapados por telas blancas. El lugar estaba muy oscuro, pero sabía que había un candelabro con una vela por ahí cerca. Lo encontró fácilmente, gracias a la luz que llegaba desde fuera por la trampilla que estaba abierta. Con la caja de cerillas que estaba a su lado, encendió la vela, dejando que la llama iluminara un pequeño espacio.

Delante de ella había una serie de cajas. Caminó hasta ellas, haciendo que el polvo se levantara a su paso. Con cuidado, abrió una de ellas y encontró ropa de bebé. Unos patucos de lana rosa estaban encima de una pila de ropa. Una sonrisa salió de sus labios. Esa ropa era de Taylor, y se acordó de la escena del baile y de cómo había sido feliz en los brazos de su padre, con sus ojos del mismo color azul. Se detuvo un momento con las manos alrededor de uno de los patucos. ¿Por qué los ojos de Taylor habían cambiado de color? Esa pregunta se instaló en su cabeza. Ella y su padre tenían los ojos de color azul intenso, mientras que ahora el lila y el azul competían en su iris en una lucha sin fin.

—No podrás detenerme —dijo la voz fría y cortante que había oído en el bosque.

Megan se incorporó, dejando caer el patuco dentro de la cama.

—¿Quién eres? No te tengo miedo.

—Valiente Glowiew —la voz se rio—. Ya he ganado y en la hora de las brujas volveré a reinar

en este pueblo.

—¡Jamás! Pienso detenerte.

Una risa estridente que helaba la sangre se apoderó de la pequeña estancia. El fuego de la vela se apagó y un viento helado arrastró a Megan hasta la trampilla. El final de su falda se notaba pesado, la miró y vio cómo trozos de hielo se habían formado en las puntillas. Debía salir de ahí si no quería caerse por el agujero al ser arrastrada por el viento o morir congelada. Con pies de plomo y cogiéndose al suelo de la buhardilla, descendió las escaleras.

Con el miedo aún instalado en su cuerpo, se alejó de la escalera. Ya habría tiempo de cerrarla. Debía encontrar las cartas lo antes posible para detener la clara amenaza que estaba en la casa. Desesperada, pensó en qué estancias le quedaban por ver. Descartó la habitación de su amada porque su madre no escondería tal información donde su hija pudiera encontrarlo accidentalmente. La habitación de invitados seguía el mismo razonamiento, y los lugares que frecuentaba el servicio igual. Así que, por descarte, solo le quedaba el estudio, donde había una estantería repleta de libros y un escritorio antiguo.

Se dirigió a la estancia donde Taylor le había permitido trabajar, aunque nunca la había pisado, debido a que en su habitación se sentía más cómoda, además de que normalmente se encontraba siempre con ella. En la ventana de la sala, se podía ver cómo el sol empezaba a desaparecer en los límites de la tierra y cómo el cielo estaba lleno de una gama de naranjas y lilas. La estantería estaba a rebosar de libros, calculó unos cien, y estaba dispuesta a revisarlos uno a uno si hacía falta. Así que se remangó un poco el jersey de los brazos y comenzó a abrirlos uno a uno.

Cuando iba por la segunda balda, se cortó con la hoja de un libro gordo y antiguo. El corte le escocía, se llevó el dedo a la boca para detener la hemorragia. Aprovechó el momento para sentarse en la silla del escritorio y pensar. No encontró nada en los libros examinados. Al sol le quedaba poco para desaparecer, y se le agotaba el tiempo. Furiosa, pateó el escritorio y escuchó un tintineo. Sorprendida, volvió a darle una patada al mueble y escuchó el sonido aún más fuerte. Dentro había algo.

Con curiosidad y esperanza, se tiró al suelo a examinar la zona derecha del escritorio, donde encontró un dibujo en relieve de un cuervo. El animal era el mismo que aparecía en la puerta de la mansión. Debía de ser el escudo familiar. Con fuerza, lo empujó para equilibrarlo con la madera del mueble. Del lado contrario, sobresalió un cajón de madera. Lo sacó con cuidado, procurando no romper nada, y observó cómo dentro había una serie de papeles y una bolsa de tela oscura ajada por el paso del tiempo.

Pero de pronto, se escucharon pasos que provenían del pasillo, así que guardó los trozos de papel y la bolsa dentro de los bolsillos. Luego, introdujo la caja en su sitio y volvió a dejar el mecanismo secreto como lo había hallado. Se levantó a tiempo de ver cómo Taylor aparecía en el dintel de la puerta. Iba en ropa de cama, y sobre ella estaba su bata gruesa. Su pelo caía despeinado sobre su espalda, y una sonrisa estaba en sus labios.

—Taylor —gritó de alegría al verla.

La abrazó con cuidado, mientras su amada la rodeaba con los brazos.

—Me he despertado y, como no te he visto, he ido a buscarte. Pensaba que a lo mejor te habías ido.

—Jamás pienso abandonarte —Megan le cogió las manos y le dio un beso en los labios.

—Cuidado —dijo Taylor en un susurro—. Pueden vernos.

—Lo siento, tienes toda la razón, pero mi corazón está henchido de gozo por verte despierta al fin.

Taylor sonrió, para luego acariciar dulcemente su mejilla y la arrastró fuera del estudio.

—Vayamos a cenar. Me muero de hambre.

La joven metió la mano en el bolsillo para asegurarse de que lo encontrado seguía ahí. Fue un momento a su dormitorio, alegando que quería asearse, y escondió los papeles y la bolsa debajo de su colchón, sobre la madera del somier. Procurando así que nadie encontrara aquello hasta que pudiera leerlo.

Capítulo 18

Futuro prometedor

I'm so sick of running as fast as I can

Habían pasado dos días desde que Taylor había despertado de su profundo sueño. Las dos muchachas se encontraban dando uno de sus paseos matutinos. Ese día, el sol estaba escondido detrás de las nubes, como si tuviera miedo de que sus rayos tocaran aquellas tierras. Megan estaba intranquila mientras su brazo rodeaba el de Taylor. Los árboles del camino estaban desnudos, y sus cortezas parecían telas de araña fuertes y marrones. El ambiente le resultaba a la joven castaña melancólico y vacío. Además, tenía un nudo en la garganta desde hacía dos días. Aún le costaba asumir que su familia biológica procedía de un clan de brujas, aunque fueran brujas buenas y no aquellas de las cuales había oído historias para no dormir. Las que comían niños, envenenaban los animales y mataban maridos.

Estaba muy preocupada por su amada. No solo por su salud, sino por la amenaza que se cernía sobre la casa. Aquel espíritu maligno que las rondaba solo hacía que Megan no quisiera desprenderse de ella. Habían estado durmiendo juntas por las noches desde que Taylor despertó, no solo porque le gustaba y quería estar con ella, sino para protegerla. No tuvo tiempo de leer lo encontrado en el escritorio familiar, porque debía hacerlo en privado y poder analizar lo que decían los trozos de papel.

—Megan —dijo Taylor, parando el paso.

La chica salió de sus pensamientos y centró su atención en su acompañante.

—Dime, mi amor —sonrió forzosamente.

—Llevas dos días ausente, ¿te ocurre algo? —puso su mano sobre la suya, algo preocupada.

—No, solo es que estoy emocionada por presentarle a tu tío nuestro prototipo.

—No lo parece. Desde que lo terminaste y me lo mostraste, no has vuelto a hablar de ello. ¿Seguro que no es otra cosa?

Megan se mordió el labio preocupada. ¿Debía contarle a Taylor que venía de una familia de

brujas? ¿Tal vez decirle que había un espíritu malvado que la atormentaba? No, no podía decírselo. Debía protegerla sin que se diera cuenta, todo por preservar la salud que había ganado estos días. Una noticia así podría resquebrajar su ánimo y hacer que su enfermedad la dominase.

—Otra vez, te quedas pensando y no me contestas —estaba molesta, arrugando la nariz. Se alejó y fue hacia la casa.

—Espera —se cogió la falda y caminó rápidamente hacia la rubia.

La cogió de la mano y Taylor se detuvo, se dio la vuelta para mirarla a la cara.

—Tienes razón, lo siento. Estoy preocupada por ti, Taylor.

Su cara de desagrado se relajó. Sus ojos se iluminaron y la envolvió con sus brazos para darle calor.

—No debes preocuparte, estoy bien. Tenerte a mi lado es lo mejor que me ha pasado en la vida. Me haces feliz.

—Sabes que eres importante para mí, y por eso no quiero perderte. Tenerte postrada en la cama durante tres días sin saber si ibas a despertar me mataba por dentro.

—Te dije que estaba enferma, es lo que me ha tocado en esta vida —miró sus ojos verdes y luego se apartó compungida.

—Quiero poder ayudarte —sus ojos se empañaron por las lágrimas que querían salir.

—Con hacerme feliz es suficiente para mí —le besó la mejilla dulcemente.

Megan la abrazó y colocó la cabeza sobre su hombro, mientras unas lágrimas amargas mojaban el vestido de Taylor.

—No llores, al final todo saldrá bien —le acarició el pelo mientras la consolaba.

Sacó su pañuelo de tela del bolsillo y se lo ofreció.

—Una mujer tan fuerte como tú no debería llorar por mí.

—Una mujer que te ama es normal que llore por ti.

—¿Me amas?

—Te amo como el sol ama a la luna, aunque solo se puedan ver en los eclipses y esperan anhelando esos momentos.

—Eso es precioso.

—Como tú, Taylor —suspiró—. Ahora volvamos a tu casa, es hora de comer.

Las dos jóvenes volvieron a la casa despacio, saboreando el momento. Pasaron la verja metálica que separaba el jardín delantero del exterior. Después, subieron los peldaños y se quedaron en el porche hasta que Taylor abrió la puerta con su juego de llaves.

—Voy a asecarme antes de comer —dijo ella, mientras se quitaba la bufanda que le rodeaba el cuello.

—Yo voy a hacer lo mismo, te veo en el comedor.

Megan subió los peldaños de madera, mientras con una mano se recogía el vestido y con la otra se sujetaba al pasamanos. En el piso de arriba, se encontró a Ronalee, que iba cargada con un juego de sábanas limpias.

—Ronalee, ¿podemos hablar un momento?

—Por supuesto, señorita.

—En privado.

Megan abrió la puerta de su habitación y las dos mujeres entraron. Ronalee dejó las sábanas sobre el tocador de la habitación de invitados.

—Voy a ser clara y concisa. Sé lo que le ocurre a Taylor.

La mujer no se sorprendió ante esa revelación, sino que suspiró como si un peso se quitara de encima de sus hombros.

—Me alegro, señorita. Entonces sabrá que se acerca el momento.

—¿Qué momento?

—Entonces no lo sabe todo, me temo.

—Aún no he leído las cartas.

—Cuando lo haya hecho, volveremos a hablar. Hágalo pronto, por favor, señorita.

—Lo haré.

—Me alegro de que haya alguien protegiéndola a usted y a la señora.

—¿Qué?

—Yo también percibo cosas.

—¿Cómo dice?

—Mis antepasados llevan generaciones sirviendo a esta familia. Solo puedo decirle que hay un espíritu protector que las guía.

—Supongo que es quien me muestra las visiones, aunque es lo que menos me preocupa —posó su mano bajo el mentón y reflexionó un poco.

La conversación con la criada le estaba aportando nueva información.

Señorita. Si no le importa, voy a continuar con mis tareas.

—Por supuesto, gracias por hablar conmigo.

—Un placer.

La ama de llaves cogió la ropa de cama que había dejado y se fue hacia la puerta. Cuando estuvo en el pasillo, se dio la vuelta.

—Tenga mucho cuidado.

—Lo tendré.

Ronalee se fue por el pasillo, mientras Megan se quedó dentro de la habitación pensando en que debía leer las cartas cuanto antes. El problema se estaba complicando más de lo que ella deseaba. Aunque la consolaba saber que alguien las estaba cuidando, aunque no supiera quién o por qué. Pero le extrañaba no poder ver esa presencia, como si se escondiera de algo, y temía decir lo que suponía en voz alta, por temor a que se hiciera realidad.



John apareció en la mansión Warmwood a la hora de tomar el té. Ronalee lo acompañó a la estancia donde Megan y Taylor estaban charlando tranquilamente. Cuando la criada lo presentó, las dos muchachas se levantaron y le saludaron educadamente. Se sentaron en el salón como la última vez. Ellas dos en el sofá y el hombre en la butaca.

—Tu tía te manda recuerdos y lamenta mucho no estar aquí.

—Que no se preocupe, otro día será.

Meud entró en la sala con una bandeja llena de té y de pastas que dispuso en la mesa central. A su lado se encontraba la carpeta con los bocetos de Taylor y sobre el regazo de Megan envuelto en una tela estaba el prototipo.

—Me habéis llamado y hecho venir rápidamente. Espero que tengáis buenas noticias—el hombre cogió una de las tazas y endulzó el líquido con dos terrones de azúcar.

—Así es, tenemos el prototipo hecho.

—Me alegro mucho de oírlo—John sonrió cálidamente a su sobrina.

—Yo he hecho los bocetos y Megan la confección.

—No me extraña, tienes buena mano para ilustrar. Veré los dibujos primero.

Taylor con mucho cuidado le pasó la carpeta con las ilustraciones. El hombre las miró con el ceño fruncido mientras las examinaba con mucho detalle. Después de un largo rato donde las chicas tenían los nervios de punta, John pidió poder ver la prenda de ropa. Megan se la tendió, cuando la tuvo en sus manos el hombre examinó la tela.

—Algodón, buena elección—murmuró entre dientes.

Pasó las yemas de los dedos sobre las costuras y la tira que unía las copas a la espalda, donde la tela se dividía en dos debido a que no estaba cerrada para poder colocarla. Observó las copas donde cabían los pechos de Megan y esta no pudo evitar ruborizarse.

—Supongo que habéis usado una modelo para obtener las medidas.

—Yo fui la modelo—dijo Megan retando al hombre con la mirada.

Se la mantuvo durante un largo momento donde Taylor contuvo la respiración.

—Me parece que vamos a hacernos ricos—dijo sonriendo a las dos creadoras.

—¿Entonces te ha gustado? — exclamó su sobrina.

—No estaba muy convencido, pero ahora al ver los bocetos y la prenda... creo que todas las mujeres van a querer llevarlo. Tenéis un futuro prometedor en la moda.

—¡Que bien! —dijo Taylor y abrazó a su amada con fuerza—Te dije que lo conseguiríamos.

—Tienes razón—Megan estaba llena de felicidad y orgullo hacia sí misma y su compañera.

—Si me permitís, me llevaré los bocetos y el prototipo para enseñárselo a las costureras de la fábrica. Además, tendremos que hablar con tu padre, señorita Lovelace.

—Por supuesto, ya le hablé de este proyecto. Me dijo que cuando estuviera acabado se acercaría por su fábrica.

—Es una noticia fantástica. Me gustaría que ambas estuvierais en la reunión. Como creadoras es lo mínimo que os merecéis.

Ambas se miraron y sonrieron.

—Sería todo un placer—contestó la castaña.

Entonces en medio de la conversación se escuchó un grito seguido por varios golpes y terminando en uno aún más fuerte. Los tres se levantaron asustados.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó John.

—Creo que ha venido del piso superior—dijo Taylor.

La dueña los guio hasta la escalera donde se encontraron con una imagen espantosa. Alice estaba en el suelo, de su cabeza salía un hilo de sangre que se perdía por el suelo de la casa formando una mancha de color carmesí. Su pierna estaba en una posición antinatural. Taylor se arrodilló mientras le gritaba a su tío.

—¡Ve a por el médico del pueblo!

—Megan, trae a Ronalee y a las demás.

El caos, los gritos y los ruidos se apoderaron de la casa. Taylor sacó un pañuelo de su bolsillo mientras intentaba cerrarle la herida de la cabeza a Alice que seguía inconsciente. La sangre manchó el vestido de la joven mientras esperaba a que viniera la ayuda y rezando para que la joven criada se pusiera bien.

Capítulo 19

Ira y amor

You taught me a secret language.

I can't speak with anyone else

Tras la llegada del médico de Emberville, entre todos movieron a Alice con sumo cuidado hasta la habitación de Taylor. Era la mejor opción para que el doctor la pudiera examinar y para que ella estuviera lo más cómoda posible. Después del traslado, John Ravenhill salió al pueblo en busca de Jacob para informarle sobre el estado de su amada.

Ronalee estaba al borde de la histeria, preguntando y llorando por su hija, mientras su ama le decía palabras tranquilizadoras. El doctor estaba cerrando la herida en la frente de la joven después de haberle puesto la pierna en cabestrillo.

—Se recuperará, ya verás —decía Taylor a la mujer mientras le cogía la mano.

Pero lo cierto era, que a Taylor le preocupaba que Alice no hubiese despertado desde su caída por las escaleras. En su habitación solo estaban el doctor, Megan, Alice y su madre. No había rastro de las otras dos criadas y eso le parecía muy extraño. Sabiendo cómo eran las dos y cómo siempre querían controlar todos los cotilleos y asuntos de la casa.

Megan se acercó y con un tono bajo para que solo ella la escuchara le dijo:

—¿Qué te preocupa?

—Me parece extraño que no hayan aparecido ni Meud ni su hija.

Megan asintió, dando a entender que a ella también le parecía peculiar.

Cuando el hombre acabó de atender a la joven en la cama, guardó sus utensilios en el maletín y se incorporó.

—¿Se pondrá bien? — Ronalee se acercó a su hija y la miró con lástima.

—Se recuperará, tiene una leve fractura en la cabeza y se ha roto la tibia. Aunque ha tenido

suerte y solo ha sido una fractura, no múltiple como yo esperaba dado el estado de la situación.

—Pero no se despierta—su madre estaba muy preocupada, se secó las lágrimas que le rodaban por las mejillas con un pañuelo.

—Es por la contusión, dele tiempo, Ronalee.

—Está bien, doctor Henry.

Taylor le acercó una silla a Ronalee para que se sentara.

—¿Puede acompañarme un momento, doctor?

—Por supuesto, señorita.

—Ven con nosotros, Megan.

Dejaron a Ronalee cuidando de su hija y los tres salieron al pasillo. Antes de hablar, Taylor se aseguró de que nadie los estuviera escuchando.

—¿Le ocurre algo, señorita Warmwood? ¿Algún problema de salud?

—Estoy bien, solo quiero saber su opinión sobre un tema.

Megan escuchaba atentamente y dedujo por dónde iba su enamorada.

—¿Cómo cree que Alice ha caído por las escaleras?

—Bueno, con las lesiones que tiene, supongo que debía de estar yendo con prisa. Una caída normal no suele provocar una fractura en la pierna.

—Y si alguien la hubiese empujado, ¿tendría esas fracturas?

El médico se quedó pensativo, frunciendo el ceño y marcando las arrugas en su frente.

En ese momento, Taylor se quedó pensando en el doctor y en cómo los años habían dejado huella en su rostro. Recordaba sus primeras visitas cuando ella era pequeña y cómo él siempre la atendía con una sonrisa. El paso del tiempo no había sido fácil para nadie y ya se le notaban las entradas de la edad en su cabello.

—Debo decir que no me gusta pensar mal de las personas, pero probablemente sí, señorita.

—Está bien, doctor. Gracias por su ayuda. ¿Cuánto le debo?

—No se preocupe por el dinero, su tío me ha pagado cuando me ha venido a buscar.

—Oh, me alegro mucho.

—Otra cosa, señorita Warmwood. Cuando Alice despierte, deberían trasladarla a su casa. Un ambiente acogedor ayudará a su recuperación. Dígale a su madre que mañana pasaré a verla.

—Cuenta con ello y muchísimas gracias por todo.

Las dos chicas se despidieron del hombre. Cuando él bajó por la escalera y se escuchó el portazo de la entrada, se miraron. Taylor estaba enfadada, sus facciones lo mostraban claramente. Desde sus ojos de tonalidad casi lila hasta sus labios tensos que formaban finas líneas.

—Esto ya pasa de castaño oscuro.

—Entiendo que estés enfadada, pero solo son conjeturas.

—Estoy bastante segura de que esa malnacida la ha empujado por las escaleras, y todo por un hombre.

—Tranquilízate, Taylor. No sabemos nada. No podremos preguntar hasta que Alice despierte.

—Lo sé—la chica suspiró y se pasó la mano por la cabellera rubia—. Solo nos queda esperar.

Las dos entraron en la habitación donde el ama de llaves estaba sentada junto a su hija, sosteniéndole la mano.

—¿Han averiguado algo? —preguntó mirándolas en cuanto entraron en la habitación.

—No, el médico nos ha dicho que cuando despierte es mejor que descansa en su cama y que mañana pasará a verla.

—Está bien—volvió a centrar su atención en su hija.

—¿Quieres algo, Ronalee? ¿Agua o algo de comer?

—No, pero gracias, señorita Lovelace.

Las tres mujeres se quedaron esperando a que Alice despertara de la conmoción. Los minutos pasaban y la luz del sol se volvía cada vez más débil y distante. Las tres estaban perdidas en sus pensamientos cuando oyeron ruidos en el piso inferior y luego pisadas en los escalones de madera. Hasta que la puerta se abrió y dos personas entraron en la habitación.

Jacob tenía el rostro pálido y, en dos zancadas, llegó a la cama para ver a su amada profundamente dormida. Se arrodilló al pie de la cama y tomó su mano para llevarla a sus labios. La mano de Alice terminó empapada debido a las lágrimas que corrían por las mejillas del joven.

—Hemos venido lo más rápido que hemos podido. Jacob estaba trabajando al otro lado del pueblo—dijo John mirando a su sobrina—. ¿Cómo se encuentra?

—Según el doctor Henry, parece peor de lo que es. Solo tiene una contusión en la cabeza y una fractura en la pierna.

—Menos mal. Cuando llegamos, temía lo peor.

—Yo también. Había tanta sangre—Taylor miró sus manos, donde aún quedaban rastros de sangre debajo de las uñas. Se había lavado las manos, pero no a fondo debido a la prisa.

—Me alegro de que esté bien—Jacob se levantó del suelo y habló con voz ronca.

Ronalee se acercó al joven y le puso la mano en el hombro; él la envolvió con la suya.

—Pero ¿qué ha pasado? El señor Ravenhill solo me ha dicho que se ha caído por las escaleras.

—Y así es, solo sabemos eso por ahora. Tenemos que esperar a que Alice despierte—dijo Megan tranquilamente.

Jacob se acercó a su amada inconsciente y le dio un beso en la frente.

—¿Qué haces besando a la lisiada! —exclamó Roxanne de repente.

Entró en la habitación como un vendaval y su madre la sujetó de la muñeca para que no avanzara más.

—¡Tú! —dijo Ronalee enfadada—. Tú le has hecho esto a mi hija—la señaló con el dedo.

Jacob sostuvo a la mujer para que no se acercara a Roxanne, como evidenciaban sus movimientos y sus ojos coléricos llenos de rabia.

Roxanne se detuvo en seco y miró a Alice, que yacía en la cama ajena a lo que sucedía a su alrededor.

—No pretendía empujarla.

—Pero lo has hecho—dijo Taylor en tono duro y cortante.

Era el momento de sacar su carácter y demostrar que ella era la señora de la casa.

Roxanne no respondió y se quedó inmóvil, mirando al suelo. Su madre la soltó.

—¿Qué ha pasado, Roxanne?

—Alice estaba hablando de que había quedado con Jacob mañana en su día libre. Que irían al pueblo de al lado para pasear por el lago. Estaba tan celosa y enfadada con ella...

—Que la empujaste y precisamente cuando estaba en las escaleras—acabó la frase su señora con un tono frío mostrando un temple de hielo.

Roxanne no respondió, y el silencio habló por ella.

—Estoy muy cansada—Taylor miró duramente a la muchacha—. No es la primera vez que os peleáis, y siempre es por tu comportamiento. Y ahora... le has roto una pierna a Alice.

—Lo siento, yo no quería—la criada empezó a sollozar y posó su mirada en Alice, comenzando a llorar.

—No me valen las disculpas, ella está en cama.

—¿Puedo decir algo, señorita? —Jacob intervino con el semblante impasible.

—Por supuesto.

—Roxanne, hemos tenido esta conversación hace mucho tiempo. No te quiero, no quiero tener absolutamente nada contigo. No quería llegar a este punto de enfadarme, pero ya es más que suficiente. No deseo que me acoses, ni siquiera quiero escuchar tu voz. Quiero que te olvides completamente de mí y de mi futura esposa.

Taylor vio cómo el puño del joven se abría y cerraba mientras pronunciaba esas palabras. Sabía que no quería hacer daño a la joven, pero también sabía que era la única solución a todo ese drama.

Ronalee abrió mucho los ojos mientras las lágrimas de Roxanne aumentaban. Sus lágrimas ahogaban sus balbuceos mientras miraba a Jacob, pero este se dio la vuelta, ignorándola. La criada miró de nuevo a Alice y se cubrió la cara con las palmas de las manos.

—Yo... yo la quiero—dijo entre sus dedos.

Todos miraron a Roxanne, incluso su madre, que abrió la boca con sorpresa y la miró como si no creyera lo que acababa de oír.

—Pensaba que, si alejaba a Jacob de Alice, ella se fijaría en mí—miró a Taylor con los ojos enrojecidos—. Pero le he hecho daño a la persona que me importa.

Taylor se acercó a Roxanne y, por primera vez en su vida, sintió lástima por ella.

—El amor es complicado. A veces, tenemos que dejar ir a las personas que amamos para que puedan ser felices. Algún día encontrarás tu propia felicidad—la abrazó con fuerza, sintiendo cómo el cuerpo de la joven temblaba bajo el suyo.

—Gracias, señora, pero debo irme de esta casa.

Taylor asintió, entendiendo la situación.

Roxanne se dio la vuelta, dispuesta a marcharse de la casa para no volver nunca más. Su madre la siguió, dispuesta a apoyar a su hija, porque el amor de una madre era comprensivo y dulce.

—¿Roxanne? —dijo Alice confundida.

Todos miraron a Alice, que se había incorporado en la cama. La aludida se dio la vuelta en el marco de la puerta, mirando a Alice con expresión de dolor en los ojos, pero se fue sin decir nada.

Ronalee corrió a abrazar a su hija, mientras Jacob calmaba su fuego interno y miraba a su amada, sonriendo.

—Me alegro de que hayas despertado, tesoro. Si te llega a pasar algo...—dijo la mujer, llorando a lágrima viva, sobre el regazo de su hija.

Taylor se acercó a Jacob y, captando su atención, le dijo:

—Siento que esto haya ocurrido.

Jacob no dijo nada, pero le cogió la mano y se la besó como símbolo de aprecio.

—Espero que me invites a tu boda—dijo ella en un susurro y le guiñó un ojo, intentando romper el silencio.

Jacob soltó una breve carcajada.

—Por supuesto.

Se acercó a Alice y le cogió la mano.

—Yo debería irme—dijo el tío de Taylor.

Los presentes se voltearon para mirarlo. Todos habían olvidado su existencia.

—Te acompañamos hasta la puerta.

Las dos muchachas y el hombre bajaron al salón. John cogió el prototipo envuelto y los dibujos

de Taylor, que se habían quedado allí debido al incidente. Los tres fueron hacia la entrada principal para despedirse.

—Pronto volverán a tener noticias mías.

—Hablaré con mi padre, señor Ravenhill.

—Ahora que vamos a ser socios, puedes llamarme John—le sonrió y se puso el pesado abrigo de paño.

—Hasta la próxima. Saluda a mi tía y a mi primo de mi parte.

—Por supuesto, y espero que la próxima vez no haya tanto drama.

Con estas últimas palabras, bajó del porche, cruzó el camino de tierra hasta la verja de acero de la casa y salió de la mansión Warmwood.

—Estoy triste—le dijo Taylor a Megan, apoyando su cabeza en su hombro.

—Yo también. A veces, el amor puede ser tan doloroso—Megan cogió la mano de Taylor y entrelazó sus dedos con los suyos.

—Soy afortunada de encontrarte y de que me aceptes.

Megan sonrió y giró la cabeza para darle un beso en el pelo.

—Y no pienso dejarte escapar, mi amor.

Capítulo 20

Entre telas y llantos

I won't let nobody hurt you.

Won't let no one break your heart

Taylor se sentía abrumada, sus nervios florecían en su estómago mientras su boca se secaba por la expectación. Tragó saliva con fuerza, aferrándose al brazo de Megan para evitar caer presa de los nervios. Ambas se encontraban frente a la imponente fábrica de su familia. Suspiró, intentando calmar su espíritu mientras esperaban a su tío y al padre de Megan.

Observó a su pareja, quien lucía igual de inquieta. Llevaba una falda oscura de lana hasta los pies y un jersey a juego en color beige, con una bufanda naranja rodeando su cuello. El frío del día era tangible, por eso Taylor llevaba medias gruesas debajo de su vestido invernal de color verde musgo, completando su atuendo con una elegante capa.

La llegada de un carruaje que se detuvo frente al edificio hizo que Megan se agitara a su lado. La puerta se abrió antes de que el cochero descendiera de su asiento, revelando a un hombre que salió del vehículo.

—Padre —dijo su compañera mientras salía a su encuentro.

El hombre la abrazó con fuerza, y por un instante el mundo se detuvo en ese abrazo. Era un maravilloso reencuentro entre dos personas que se amaban a pesar de no compartir la misma sangre, y aquel momento conmovió el corazón de Taylor.

—Tenía tantas ganas de verte —dijo su padre, depositando un beso en su frente.

—¿Cómo está mi madre? ¿Y Lewis? —preguntó, escudriñando la mirada de su padre.

—Están genial, tu madre ha querido acompañarnos —respondió él, extendiendo la mano hacia el carruaje desde donde descendió una mujer.

Megan corrió hacia su madre, quien la recibió con una sonrisa y ambas se abrazaron, meciendo sus cuerpos en un compás de alegría.

El padre de Megan se acercó a Taylor mientras su esposa y su hija conversaban efusivamente.

—Señorita Warmwood —le tendió la mano e hizo ademán de besarla—. He oído mucho sobre usted. Soy Lewis Lovelace senior.

Se quitó el sombrero que cubría su cabeza, revelando unas facciones que dejaron a Taylor perpleja. Era un hombre atractivo, con el pelo negro salpicado de canas que lo hacían aún más varonil. Su expresión era gentil y amable, y sus ojos avellana brillaban con alegría.

—Encantada de conocerlo, tiene una hija espléndida —respondió Taylor, sintiendo un caluroso agradecimiento por sus palabras.

El hombre sonrió y ambos dirigieron su atención hacia Megan, quien se acercaba de la mano de su madre.

—Taylor, esta es mi madre, Viola Lovelace.

—Encantada —bajó la cabeza en señal de respeto, al igual que Taylor.

La madre de Megan llevaba el pelo oscuro recogido en un moño bajo y vestía un elegante vestido borgoña que resaltaba su piel pálida como la luna. Era tan hermosa como su marido.

—En tus cartas me habías dicho que era hermosa, pero no tanto —dijo Viola a su hija, provocando que Megan se sonrojara.

Taylor sonrió ante el rubor de Megan, prometiéndose a sí misma agradecerle esas palabras con un beso más tarde.

—Hace frío, creo que lo mejor sería entrar en la fábrica, ¿no cree, señorita Warmwood?

—Lo creo, pero por favor llámame Taylor. Si vamos a ser socios, creo que es mejor que me trate por mi nombre.

Lewis sonrió y siguió a la joven hasta la puerta del edificio, mientras Megan caminaba al lado de su madre, conversando en voz baja.

—Mi tío John Ravenhill se encuentra dentro. Él es quien ha estado llevando la fábrica desde la muerte de mi padre.

—Lamento su pérdida, así como la de su madre.

—Gracias —Taylor empujó la puerta y todos entraron.

Al abrir la boca, se sorprendió por lo que vio. Era la primera vez que ingresaba a aquel edificio y

jamás imaginó que estaría tan lleno de gente.

Había varias mesas repletas de telas de diferentes colores, con varios grupos de mujeres cortando y enrollando los tejidos para luego apilarlos. Al fondo, había hombres junto a una enorme máquina que producía un estruendo ensordecedor. Al final de la máquina, salían las telas, y ahí era donde las mujeres las recogían y las depositaban sobre las mesas.

En ese momento, los trabajadores repararon en ellos, y una mujer dejó de cortar una tela azul para acercarse a Taylor.

—Señorita Taylor, ¿es usted?

Ella se sentía confundida, pero sonrió y asintió.

—Me alegra tanto volver a verla. Supongo que no me recuerda.

Otra mujer se aproximó a ella y le dedicó una sonrisa.

—Señorita Taylor, es un placer volver a verla.

Los trabajadores abandonaron sus puestos y se acercaron a ella, formando un círculo a su alrededor. La saludaban, estrechaban su mano y algunas mujeres incluso le daban abrazos.

—Recuerdo cuando venía aquí de pequeña. Le encantaba jugar con las telas.

—¿Perdón? ¿He estado aquí antes?

Algunos asintieron, sus rostros rebosaban felicidad, como si verla fuera un auténtico regalo.

—Sí, su padre la traía a menudo. Era un placer verla corretear entre las mesas y escuchar sus historias.

Taylor suspiró, y lágrimas comenzaron a empañar sus pestañas.

—Mi padre... ¿Me trajo aquí?

Una mujer tomó su mano, sonriendo mientras lágrimas también aparecían en sus ojos.

—Era una bendición verla, tan pequeña y tan feliz. Con su cabello dorado recogido en lazos y sus vestidos a juego. Muchas de nosotras confeccionábamos sus vestidos, era una alegría para nosotras.

—Yo... no sé qué decir.

—No tiene que decir nada —dijo un hombre—. Nos alegra tenerla de vuelta. Ahora es toda una

mujer y muy hermosa.

Megan se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—¿Ves ahora, Taylor? Siempre has sido querida y amada.

Taylor miró a su amada, quien irradiaba una profunda calidez, como el sol mismo.

John salió de su despacho y Taylor vio a su tío, quien decidió no interponerse y permitir que los trabajadores estuvieran con ella. Agradeció a su tío con la mirada, ya que siempre había temido ese lugar y no estar a la altura de sus padres. Sin embargo, al ver a todas esas personas que la querían y respetaban, se sintió mucho mejor y capaz de lograr cualquier cosa.

—Les traigo algo nuevo, algo que hará que su trabajo sea aún más valioso —declaró con seguridad.

Los trabajadores la miraron expectantes, mientras ella buscaba el apoyo de Megan con la mirada.

—Les presento a Megan Lovelace, una mujer muy cercana a mí —no sabía cómo presentarla—. Ambas hemos diseñado una pieza de lencería femenina que creemos será toda una revolución. Hemos pensado... —se atragantó por los nervios—. Confeccionarla y distribuirla para su venta. Sé que la fábrica se dedica únicamente a vender telas y que puede ser una apuesta arriesgada, pero creo firmemente en nuestra idea.

—Confiábamos en su padre y confiamos en usted —dijo la primera señora que se le había acercado.

Todos los presentes asintieron y expresaron su conformidad.

Taylor los observó a todos, con sus rostros arrugados por la edad y sus pieles curtidas, pero todos le sonreían con alegría, como si fueran capaces de hacer cualquier cosa por ella. Su corazón dio un vuelco de pura emoción mientras las lágrimas de felicidad resbalaban por sus mejillas.

Su tío le sonrió y asintió con la cabeza, ahora la fábrica era suya.

—Señor Lovelace, creo que es hora de hablar de negocios —dijo con una sonrisa.

El padre de Megan asintió, sonriendo, y Taylor se sintió orgullosa de sí misma por dejar atrás sus miedos y comportarse como la digna sucesora de su familia.

La sala de reuniones se convirtió en un lugar de intercambio de ideas y planes mientras Taylor y Megan presentaban su visión para el futuro de la fábrica. Los trabajadores escuchaban atentamente, cada uno aportando su experiencia y opiniones para mejorar el proyecto. La

emoción y la energía positiva llenaban el ambiente, creando una atmósfera de esperanza y determinación.

Taylor se sentía abrumada por el apoyo y la confianza depositada en ella. Era un momento trascendental en su vida, una oportunidad para honrar el legado de sus padres y llevar la empresa familiar hacia nuevos horizontes. Sentía que estaba en el camino correcto, rodeada de personas comprometidas y dispuestas a trabajar juntas para lograr el éxito.

Su tío John, en silencio, pero atento, tomó la palabra. Su voz grave resonó en la sala, transmitiendo sabiduría y experiencia acumuladas a lo largo de los años.

—Taylor, Megan, estoy orgulloso de ustedes. Han demostrado valentía y visión. Nuestra fábrica ha sido un pilar en esta comunidad durante generaciones, y estoy seguro de que, con su liderazgo, seguirá siéndolo en el futuro. Cuentan con todo mi apoyo.

Las palabras de su tío resonaron en el corazón de Taylor, fortaleciendo su determinación y dándole aún más confianza en su capacidad para dirigir la fábrica. Miró a Megan, quien le sonrió con orgullo y admiración. Juntas, estaban listas para enfrentar los desafíos que se avecinaban y convertir su visión en realidad.

Con la reunión llegando a su fin, los trabajadores se despidieron de Taylor y Megan con expresiones de gratitud y entusiasmo. La sala se vació lentamente, dejando a las dos mujeres solas con su tío.

—Sabía que estabas destinada a hacer grandes cosas, Taylor. Tu padre estaría orgulloso —dijo John, colocando una mano reconfortante sobre el hombro de su sobrina.

Taylor asintió, sintiendo la presencia de su padre cerca, guiándola en este nuevo capítulo de su vida. Las lágrimas brotaron nuevamente en sus ojos, pero esta vez eran lágrimas de gratitud y felicidad.

—Gracias, tío. No podría haber llegado hasta aquí sin tu apoyo y el de Megan. Juntos, construiremos un futuro brillante para nuestra fábrica.

Megan se acercó y abrazó a Taylor, formando un abrazo cálido y reconfortante mostrando todo su apoyo.

El camino hacia el éxito no sería fácil, pero Taylor estaba lista para enfrentar los desafíos que vendrían. Con el apoyo de su familia, el amor de Megan y la pasión por su trabajo, sabía que podía superar cualquier obstáculo y hacer que la fábrica prosperara.

Capítulo 21

Cliodna

Does a scorpion sting when fighting back?

They strike to kill, and you know I will

Tras un par de días agitados debido a la ausencia de Alice por su estancia postrada en cama, la mansión Warmwood había experimentado algunos cambios. Taylor había hablado con Roxanne y habían acordado que lo mejor era que dejara su trabajo. Roxanne le había dado una carta de recomendación para futuros empleos y el dinero correspondiente a varios meses de servicio. Meud había decidido acompañar a su hija, por lo que en ese momento la casa necesitaba una nueva cocinera y otra criada. En esos días, nuevas candidatas a cocinera y asistente de Ronalee habían entrado en la casa, decididas a obtener el ansiado trabajo. Taylor debía examinar una a una a las candidatas, lo cual había relegado la tarea de pintar el cuadro de Megan a un segundo plano, lo cual la tenía molesta y frustrada.

Se acercaba el final de octubre y, con él, Megan, la muchacha con sangre de bruja en las venas, sentía que algo malo se cernía sobre ellas. Era como si *el momento*, como lo había llamado la criada, estuviera cerca. Una sensación oscura apretaba sus corazones hasta hacerlos sangrar, como una mancha de alquitrán que se instalaba en su carne y en sus huesos.

Megan se encontraba en su habitación después de un largo día de ayudar a Taylor. Se había convertido en su consejera en la elección de las mujeres que ocuparían los puestos vacantes. Su amada se había quedado sin energía tras un arduo día, por lo que, después de cenar, se había retirado a sus aposentos.

Preocupada por la apariencia fatigada de Taylor, con profundas ojeras que evidenciaban su cansancio, Megan supuso que todo estaba relacionado con el espíritu que rondaba la casa. En algunas noches, podía sentir su presencia, como un manto helado que cubría el aire, una niebla espesa y fantasmagórica.

La idea de esa mujer merodeando por la casa cada noche, esperando el momento oportuno para atacar a Taylor, erizaba los cabellos de Megan. Muchas noches no lograba conciliar el sueño,

atenta a cada sonido que resonaba en la antigua mansión.

Sentada en la cama, sacó de debajo del colchón unas hojas de papel que había encontrado junto a una vieja bolsa de tela raída. Las hojas estaban enrolladas y atadas con un cordel, amarillentas y sucias. La bolsa parecía pesada y emitía un leve tintineo. Deshizo el nudo que la cerraba y metió la mano dentro.

Sus dedos tocaron algo frío y sacó un pequeño objeto de metal, que colocó en su palma y examinó. Era una moneda de plata. Volcó el contenido de la bolsa sobre el colchón, donde aparecieron más monedas. Tomó dos de ellas y las observó detenidamente. En el metal, había letras grabadas que decían "fuil airson fuil" y "gealach". No sabía qué significaban, pero sentía que emanaba un poder latente, como si fueran pequeños corazones palpitantes. Las guardó con sumo cuidado en su envoltorio y dejó la bolsa cerca de ella.

Tomó las hojas con delicadeza y deshizo el nudo que las unía con una fina cuerda, desplegándolas para poder leerlas a la luz de una vela.

La primera hoja estaba fechada en mil cuatrocientos treinta y ocho y describía cómo una mujer de pelo rojo había congelado un lago cercano donde los aldeanos solían abastecerse de agua. Luego, durante el deshielo, aparecieron peces muertos en el agua. Durante todo ese año, no pudieron utilizar el agua del lago, ya que tenía un sabor a sangre.

Megan rezó para que no se tratara del mismo lago al que había ido con Taylor. Una sensación extraña recorrió su nuca al recordar la expresión de horror que había visto en los ojos de su amada en un momento en que pensaba que no la estaba mirando. Sus manos comenzaron a sudar de miedo.

En una carta fechada hacía trescientos años, se mencionaba que había llegado al pueblo una mujer con cabello del color de las llamas del infierno, y desde entonces muchos niños habían desaparecido. La hoja relataba que, después de su partida, habían descubierto una serie de cadáveres de huesos pequeños enterrados en el jardín de su casa. Los habitantes del pueblo comprendieron que se trataba de los niños desaparecidos.

Horrorizada, Megan se llevó las manos a la boca, temblando de miedo. Aquella mujer parecía surgida de una pesadilla o, peor aún, como si hubiera escapado del mismísimo averno.

Otra carta, esta sin fecha, decía lo siguiente.

He seguido a la mujer de pelo rojo hasta los rincones más oscuros del bosque en esta noche de luna llena. Aunque mis instintos me gritan que huya y olvide toda esta historia, no puedo

hacerlo. Sé que esta mujer se llevó a mi hermano hace algunas noches.

En medio del bosque hay un claro donde la luna brilla en todo su esplendor. La mujer se detuvo en el centro y susurró unas palabras mientras sacaba un cuchillo de debajo de su túnica. Con un movimiento rápido, cortó su antebrazo y la oscura sangre se derramó sobre el suelo. Continuó con su cántico y frente a ella surgió una figura hecha de humo y pesadillas, que desapareció ante nuestros ojos.

Regresé a casa lo más rápido que pude, con el miedo aún arraigado en mi cuerpo. Temo que la mujer me encuentre y me mate. No sé qué le habrá sucedido a mi hermano, pero le ruego al Señor que lo tenga en su gloria y lo proteja. Me consume el miedo. Dudo de lo que depara el futuro para mí y mi familia. Sin embargo, tengo un pensamiento que me atormenta: parece que Dios nos ha abandonado y que en este pueblo el diablo se ha encarnado en forma de mujer.

Megan no podía dar crédito a lo que estaba leyendo. Era un monstruo y ella debía detenerlo. Pasó a la siguiente hoja donde solo había escrito unas líneas en un idioma que no entendía.

Feumaidh an spiorad a bhith dùinte, feumaidh luaithre a bhith anns a h-uile dad dona. Bidh a 'ghealach ag òrdachadh mar sin.

Megan supuso que era el mismo idioma que el de las monedas y dejó la hoja junto a la bolsa de tela. Aunque echó un último vistazo a las palabras, debía averiguar qué significaban esas frases en aquella lengua desconocida.

Solo quedaba una hoja fechada hace sólo cien años. Estaba escrita por ambos lados y tenía manchas de tinta, como si alguien hubiera llorado y sus lágrimas hubieran mojado el papel. La chica tragó saliva, seguramente era la hoja que Catherine había leído.

Hace siglos, dos clanes de brujas estaban enfrentados en las antiguas tierras donde la civilización prosperaba en las llanuras de Gales. Por un lado, estaban las Gealach, que vivían en armonía con la naturaleza, los animales y los hombres. Por otro lado, estaban las brujas Fuilghlan, con su culto a los horrores del mundo. Las brujas más poderosas de este aquelarre tenían el pelo rojo, símbolo característico de las llamas del inframundo y su adoración al señor de la oscuridad.

Las brujas Fuilghlan emigraron al Nuevo Mundo bajo otro nombre y aspecto, sembrando la destrucción por donde pasaban. Se convirtieron en la peor plaga que las nuevas tierras habían presenciado. Sedientas de poder, aniquilaron a todos los que se les opusieran. La diosa lunar envió al clan Gealach para eliminar la mancha de sangre que se había creado al otro lado del mundo.

Las brujas que emigraron se llamaron a sí mismas Glowiew, debido a su don de mirada resplandeciente. Tras una ardua búsqueda, encontraron a las mujeres más poderosas del clan rival en la pequeña aldea de Emberville. Cliodna, la bruja de mayor poderío de todo su clan aterrorizaba al pueblo con su poder abrasador, reduciéndolo a cenizas.

Yo, Magnolia, junto con los habitantes del pueblo, capturamos a Cliodna. Mi deseo era llevarla de vuelta a nuestras tierras, donde la diosa lunar podría impartir justicia. Sin embargo, los habitantes del lugar decidieron quemarla viva. Vi cómo su cuerpo ardió junto con otros miembros de su aquelarre. Toda esa sangre mágica, desperdiciada por la ambición y la gloria, quedó manchada de sangre y ceniza.

Cliodna juró venganza junto a su hermana Enya, quien también fue ejecutada. Las llamas consumieron a ambas mujeres, y así el clan Warmwood perdió a su bruja suprema.

Aún resuenan en mi mente las palabras de Cliodna, con sus ojos lilas clavados en mí. "Volveré en otro cuerpo, entregado por una de mis herederas. El color rojo del fuego siempre será nuestro distintivo. Ni la muerte podrá detenerme".

Megan no podía contener las lágrimas. Al igual que ella, Taylor tenía sangre de bruja en sus venas. Al igual que ella, el pasado venía a cobrar lo que una vez se había dicho. Era el futuro recipiente del espíritu de Cliodna, que regresaba del infierno para pisar la tierra nuevamente. Debía detenerla por el bien de su amada y por el bienestar de estos parajes. No podía permitir que Cliodna se levantara una vez más y quemara todo a su paso, como había ocurrido en su hogar años atrás.

Capítulo 22

La última esperanza

Combat, I'm ready for combat

Taylor estaba frente al lienzo a medio acabar mientras Megan se encontraba sentada en una silla, observando el jardín trasero de la casa. La luz de la mañana era perfecta para captar los colores de la escena que la pintora intentaba plasmar. Megan estaba concentrada, tratando de capturar las sensaciones que la naturaleza le regalaba. Desde que había descubierto que tenía un pequeño poder en su interior, había decidido controlarlo por si alguna vez lo necesitaba. Y dado que se sentía conectada de forma mística con la naturaleza, el lugar perfecto para practicar era el exterior de la casa.

Cerró los ojos y se dejó llevar por los sonidos a su alrededor. Escuchó el ruido del viento susurrando cerca del suelo, el baile de las flores que crecían en otoño y se habían abierto con el débil sol, y el dulce cantar de los pájaros posados en las copas de los árboles cercanos. El viento jugueteó bajo su falda, acariciando sus piernas antes de subir y hacer ondear con cariño su melena castaña. Megan sonrió ante aquel encuentro amable con la naturaleza.

De repente, el viento intensificó su fuerza y arrastró a Megan lejos de Taylor. Con un pánico creciente, ella se aferró a la silla, tratando de mantenerse sentada, pero el viento aumentó su virulencia. Fue arrastrada, haciendo que su silla cayera hacia atrás junto con ella. Alarmada, Megan se incorporó rápidamente cuando la corriente de aire cesó. Taylor, preocupada, se levantó y se acercó para ayudarla.

—¡Megan! ¿Estás bien? —preguntó Taylor con angustia.

—Perfectamente —respondió Megan, quitándose el polvo de la falda—. Solo perdí el equilibrio y caí.

—No me des estos sustos, no queremos tener otra persona lesionada en casa —dijo Taylor con alivio.

Megan le sonrió y se sentó en la silla como si nada hubiera pasado. Pero, pese a su aparente calma, estaba inquieta por el extraño comportamiento del viento. Supuso que simplemente estaba

intentando protegerla. La naturaleza conocía la sangre Warmwood que corría por las venas de su amada, una sangre que pertenecía a brujas que habían causado tanto daño en aquellas tierras. La naturaleza no perdonaba. Sin embargo, no sabían que la joven frente a ellas no era malvada, sino que tenía un destino aterrador que debía evitar a toda costa. Sentía la presión en sus hombros, sabiendo que debía enfrentarse a un enemigo que apenas conocía, con el inminente desarrollo de los acontecimientos haciéndole temblar de miedo.

—He terminado —anunció Taylor, asomando su rostro feliz detrás del lienzo.

Megan se levantó, olvidando su angustia, y fue a ver la pintura.

Era ella misma, sentada en el jardín rodeada de flores, con la cabeza inclinada sobre un libro. Un mechón de cabello escapaba de su peinado, y la luz iluminaba un lado de su rostro, resaltando los tonos más claros de su hermosa cabellera castaña. Sus pecas adornaban su piel, pero en lugar de hacerla parecer desafortunada, parecían pequeñas gotas de rocío sobre su cutis. El cuadro irradiaba un amor y un cariño abrumadores. Las lágrimas brotaron de los ojos de Megan, recorriendo sus mejillas hasta perderse en su cuello. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó las lágrimas.

—Es tan hermoso.

—Solo he pintado lo que veo —respondió Taylor, tomando la mano de Megan y apretándola suavemente.

—Desborda tanto amor.

—Bueno, es lo que siento por ti.

—Taylor... —Megan se lanzó a los brazos de su amada y comenzó a llorar con más intensidad.

—Lo colocaré en el salón para que todos puedan apreciar tu belleza —dijo Taylor con cariño.

Megan continuó llorando, conmovida por aquel amor que la llenaba por dentro y le embargaba la mente. Sentía como si estuviera flotando y no había nada más hermoso que esa sensación. Quería detener el tiempo y sumergirse en ese sentimiento eternamente.

—Te quiero —susurró Megan sobre la ropa humedecida de Taylor.

Taylor acarició con ternura el cabello de Megan.

—Como la luna al sol.

Después de ese emotivo momento, Megan y Taylor se miraron profundamente, perdidas en el

amor y la conexión que compartían. La atmósfera estaba cargada de una dulzura que parecía envolverlas por completo.

—Taylor, eres mi mundo —susurró Megan con voz entrecortada por la emoción—. No puedo imaginar mi vida sin ti.

Taylor acarició suavemente el rostro de Megan con el dorso de la mano y sonrió con ternura.

—Y yo no puedo imaginar mi vida sin ti, Megan. Eres mi inspiración, mi fortaleza y mi razón para ser mejor cada día.

En ese momento, sus labios se encontraron en un beso lleno de pasión y entrega. Era como si el mundo a su alrededor se desvaneciera, dejando solo espacio para el amor que compartían. Se abrazaron con fuerza, fundiéndose en un abrazo que expresaba todo lo que no podían poner en palabras.

El tiempo parecía detenerse mientras se perdían en ese momento de intimidad y conexión absoluta. Nada más importaba en ese instante, solo el amor que las unía y el deseo de compartir sus vidas juntas.

Finalmente, se separaron, pero mantuvieron sus frentes juntas, mirándose a los ojos con complicidad y amor.

—Estoy aquí para ti, Taylor en cada paso del camino —declaró Megan con determinación—. Juntas superaremos cualquier obstáculo y enfrentaremos cualquier desafío que se interponga en nuestro camino.

Taylor asintió con gratitud y determinación. Sabía que el futuro no sería fácil, pero con ella a su lado, sentía una confianza inquebrantable.

—Sé que puedo contar contigo. Juntas seremos tan brillantes como las estrellas.



Después de la comida, donde una nueva criada les había servido los platos, las dos jóvenes comieron despacio, en una conversación tranquila y llena de buenas sensaciones. Aunque Megan estaba inquieta y en cada silencio pensaba en que debía hablar con Ronalee inmediatamente.

Tras la comida, se dirigieron a la salita donde descansaron. Megan continuó con su libro

mientras Taylor se sentó en el banco del piano y tocó una melodía suave. En ese momento, Ronalee apareció en el salón, luciendo su característico peinado recogido y el uniforme negro con el mandil blanco.

—Señora Taylor, me gustaría decirle que el mes de luto ya ha pasado —dijo Ronalee.

Taylor detuvo sus dedos sobre el marfil de las teclas y miró a Ronalee con una mirada sombría.

—Entiendo, es hora de iluminar la casa.

—Así es, señora. Nosotras nos encargaremos de retirarlo todo.

—Muy bien, Ronalee. ¿Cómo se encuentra Alice?

—Está mejor de ánimo. Además, el médico le ha dado unas pastillas para el dolor, así que puede descansar mejor.

—Me alegro mucho —Megan sonrió a la mujer.

—Lo malo es que a lo mejor le queda renguera.

—Aunque sea así, seguirá teniendo trabajo en esta casa —dijo Taylor con una sonrisa.

Ronalee asintió complacida y feliz.

—Vamos a empezar a retirar las telas negras del salón de baile.

La criada salió de la habitación con paso seguro. Taylor se volvió hacia el piano, pero no tocó nada, se quedó con la mirada ida mirando por la ventana. Megan se acercó a su amada y le dio un abrazo por detrás. Besó la coronilla de Taylor y esta le cogió las manos con fuerza.

—Gracias por estar aquí.

—Sé que eres reservada con tus sentimientos, pero siempre que necesites un abrazo estaré aquí para dártelo.

Las dos chicas se quedaron abrazadas durante un rato, mientras el sol de la tarde se colaba por la ventana, iluminando sus pieles como el sol y la luna.



Megan se separó de Taylor para hablar con Ronalee. Encontró a la criada en el salón de baile

junto a la nueva empleada. Ya habían terminado de quitar todas las telas que cubrían la sala y las estaban doblando para guardarlas.

—Ronalee, perdona que te moleste, pero ¿podemos hablar un momento?

—Por supuesto, señorita.

Caminaron por el pasillo hasta la puerta que daba al jardín trasero y la cruzaron para sentarse en la mesa del porche. Era el lugar más privado de la casa en ese instante.

—He leído las cartas, aún estoy impactada por el contenido.

—Me pasó lo mismo cuando la antigua señora me lo contó. Es nuestra última oportunidad para liberarnos del mal, como hizo su antepasada.

—Lo sé, pero no sé cómo.

—La anterior señora se puso en contacto con usted porque sabía que era nuestra última esperanza.

—¿Me estás diciendo que en realidad mi llegada a esta casa era por el destino de Taylor y no para enseñarle lo que me pidió Catherine?

Ronalee asintió.

—Es más, llegado el momento me pidió que le contara algo. Prepárese, señorita, porque no es agradable lo que debo contarle.

—Haré lo que pueda.

—Sé quién mató a sus padres —dijo en un susurro audible, expulsando todo el aire de sus pulmones.

—Cliona.

—Así es, pero sé cómo ocurrió.

—Cuéntamelo todo, por favor.

Había llegado el momento que tanto había esperado durante años. Un nudo de dolor y agonía se instaló en la boca de su estómago, pero debía ser fuerte y escuchar todo lo que tenía que decirle la criada, por muy doloroso que pudiera ser.

—Aquella noche, usted no lo sabe, pero había un eclipse de luna. Yo estaba en esta casa porque

la señorita Taylor se encontraba enferma. Fue la primera vez que cayó enferma; siempre había sido una niña alegre y con una salud de hierro hasta ese día. La luna se volvió de color rojo aquella noche, como si estuviera reclamando sangre. Entonces, la señora Catherine y yo nos dedicamos a contemplarla un momento, absortas ante aquella imagen tan extraña. No nos dimos cuenta de cómo la señorita salió de la cama y de la casa. Vagó hasta el bosque y lo cruzó. Estaba nevando y hacía mucho frío, pero aun así lo atravesó sin dudar. Hasta que vimos desde la mansión cómo salía humo a través de los árboles. Salimos de la casa para ver qué pasaba. Entonces nos encontramos a una niña pequeña, saliendo del bosque en camisón y con los pies descalzos. Tenía el pelo rojo y los ojos lilas, pero lo peor era la sonrisa cruel que llevaba en los labios. Se parecía muchísimo a nuestra pequeña Taylor, pero ella estaba en cama. O eso creíamos.

Megan tragó saliva.

—La niña se desmayó en el suelo. El color rojo de su pelo comenzó a desaparecer, tornándose de un rubio blanquecino. Era nuestra Taylor. Y cuando volvió a su estado normal, oímos una risa fría y gélida. De su cuerpo salió una nube negra que se perdió en el cielo de la noche. Yo miré al cielo horrorizada y vi cómo la luna era blanca de nuevo.

—Me estás diciendo que Taylor mató a mis padres.

—Sí, aunque no era ella. El espíritu de la bruja poseyó su frágil cuerpo.

Megan estaba sorprendida, su cuerpo empezó a temblar y lágrimas de rabia salieron de sus ojos.

—Lo siento mucho, señorita.

—Me da rabia que haya usado a una niña pequeña para hacer algo tan horrible —cogió la falda de su vestido y la apretó con fuerza.

—Y lo peor aún está por llegar. En la noche de las brujas habrá otro eclipse de sangre, por lo que su espíritu volverá a repetir lo que tenía pensado aquella noche.

—Volver de entre los muertos... ¿Cómo lo sabes?

—Llevo muchos años al servicio de esta casa y mi familia también tiene cualidades extrasensoriales. Algo me lo dice en los huesos.

Asintió, intentando encajar las piezas en su cabeza.

—Nosotras hemos protegido a Taylor todo lo que hemos podido. Le dábamos una pastilla que la dejaba sedada por las noches para que el espíritu no pudiera poseerla, pero ahora me temo que

están dejando de tener efecto.

—Debe ser porque se acerca la luna de sangre.

—Me temo que sí. Eso pensaba la señora. Me dijo que en las cartas estaba la forma de detener a Cliodna.

—No lo sé. No he visto nada distintivo. Solo unas palabras en un idioma extraño y unas monedas.

—Los sellos. Se supone que con eso se puede destruir al espíritu.

—Es nuestra última esperanza —Ronalee, desesperada, le cogió la mano a Megan—. Quiero a Taylor como si fuera mi hija —dijo, llorando.

—Yo también la quiero.

—Su madre se volvió loca cuando se dio cuenta de que la maldición de la familia había caído en su única hija. Siempre había pensado que sería ella por tener el pelo rojizo, nunca su criatura pequeña y bondadosa.

Megan se aclaró los ojos, quitándose las lágrimas. Cogió las manos de Ronalee y las apretó con fuerza. Por fin tenía la respuesta que había buscado desde que era pequeña, pero le había partido el corazón de una forma inimaginable.

—La señorita no puede saberlo. Yo la ayudaré esa noche. Es mejor que se mantenga al margen hasta que todo pase. Halloween se acerca con sus horrores.

—Está bien, Ronalee. Si me permites, necesito un momento para pensar.

—Por supuesto, siento mucho atormentarla con recuerdos tan oscuros de su vida.

La criada se levantó y entró en la casa. Megan se levantó de la silla de madera y bajó del porche. Caminó por el césped hasta llegar a los parterres de flores. Se quedó ahí de pie, contemplando los colores vivos de algunas de las plantas.

Taylor había matado a sus padres. Aunque no hubiese sido ella, ese hecho le dolía. No le apetecía nada volver a su lado y estar rodeada por sus brazos. Se llevó las manos a la cara y se agachó, quedando cerca del suelo, llorando amargamente. Su corazón le decía que debía perdonar a la mujer que amaba, pero su cerebro más lógico y racional le decía que eran enemigas por naturaleza. Pero esa era una guerra en la que hacía pocos días que sabía que existía, mientras el calor de su corazón se había fraguado mucho antes. Todo acabaría y ella podría olvidarse de su

sangre y todo lo que conllevaba. Incluso podría irse con Taylor a un sitio nuevo y empezar una vida lejos de todo lo que estaba en Emberville.

Debía salvar a Taylor y perdonarla, porque ella solo era la gran víctima de toda esta guerra centenaria, siendo incapaz de controlar su propio destino y su vida. Así que Megan se levantó, dispuesta a encontrar cualquier pista en aquellas cartas y poder detener a Cliodna de una vez por todas.

Capítulo 23

La hora de las brujas

I gave my blood, sweat, and tears for this

Megan se encontraba absorta en sus múltiples pensamientos mientras miraba por la ventana de su habitación. Las nubes ocultaban la luna, haciendo que la noche pareciera más oscura y amenazante de lo que le habría gustado. Entre sus dedos, movía las monedas de plata mientras recitaba en voz baja las palabras necesarias para destruir los sellos del mal.

Sentía en lo más profundo de sus huesos que la hora se acercaba, que esa noche todo acabaría, para bien o para mal, y el círculo vicioso en el que había sido arrastrada se detendría para siempre. Respiró hondo, tratando de llenar sus pulmones de valentía, y se apartó de la ventana. Debía dirigirse a la habitación de Taylor.

Con pasos inseguros, cerró la puerta de su dormitorio y se dirigió hacia la habitación de su amada. Metió las monedas en el bolsillo de su falda y abrió la puerta.

La lámpara estaba encendida mientras Ronalee estaba sentada junto a la cama de su señora, la cual dormía ajena a todo lo que iba a suceder.

No estaba segura de lo que debía hacer, pero se había jurado a sí misma que destruiría a Cliodna para detener lo que sus antepasadas habían comenzado. Debían esperar la aparición del espíritu para rodearlo con las monedas mientras recitaba las palabras del hechizo. Había buscado en un diccionario que encontró junto a las cartas el significado de las palabras y había deducido que era una especie de conjuro en gaélico. Palpó las monedas, las cuales estaban calientes al contacto, como si supieran que el momento estaba cerca.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó a la criada.

—Sedada, le he dado la píldora. Espero que se mantenga así.

—Esperemos.

Miró por última vez a su amada mientras se acercaba a su cama. Observó su rostro dormido, sus pestañas doradas descansando sobre sus párpados cerrados, su cabello que se derramaba sobre la

almohada y sus labios entreabiertos dejando escapar el aire. Se acercó a su frente y le dio un beso. Su frente estaba caliente, algo extraño, ya que su cuerpo apenas se calentaba. Colocó su mano delicadamente sobre la mejilla de Taylor, frunciendo el ceño. En ese momento, el reloj dio la medianoche y las campanas del reloj de pie en el salón sonaron por toda la casa, como si estuvieran anunciando algo.

Los cuervos posados en las ramas de los árboles cercanos comenzaron a graznar y las llamas de la chimenea aumentaron su fuerza, lanzando trozos de madera quemada hacia el aire.

—¿Qué ocurre? —dijo Ronalee asustada.

Megan notó entonces que alguien le agarraba la muñeca. Vio a Taylor abrir los ojos, su iris completamente lila mientras una sonrisa cruel se dibujaba en sus labios.

—Taylor... —dijo sorprendida, mientras el agarre sobre su piel se intensificaba.

—No, escurridiza Glowiev —su voz sonaba más fría, como si viniera de un pozo—. Llámame Clidna.

Horrorizada, Megan observó cómo el cabello rubio de su amada comenzaba a volverse rojizo y cómo se levantaba de la cama mientras la sujetaba.

Ronalee gritó de agonía mientras se lanzaba entre las dos y conseguía que el cuerpo de Taylor la soltara. Ella cayó al suelo, pero Megan vio cómo la bruja que habitaba el cuerpo de su amada levantaba a la criada del suelo y la asfixiaba con sus manos.

El cuerpo de Ronalee cayó sin vida sobre el colchón.

—Eres un monstruo —gritó Megan entre lágrimas—. Devuélveme a Taylor.

—Nunca, he esperado tantos años para despertar de mi profundo sueño. Once años dentro del cuerpo de esta niña, alimentándome de su fuerza vital, mientras mi hermana os hacía la vida imposible y era tu cebo —sonrió con maldad.

La miró y vio el poder de las llamas reflejado en sus ojos.

—Enya —dijo sonriendo.

En el umbral de la puerta apareció un espíritu vestido con una capa negra. Se quitó la capucha y Megan vio a una mujer joven de su misma edad, con el cabello negro y ojos azules fríos como el hielo.

—Hermana —su voz era gélida como la nieve.

—Sois dos, pensaba... pensaba que tú eras Cliodna —dijo con voz temblorosa al ver a Enya.

Enya rio con una risa estridente y fría.

—Me he divertido mucho torturando a Taylor por las noches.

—Ahora, mátala —dijo su hermana—. A ver si eres más útil ahora que en vida.

—¡No! No permitiré que escapes.

—Cuando el eclipse termine, me quedaré en este cuerpo para siempre.

—¡Jamás!

—Deberías verte la cara —se rio con sorna—. He estado dentro de ella durante once años, susurrándole al oído y guiándola hacia donde quería que fuera, haciendo que sus pesadillas se volvieran reales. La pobre pensaba que se estaba volviendo loca, pero ahora, finalmente, este cuerpo será mío.

Llena de rabia, Megan invocó el poder del viento, que la envolvió como un tornado. Las ventanas se abrieron y el aire recorrió toda la habitación, rodeándola como un manto. Apuntó hacia el cuerpo de Taylor y el viento la levantó, dirigiéndola hacia la ventana. Quería que quedara atrapada contra la pared, pero no controlaba completamente su fuerza y Cliodna salió volando por la ventana.

Escuchó el sonido de su cuerpo al caer al suelo y deseó con todas sus fuerzas que estuviera bien, porque no quería hacerle daño a Taylor.

—Estúpida bruja —oyó gritar a Cliodna—. Ahora puedo dirigirme al pueblo. Mátala, hermana.

Enya no dudó y lanzó cristales de hielo desde sus manos, directos hacia Megan. Pero ella los detuvo con el aire que la rodeaba. Aun así, la bruja se acercaba decidida, no pensaba dejarla escapar.

Megan sacó los sellos de su bolsillo, los cuales comenzaron a brillar. Los lanzó hacia donde estaba Enya, y esta se detuvo como si las monedas formaran una barrera a su alrededor.

—Feumaidh an spiorad a bhith dùinte, feumaidh luaithre a bhith anns a h-uile dad dona. Bidh a' ghealach ag òrdachadh mar sin —comenzó a recitar sin detenerse, había memorizado el hechizo.

Las monedas brillaron y la bruja comenzó a disolverse, gritando de dolor. Megan se permitió sonreír mientras Enya se desvanecía en la nada.

Entonces, las llamas de la chimenea crepitaron con fuerza y las llamas salieron de su lugar, creciendo como serpientes hacia el suelo de madera. Cliodna reía desde abajo mientras escapaba de las llamas.

Las llamas aumentaron de forma violenta mientras Megan se arrodillaba y comenzaba a recoger las monedas. El fuego alcanzó algunas de ellas y no pudo recuperarlas. Se maldijo a sí misma mientras tosía por el humo tóxico que emanaba de la madera en llamas. Sus ojos le escocían mientras el gas venenoso se infiltraba en sus pulmones.

La vista comenzó a emborronarse mientras sentía el calor de las llamas en su piel. Estaba rodeada por el poder de Cliodna mientras tosía con más fuerza.

—Ven, Megan —dijo una voz detrás de las llamas.

Ella levantó la mirada del suelo y vio a Magnolia detrás del círculo rojo que la rodeaba.

—Tienes que escapar, tú puedes, Megan.

Armándose de valor, se levantó del suelo y, usando su poder, abrió un pasaje entre las llamas por un instante. Miró a su ancestro y salió de la habitación, pero las llamas la seguían como si tuvieran vida propia. La casa comenzó a arder detrás de ella, sintiendo cada vez más calor en su espalda.

En el porche de la mansión, observó a Taylor, quien sonreía. No se había movido de allí, su cabello estaba mitad rubio y mitad rojizo. El tiempo se agotaba y Cliodna estaba a punto de poseer completamente el cuerpo de la persona que amaba.

—Pensaba que morirías dentro. Mi hermana siempre ha sido inútil. Tendré que matarte yo misma.

Megan descendió del porche decidida a enfrentarse a la bruja, deseando con todo su corazón que su pareja regresara con ella.

—¡Quiero a Taylor de vuelta! —dijo con furia.

Lanzó nuevamente las monedas, aunque algunas se habían quedado en la casa en llamas. Rezó para que funcionaran a pesar de no tener todas. Junto sus manos en un ruego y comenzó a recitar las palabras del conjuro. Pero una sonrisa que no pertenecía a Taylor apareció en el rostro de la joven, el hechizo no estaba funcionando.

—Has perdido algunos sellos, lástima que tu poder no sea suficiente. Tu brujería débil no te servirá de nada.

El cabello de Taylor solo conservaba las puntas rubias, el resto se había vuelto del color de las llamas.

<<Megan, estamos contigo, no te rindas >>, resonó la voz de Magnolia en su mente. A su lado, el espíritu de Catherine se materializó y agarró su otro brazo, uniendo todas sus fuerzas contra Cliodna.

—¡Taylor! Taylor, si me oyes, repite mis palabras.

Megan volvió a recitar su conjuro, esta vez uniendo su voz a las dos mujeres que la acompañaban. Las llamas de Cliodna comenzaron a retroceder, aunque la casa seguía ardiendo con furia. Pero ellas continuaron su canto hasta que el poder de la malvada bruja se redujo a cenizas.

Abrió los ojos y vio cómo los labios de Cliodna se movían, y de ellos salía la voz de Taylor repitiendo el conjuro junto a ella.

Entonces, el cuerpo de Taylor cayó al suelo y Megan corrió hacia ella. Puso sus manos sobre su corazón y recitó las palabras con determinación. De la boca de Taylor salió un humo oscuro y, al igual que cuando Enya fue aniquilada, un grito desgarrador llenó el aire.

—¿Megan? —dijo Taylor con la voz rota.

Sus ojos volvieron a ser azules como el cielo, sin rastro de lila en su iris, y su cabello era rubio como el sol.

Megan la abrazó fuertemente y la apretó contra su pecho, llorando de felicidad.

—Te amo, mi amor. Por fin todo ha terminado —dijo mientras sus lágrimas empapaban su cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Taylor confundida, sin comprender.

—Es una larga historia, pero por fin estarás bien.

—Mi casa... —Taylor miró horrorizada cómo su casa ardía enfrente de ella.

Con ayuda de Megan, se levantó del suelo y observó con preocupación cómo el techo se desplomaba sobre el segundo piso.

—¿Dónde está Ronalee? —preguntó angustiada al darse cuenta de que la criada no estaba con ellas.

Megan negó con la cabeza.

Taylor se aferró a ella en busca de consuelo mientras veía cómo el fuego consumía su hogar.

—Ánimo, cariño.

Taylor miró hacia donde escuchó la voz y vio el espíritu de su madre frente a ellas.

—¡Mamá! ¿Cómo es posible

—Tenía asuntos pendientes antes de reunirme con tu padre.

—¿Papá también está aquí? —su voz estaba llena de esperanza.

—No, cariño. Él cruzó hace años —sonrió a su hija—. Gracias por protegerla, Megan. Estaré eternamente agradecida.

—De nada, Catherine. Gracias por ayudarme.

Ella sonrió y asintió.

—Cuídense mucho, te quiero, Taylor. Tu padre también te quiere.

Tras esas palabras, el espíritu de Catherine caminó hacia adelante y luego desapareció.

Taylor se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

Magnolia apareció nuevamente frente a las chicas.

—Sabía que lo lograrías, Megan.

—¿Quién es usted? —preguntó Taylor desconcertada.

—Te lo contaré más tarde —dijo Megan al oído de su amada.

—Mi tarea ha terminado, la diosa lunar me reclama —miró al cielo, donde la luna iluminaba con su luz blanca.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó Taylor con incertidumbre.

—Mejor que no. Eso significará que las cosas están bien —dijo Magnolia, mientras su espíritu de bruja Glowiew se disolvía.

Las dos chicas se tomaron de la mano mientras contemplaban cómo la mansión se consumía en llamas. El fuego arrasaba todo a su paso, dejando solo escombros humeantes de lo que alguna vez fue el hogar de Taylor. Pero el fuego no había destruido el vínculo de sus almas, que ahora

se había forjado con el sentimiento más puro y auténtico: el amor verdadero.

Capítulo 24

Las flores del claro

All that you ever wanted from me was sweet nothin'

El sol brillaba en lo más alto de aquel día de primavera, mientras las flores del campo danzaban al compás de la suave brisa que envolvía el claro. Los colores se proyectaban y se mezclaban en un remolino de fantasía.

Taylor se quedó sin aliento al contemplar la majestuosidad de la naturaleza que se abría ante ella como un regalo. Sabía que jamás tendría suficiente tiempo para pintar todo aquello ni todas las otras imágenes que había guardado en su memoria a lo largo de los años.

Cogió su maletín de pinturas y arrastró el caballete sobre la hierba, mientras las briznas verdes le hacían cosquillas en la piel de las piernas, dejando al descubierto su piel con el vestido rosa.

Megan caminaba a su lado, luciendo un vestido similar en color naranja claro. La idea de tener ropa a juego había sacado una gran sonrisa a la rubia. La morena llevaba el pelo suelto, adornado con un lazo, y sostenía una cesta llena de comida para el pícnic que habían decidido organizar. Era su forma de celebrar su primer año en Francia y recordar todo lo bueno que habían vivido juntas desde entonces.

Megan llegó hasta un árbol frondoso que proyectaba una agradable sombra sobre el suelo. Abrió la cesta y sacó un mantel grande a cuadros azules, para que ambas pudieran sentarse y disfrutar de su comida mientras escuchaban el canto de los pájaros.

—Hace un día magnífico —dijo Megan mientras sacaba una botella de agua de la cesta.

—Casi tan magnífico como tú —respondió Taylor, dejando sus cosas.

—Ha sido una genial idea venir a pasar el día aquí.

Siguió sacando los platos, cubiertos y la comida envuelta en papel, mientras Taylor apoyaba el caballete sobre el tronco del árbol y se sentaba.

—Cierto, mi amor. Esta luz es perfecta para pintarte.

Megan sonrió mientras cerraba la cesta, tratando de ocultar la sorpresa que había dejado dentro. Había estado ahorrando dinero para poder comprarle algo que anhelaba regalarle a Taylor.

La rubia se acercó a su compañera y le dio un beso en la mejilla antes de tomar una uva del racimo que reposaba sobre el mantel.

—¿Cuándo te apetece comenzar el cuadro? —preguntó Megan, como si no se hubiera percatado de la uva que tomó.

—A la tarde, prefiero una luz más suave para ti, así resaltará tus hermosas facciones.

Las mejillas de la morena se ruborizaron ante el halago. Después de tanto tiempo, su pareja aún lograba hacerla sonrojar.

—Recuerda que en la posada sirven la cena a las ocho, no quiero llegar tarde —puntualizó Megan.

—No creo que sea un gran problema si te quedas sin cenar, ya que te encanta devorarme.

—¡Taylor! —Megan le dio un pequeño golpe en el brazo mientras buscaba a su alrededor, preocupada de que alguien las hubiera oído.

—No hay nadie —dijo Taylor entre risas.

Megan, aún sonrojada, se abalanzó sobre la rubia para hacerle cosquillas en el abdomen. Taylor no pudo esquivarla y acabó riendo a carcajadas mientras era atacada por los dedos de su novia.

—Vale, me rindo —dijo sin aliento.

Megan se quedó encima de ella y besó dulcemente la punta de su nariz, luego la comisura de sus labios. Taylor rodeó la cadera de Megan y la acercó más a ella, devolviéndole el beso. Al separarse, se miraron a los ojos, admirando el profundo verde que había enamorado a Taylor desde el primer momento en que la vio.

—Te amo, mi sol más radiante.

—Te amo, mi luna de diamante.

Se separaron, pero entrelazaron sus manos mientras Megan se apoyaba en el hombro de su compañera.

Después de dos años, muchas cosas habían cambiado. Se habían trasladado a París después de trabajar un año en las fábricas de sus respectivas familias. Aquel era el lugar al que los padres de

Taylor habían deseado viajar. Taylor le había contado todo sobre el pasado de ambas, y después de muchas dudas, la rubia lo había aceptado. La prueba de que todo había quedado atrás era que los ojos de Taylor habían recuperado el azul del cielo heredado de su padre.

Juntas, habían llevado adelante la asociación de las empresas familiares, dejando a Alice a cargo desde el otro continente. Alice necesitaba el dinero para costear su inminente boda, y Taylor confiaba plenamente en ella.

El sujetador, su mayor invención, se vendía en todas las tiendas de Francia, convirtiendo al país en la capital de la moda. Pronto, todas las mujeres llevarían su creación.

Por otro lado, Taylor disfrutaba de una vida que nunca antes había tenido, liberada de la maldición. Disfrutaba de sus días pintando y paseando por la ciudad, gozando de su salud renovada. Incluso había ganado algo de peso y sus huesos ya no se notaban bajo su pálida piel.

Había aprendido a ignorar a los fantasmas que veía, prefiriendo concentrarse en lo que el mundo de los vivos le ofrecía y dejando atrás el pasado. Había aprendido esa lección para no volverse loca escuchando los murmullos de las almas en pena.

—¿Qué te parece si empezamos a comer? —dijo Taylor, sacándola de sus pensamientos.

—Me parece una idea genial.

Destaparon la comida y comenzaron a servirse en un único plato. Taylor le daba de comer a Megan y viceversa.

Pasaron el rato saboreando la comida y hablando sobre el próximo lugar que iban a visitar. Al día siguiente, planeaban ir a ver el mar, algo que Taylor había deseado durante años.

—Taylor —dijo Megan cuando terminaron de comer.

—Dime, mi amor.

—Eres mi alma gemela y no puedo imaginar una vida lejos de ti.

Ella sonrió y sus ojos azules se iluminaron.

—Mi amor, mi musa. Eres el mejor regalo que la vida me ha dado. Has llenado mi corazón de alegría y solo provocas lágrimas de felicidad en mis ojos.

Megan sacó una pequeña caja que había guardado dentro de la cesta.

Taylor abrió mucho los ojos al ver cómo su novia se arrodillaba y abría la caja. Un anillo dorado

brillaba en su interior.

—Taylor Warmwood, ¿quieres casarte conmigo?

La joven rubia se lanzó sobre ella, rodeando su cuello con los brazos mientras la besaba apasionadamente y lágrimas de felicidad surcaban sus mejillas.

—Espero que eso sea un sí —dijo la morena entre sus labios.

—¡Mi Megan, por supuesto que quiero casarme contigo!

Taylor se separó y su prometida le puso el anillo en el dedo. Una media luna estaba grabada en el anillo.

—Espero que tengas el juego completo —dijo Taylor, sonriendo mientras admiraba el anillo.

Megan sacó una segunda caja de la cesta, mucho más pequeña que la anterior. Sacó otro anillo con un sol grabado en él.

La rubia extendió su mano y el anillo se posó en su palma. Luego, ella hizo lo mismo con su amada, arrodillándose.

—Megan Lovelace, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, quiero.

Taylor adornó el dedo de Megan con el anillo a juego con el suyo.

Ambas se besaron de nuevo, celebrando la alegría de sus corazones.

—Eres mi mejor regalo —susurró Taylor al oído de Megan.

Megan le besó la frente y deseó con todas sus fuerzas un futuro junto a su luna de diamante, siendo bendecidas por las flores de aquel claro.

Mientras Taylor y Megan se abrazaban, celebrando su compromiso y la alegría de su amor, una suave brisa comenzó a soplar a su alrededor. Ambas sintieron una presencia reconfortante, como si alguien las estuviera envolviendo con su amor.

En ese instante, dos figuras etéreas y radiantes emergieron lentamente de entre los árboles. Eran los espíritus de los padres de Taylor, quienes habían partido hace tiempo, pero seguían velando por su hija y su felicidad.

Los espíritus se acercaron a la joven pareja, emanando una luz cálida y amorosa. Sus rostros

reflejaban una serenidad y alegría indescriptibles. Taylor sintió una mezcla de asombro y emoción al ver a sus padres de nuevo, aunque en una forma incorpórea.

—Querida Taylor, estamos aquí para darte nuestra bendición —dijo el espíritu de su madre, con una voz suave y melodiosa.

Llevaba un vestido blanco vaporoso que hacía relucir su brillante y cobriza cabellera entre los rayos de sol.

—Sí, mi querida hija, estamos felices de verte encontrar el amor y la felicidad —añadió el espíritu de su padre, con una sonrisa amorosa en su rostro.

Taylor, emocionada y con los ojos llenos de lágrimas, extendió su mano hacia sus padres, sintiendo una conexión etérea, pero tangible.

—Gracias, mamá y papá, por estar aquí con nosotros —dijo con voz temblorosa cargada de gratitud y amor.

Megan también se unió a ese momento especial, sintiendo la calidez y el amor que irradiaban los espíritus de los padres de Taylor. Se sintió honrada de ser parte de esa bendición y de compartir su vida con su amada.

Los espíritus se acercaron a Megan y colocaron sus manos transparentes sobre las cabezas de ambas mujeres, bendiciéndolas con una energía llena de amor y protección.

—Que vuestra unión esté llena de felicidad, amor y armonía. Que siempre encontréis fuerza y apoyo mutuo en los momentos difíciles. Que vuestro amor brille como una luz eterna en vuestras vidas —pronunciaron los espíritus al unísono, con voces llenas de dulzura y sabiduría.

Taylor y Megan se miraron a los ojos, sintiendo una profunda conexión no solo entre ellas, sino también con los espíritus de aquellos dos amantes que se habían amado hasta los huesos en su vida pasada. Sabían que su amor estaba bendecido y protegido, y que siempre contarían con el amor y su guía.

Con los corazones llenos de gratitud y esperanza, las dos mujeres se abrazaron nuevamente, sintiendo la presencia amorosa de los espíritus que permanecían a su lado. Sabían que su camino estaría lleno de bendiciones y que, juntas, podrían superar cualquier obstáculo que se les presentara.

En aquel claro primaveral, rodeadas de la belleza de la naturaleza y la compañía de los espíritus amados, Taylor y Megan comenzaron a vislumbrar el maravilloso futuro que les esperaba como

esposas y almas gemelas. En cada paso de su camino, siempre llevarían consigo la bendición de sus seres queridos y el amor eterno que se habían jurado.

Capítulo 25

Primer encuentro

You wanting me

Tonight feels impossible

El sol estaba a punto de ocultarse aquel día de otoño. Megan caminaba por la calle de su pequeño pueblo donde se habían trasladado hacía unos meses. Llevaba un canastillo vacío, donde siempre metía su comida cada vez que iba a trabajar.

La pequeña sastrería del pueblo buscaba una costurera y ella se había presentado en la puerta nada más conocer la noticia. La señora que regentaba el negocio le había sonreído y hecho un par de preguntas, después le había indicado que le ayudara con el bajo de un vestido. Al ver sus manos trabajar con tanta eficacia y rapidez la había contratado.

Era su segunda semana de trabajo y estaba tan pletórica como el primer día. Sus ahorros eran para mudarse a París, dado que ya había comprado los anillos de pedida para la boda y solo faltaba poder trasladarse a la ciudad y poder registrarse en la capital como matrimonio.

Ambas habían decidido casarse en secreto dado que no podían ir a ninguna iglesia, dado que su unión era un sacrilegio, pero eso no era algo que les importase. Su amor era más importante que cualquier convicción o religión, era el motor de sus vidas y de sus anhelos.

Se cruzó por la calle con un viejo conocido, un fantasma de un señor que iba a caballo. Le saludó y ella hizo lo mismo, sabía que los fantasmas de aquel lugar conocían de su existencia por eso la saludaban cuando se los cruzaba o alguno se acercaba a ella, solo para darle conversación. Cuando eso pasaba Taylor hacía que hablaba con ella, para que la gente de alrededor no pensase que estaba loca.

Su prometida, estaba cada vez mejor de salud, e incluso había comenzado a dominar su poder sobre el fuego. El cual muchas veces ella combinaba con el suyo propio, lo que hacía que la chimenea de la casa estuviera horas encendida. Era bastante bueno para no tener que encender manualmente la lumbre, ni las velas.

Ella miró su anillo que adornaba su dedo corazón y sonrió, feliz por la vida que tenía ahora y por lo bueno que iba a llegar. Le habían llegado noticias de casa que indicaban que el prototipo cada vez era más aceptado por las mujeres de las aldeas colindantes, lo que indicaba que cada vez era más conocido.

Al torcer la calle llegó hasta sus oídos el sonido de un llanto. Caminó un poco siguiendo aquel sonido y encontró a una niña pequeña en una esquina llorando. Su pelo negro estaba oculto debajo de sus pequeñas manos con las que se rodeaba la cabeza. Ocultaba su cara detrás de las rodillas.

Ella se acercó y se arrodilló hasta ponerse a su altura.

—Hola —dijo Megan en francés.

La niña le miró con sus profundos ojos de color gris y continuó llorando.

—¿Te has perdido? —preguntó de nuevo.

—Mi mamá —dijo la niña balbuceando.

—¿Has perdido a tu mamá?

La niña comenzó a llorar aún más fuerte.

Ella no sabía qué hacer así que la cogió entre sus brazos. No pesaba mucho, suponía que máximo tenía dos años.

—Vamos a buscar a tu madre.

La niña con su pequeña mano cogió la tela de su chal y asintió con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Estée —dijo balbuceando su nombre.

Megan sonrió intentando calmar a la pequeña.

—Seguro que tu madre está preocupada buscándote, no le hagamos esperar.

Ambas recorrieron las calles del pueblo, Megan preguntaba a todas las personas que se cruzaba si conocían a Estée o a una mujer que se le pudiera parecer, pero a nadie le sonaba la niña o su posible madre.

Estée de tanto llorar se quedó dormida sobre su pecho y como comenzaba a oscurecer decidió

volver a casa con Taylor y cenar algo.

Llamó a la puerta y su prometida le abrió la puerta con cara de preocupación.

—Menos mal que has llegado, estaba muy preocupada— la rubia reparó en la niña que llevaba en brazos —. ¿Me has traído una niña?

Megan entró en casa y le tendió la canastilla, para luego ir al sofá y dejar a la dormida Estée.

—Me he encontrado a esta preciosidad llorando en la calle, ha perdido a su madre.

Taylor se acercó a la niña y le rozó el pelo con los dedos.

—Es preciosa, me alegro de que la hayas traído a casa, pobrecita.

Abrazó a Taylor por la espalda y le dio un beso en la mejilla.

—Hemos buscado a su madre, pero nadie sabe quién es.

—Qué lástima, mañana preguntaré por el pueblo. Tú debes ir a trabajar.

—Lo sé, me encantaría acompañarte, mi amor.

Taylor asintió sabiendo cuántas ganas tenía Megan de ayudar.

—Eres tan buena.

La rubia fue hacia la cocina y cogió dos platos con comida que había preparado para la cena. Los dejó sobre la mesa del comedor que había dispuesto para la cena y se sentó. Ella hizo lo mismo.

—¿Y si no encontramos a su madre? —preguntó mirando a la niña.

—Seguro que la encontramos.

Taylor se llevó un trozo de tomate a la boca, el cual había comprado aquella mañana en la plaza del pueblo. Mientras Megan trabajaba ella se dedicaba a las tareas del hogar. En casi el año y medio que llevaban lejos de su casa había aprendido mucho sobre las tareas de limpieza y la cocina.

—¿Cuál es su nombre?

—Estée, al menos ese es el que me ha dicho.

—Es muy bonito, es una pequeña estrella.

—A lo mejor su madre la ha abandonado —dijo la castaña poniéndose en lo peor.

—Puede ser, pero no lo creo. Es una niña preciosa.

En aquel momento Estée abrió los ojos y se sentó en el sofá.

—Mira quien ha despertado —Megan se levantó de la silla para acercarse a la niña—. ¿Tienes hambre?

—Sí —dijo frotándose los ojos.

—Hay un poco de comida que ha sobrado en la sartén, la pondré en un plazo.

Megan la cogió y la sentó en la silla que quedaba libre, puso algunos cojines en el respaldo para que no se cayese y se sentó en su asiento.

—Me llamo Megan —dijo sonriendo.

La niña le sonrió mientras cogía con sus manos el borde de la mesa.

Taylor dejó el nuevo plato justo enfrente de Megan.

—Creo que deberías de cogerla sobre tu regazo, aún es pequeña.

—Tienes razón.

Ella se colocó a Estée sobre las piernas y comenzó a darle de comer.

—Qué bonito pelo —dijo señalando los bucles dorados de Taylor.

—Pero por favor, que adorable—dijo está sonriendo—. ¿Te gusta la comida?

—Si —respondió mientras cogía un trozo de patata y se lo llevaba a la boca.

—No puedo más con esta dulzura.

Megan sonrió viendo la cara de felicidad de su pareja que miraba a la niña embobada.

—Me llamo Taylor, encantada Estée.

La niña alzó la mano y se la llevó a la boca para lanzarle un beso a Taylor.

Ella sonrió mientras ella reía de felicidad.

—Cielo, tengo una muñeca de trapo en mi habitación ¿puedes traerla?

Se levantó mientras ella continuaba dándole de cenar a la pequeña.

—¿De dónde la has sacado?

—La hice con unos retales, por si algún día...

Taylor dejó la muñeca sobre la mesa y miró con cariño a Megan.

—Si no encontramos a su madre, podría quedarse con nosotras ¿te gustaría?

Megan sonrió mientras apretaba con dulzura el antebrazo de Estée.

—Me encantaría, mi sol.

Le tendió la mano en la cual llevaba su anillo de compromiso y Taylor la envolvió con la suya.

Epílogo

Desde Francia con amor

Romance is not dead if you keep it just yours

Queridos tíos:

Megan y yo nos alegramos mucho de recibir noticias vuestras. Aquí en París nos han recibido muy bien. Al principio nos costó adaptarnos un poco, pero todo lo que vale la pena requiere esfuerzo. Megan está trabajando arduamente para introducir el prototipo en la industria de la moda francesa y expandir nuestra fábrica en el mundo de la alta costura. Mientras tanto, yo imparto clases de arte en una prestigiosa academia. He tenido la suerte de contar con alumnos excelentes que me tratan de maravilla y tienen una pasión por el arte sin precedentes. La academia me ha pedido que participe con una de mis obras en una exhibición que se inaugurará en septiembre de este nuevo año. Será el reclamo principal. Ojalá pudierais venir a vernos.

Me ha encantado la foto que nos habéis enviado de la fábrica. Alice está radiante de felicidad con su barriguita abultada. Espero que el bebé sea tan precioso como ella. Megan y ella se cartean mucho sobre el tema de las telas y todo lo relacionado con el negocio. Son un equipo sin igual.

Nos entristece no haber podido asistir a la boda de mi primo, pero esperamos que el regalo que le enviamos llegue pronto. La foto que nos habéis enviado decora el salón junto con las demás. Estamos seguras de que su matrimonio será fructífero y resplandeciente. Estamos esperando tener un hueco libre en nuestros trabajos para regresar a Emberville de vacaciones y que podáis conocer a Estée.

Adjunto una foto reciente de nosotras.

Desde Francia con amor,

Megan, Estée y Taylor.

Taylor colocó la carta y la foto dentro del sobre y, con una de las velas que tenía sobre la mesa,

vertió cera para sellarlo. Un sello con una flor de lis decoraba el lacrado. Escribió la dirección de su familia en el sobre y lo dejó sobre la mesa.

Miró la pared frente a su escritorio, donde colgaba una réplica del cuadro que había pintado para Megan hacía varios años. Le encantaba poder verlo cada vez que levantaba la vista.

Desde su silla, observó a su amada. Estaba sentada en un sillón cerca del ventanal, y los rayos del sol de invierno iluminaban su hermosa cabellera. Estaba absorta en la lectura de un libro y no se dio cuenta de que Taylor la estaba mirando fijamente.

A los pies de Taylor, una niña de unos cinco años jugaba con una muñeca de trapo. Sus rizos negros caían por su espalda mientras movía la muñeca por el suelo. Hablaba sola, contando una historia sobre su juguete. Taylor se levantó y se acercó a su pareja y su hija, a quien habían adoptado en un pequeño pueblo francés después de no encontrar a su madre. Quedaron prendadas de sus manitas y sus hermosos ojos grises.

Taylor se levantó de la silla y tomó a su hija en brazos. Estée no soltó la muñeca y observó a su madre antes de recostar su cabeza en su pecho, escuchando su corazón. A Taylor le encantaba esa muñeca, ya que Megan la había hecho cuando soñaban con formar una familia. Y ella estaba radiante de felicidad porque siempre había deseado tener una familia junto a la persona que su corazón eligiera.

No podría ser más feliz con la vida que tenía. Había superado su enfermedad, que al final resultó ser causada por una bruja malvada, y tenía poderes que podía utilizar para su beneficio. Pero lo que más alegraba su corazón era que el destino la hubiera llevado a Megan. A pesar de que su destino original era ser enemigas acérrimas, solo veía a la mujer que amaba con todo su ser, y eso nunca cambiaría, sin importar cuánto pesara su pasado. Finalmente tenía la vida que siempre había deseado.

—Mamá, ¿podemos ir a ver la nieve mañana? —preguntó su hija en francés, sacándola de sus pensamientos.

—Por supuesto —respondió Taylor, besando la cabeza de su hija de cabello oscuro.

Taylor contempló a su amada y se inclinó para darle un beso en la mejilla. Con su estrella en brazos, disfrutó de la vista de su sol, que con su forma había creado un universo lleno de amor y cariño a su alrededor.

Megan levantó la mirada de su libro y sonrió al ver a Taylor y Estée juntas. Era un cuadro perfecto de amor y felicidad que llenaba su corazón de gratitud. Se puso de pie y se acercó a

ellas, abrazando a ambas con ternura.

—Nuestra pequeña estrella y mi sol radiante —dijo Taylor con cariño.

Estée rio y extendió los brazos hacia Megan. La joven la levantó en el aire y comenzó a hacerle cosquillas, provocando risas contagiosas en la niña. Taylor las observaba con una mirada llena de amor, sintiéndose agradecida por tener a ambas en su vida.

—Creo que ya es hora de prepararnos para la cena —dijo Taylor, rompiendo el momento de alegría.

Megan asintió y bajó a Estée al suelo. La niña corrió hacia su muñeca de trapo y la tomó en brazos, llevándola consigo mientras las tres se dirigían hacia la cocina. Juntas, prepararon la cena y compartieron risas y conversaciones animadas.

Durante la cena, Estée contó emocionada sobre su día en la pequeña guardería de su barriada y cómo había hecho nuevos amigos. Megan y Taylor la escuchaban atentamente, llenas de orgullo por su hija. Era un recordatorio constante de lo afortunadas que se sentían de haber formado una familia.

Después de la cena, Megan llevó a Estée a la cama y le contó un cuento antes de que la pequeña se quedara dormida. Taylor se quedó en el salón, admirando la paz que reinaba en su hogar. Se acercó a la réplica del cuadro que había pintado para Megan y lo acarició suavemente.

—Gracias por haber entrado en mi vida y hacerla tan hermosa —susurró Taylor, mirando la imagen de Megan en el lienzo.

Regresó al dormitorio y encontró a Megan recostada en la cama, mirando hacia el techo con una sonrisa en el rostro.

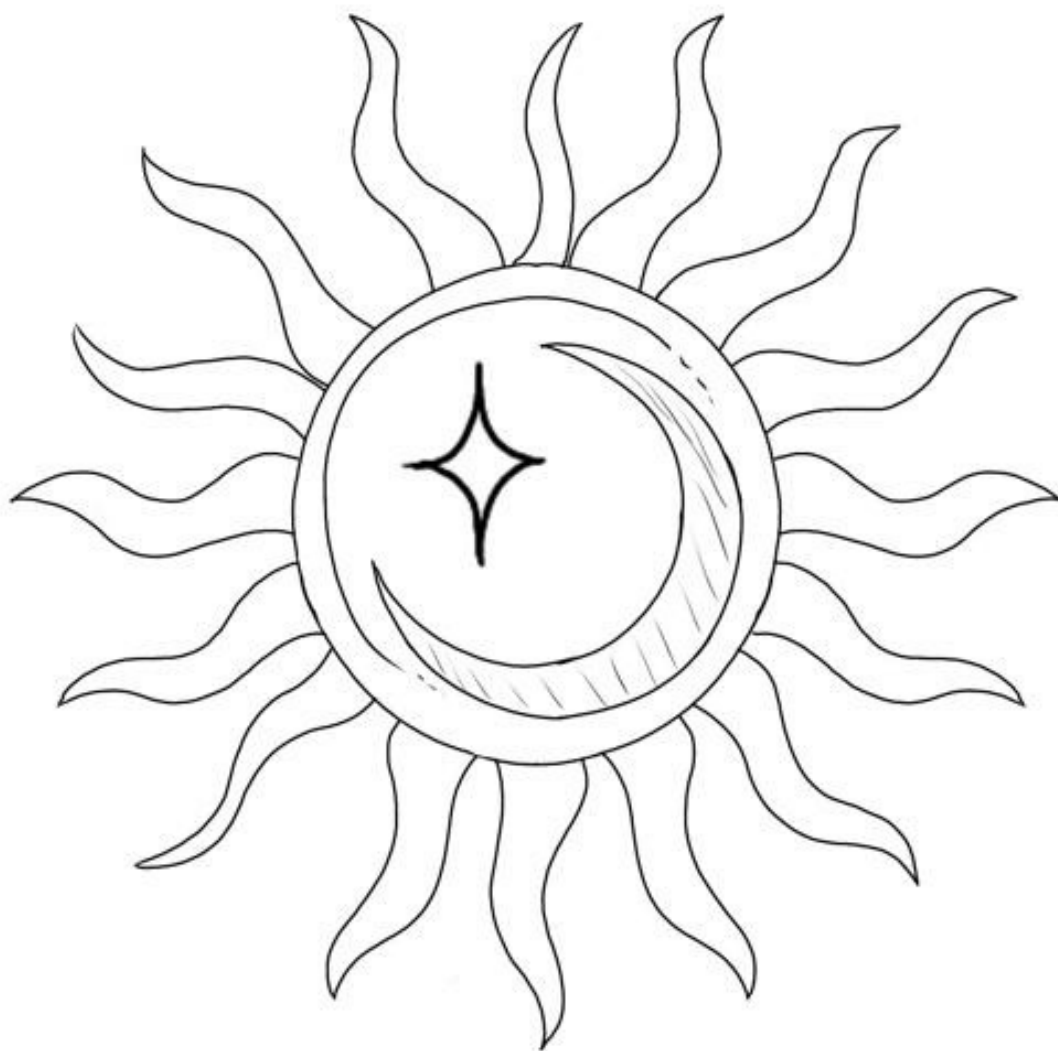
—¿Qué piensas, mi amor? —preguntó Taylor, acostándose a su lado y entrelazando sus dedos.

—Solo pienso en lo agradecida que estoy de tenerte a ti y a Estée en mi vida. Eres mi mayor bendición, mi luna —respondió Megan, mirando a Taylor con los ojos llenos de amor.

Se acurrucaron juntas, abrazándose y compartiendo palabras de amor y gratitud. En ese momento, se sentían completas y felices. Sabían que tenían un futuro lleno de amor y aventuras por delante.

Mientras el mundo exterior se desvanecía en la oscuridad de la noche, el hogar de Taylor, Megan y Estée brillaba con la luz del amor y la felicidad.

Juntas, se sumergieron en un sueño reparador, sabiendo que, al despertar, seguirían creando recuerdos inolvidables en el lienzo de sus vidas.



Lista de reproducción

- ★ This is me trying ~ Folklore: Taylor Swift
- ★ Enchanted ~ Speak Now (Taylor's version): Taylor Swift
- ★ Bigger than the whole sky ~ Midnights: Taylor Swift
- ★ This love ~ 1990 (Taylor's version): Taylor Swift
- ★ Haunted ~ Speak Now (Taylor's version): Taylor Swift
- ★ Safe and sound ~ Safe and sound (Taylor's version): Taylor Swift
- ★ My tears ricochet ~ Folklore: Taylor Swift
- ★ Gold Rush ~ Evermore: Taylor Swift
- ★ The last great American dynasty ~ Folklore: Taylor Swift
- ★ Cowboy like me ~ Evermore: Taylor Swift
- ★ Dorothea ~ Evermore: Taylor Swift
- ★ Timeless ~ Speak Now (Taylor's version): Taylor Swift
- ★ The lakes ~ Folklore: Taylor Swift
- ★ Ivy ~ Evermore: Taylor Swift
- ★ Castles Crumbling (feat Hayley Williams) ~ Speak Now (Taylor's version): Taylor Swift
- ★ Willow ~ Evermore: Taylor Swift
- ★ Closure ~ Evermore: Taylor Swift
- ★ The Man ~ Lover: Taylor Swift
- ★ Illicit affairs ~ Folklore: Taylor Swift
- ★ Never group up ~ Speak Now (Taylor's version): Taylor Swift
- ★ Mad Woman ~ Folklore: Taylor Swift
- ★ The Archer ~ Lover: Taylor Swift
- ★ You're on your own, kid ~ Midnights: Taylor Swift
- ★ Sweet nothing ~ Midnights: Taylor Swift
- ★ Snow on the beach (feat More Lana del Rey) ~ Midnights: Taylor Swift
- ★ Paris ~ Midnights: Taylor Swift

Traducciones

Fuil airson fuil: Sangre por sangre

Gealach: Luna

Feumaidh an spiorad a bhith dùinte, feumaidh luaithre a bhith anns a h-uile dad dona.

Bidh a 'ghealach ag òrdachadh mar sin: El espíritu debe de ser encerrado, todo lo malo debe de ser ceniza. La luna así lo ordena.

Agradecimientos

Nunca pensé que este momento llegaría. Desde que imaginé la trama de mi primera historia hasta ahora, jamás pensé que escribiría estas palabras. Pero la vida da tantas vueltas que al final del día no tenemos certezas.

Comencé esta historia en un momento de mi vida en el que quería alejarme del dolor. Mi abuela materna acababa de fallecer y necesitaba una forma de lidiar con la pérdida y, a mi manera, rendirle un pequeño homenaje.

He tenido la suerte de crecer rodeada de las creaciones de mis abuelas, tanto en el día a día como en pequeños regalos que llegaban en momentos especiales. Esos pequeños presentes hechos con sus manos y su amor son recuerdos intangibles que atesoraré toda mi vida. Aunque por ciertas razones, no haya expresado esta gratitud hasta ahora, lo hago en este instante a través de estas palabras. Gracias por ser dos mujeres tan distintas, pero a la vez tan únicas, y por haberme llevado a escribir esto en este momento.

Vuestro amor por la costura ha quedado reflejado en estas páginas y espero haberos rendido el tributo que tanto os merecéis ambas. Habéis sido las musas para mis queridas niñas, Megan y Taylor.

Quiero agradecer a mis padres por haberme dado algo tan valioso e importante como el sentimiento de pertenecer a algo. Aunque lo hayan hecho de forma indirecta al regalarme un libro, al mostrarme la importancia de la cultura en nuestras vidas o al leerme un cuento antes de dormir. Gracias a todos esos pequeños gestos, he tenido el valor de lanzarme a crear algo que saliera de mi mente y mi corazón.

En especial, quiero dar las gracias a Miguel por ser la persona que más me ha apoyado en todo esto. Por ser mi luz en los momentos de mayor debilidad y por estar siempre a mi lado en el camino, dándome su mano y animándome en todo. Gracias a ti, este libro existe ahora y existirán muchos más en el futuro. Te quiero y eres lo mejor que me ha pasado en esta vida y en la siguiente.

También quiero agradecer a los Kiwis por todos estos años de risa, de resignación y de lucha por conseguir nuestros sueños. Sin vosotros, “Susurros” no existiría, ni los sueños con tramas absurdas, ni los mensajes de voz a las seis de la mañana delirando sobre personajes.

Y también gracias a Cristina por plasmar su arte en una portada tan bonita y especial. Y darle ese toque tan único y mágico que solo una persona con su talento y gracia podría darle.

Por último, quiero dar las gracias al lector o lectora que haya decidido apostar por este libro y darme la oportunidad de formar parte de su tiempo. Gracias por los momentos que hemos compartido, tú y yo, a lo largo de estas páginas.

Porque seguiremos viviendo a través de estas palabras y de los recuerdos que forjemos gracias a ellas.

¿Te gustó este libro?

Escribe una reseña en Goodreads y cuenta tu opinión.

Sígueme en mis redes sociales:

Instagram: [ginny.light](#)

Inkitt: [Goddesslight](#)

X: [ginnyoflight](#)

Ko-Fi: [ginnylight](#)